

CHILE_{EN}
LA INDEPENDENCIA
_{DE} **CUBA**

CHILE^{EN} LA INDEPENDENCIA DE CUBA

René González Barrios



Casa Editorial Verde Olivo
Ciudad de La Habana, 2007

Edición y corrección: *María Luisa García Moreno*
Diseño y realización de cubierta: *Albert Zayas*
Diseño interior y realización: *Francys Espinosa y Lozano*
Fotos: *Cortesía del autor*
Digitalización de imágenes: *Lozano*

© René González Barrios, 2007
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2007

ISBN 978-959-224-238-8

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10693
Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana

“En Chile hay un entusiasmo grandísimo por Cuba
y si más cerca estuviera tendríamos miles de chilenos en
campaña y sin costarnos un centavo”.

ARÍSTIDES AGÜERO, representante diplomático
del Partido Revolucionario Cubano en Chile,
18 de marzo de 1897

*A la memoria del general de brigada
Pedro Vargas Sotomayor*

Agradecimientos

*U*na investigación puede ser hija de la pasión y dedicación de un historiador o investigador, pero el éxito y los resultados de ella dependen necesariamente, entre otros factores, de la colaboración de especialistas, amigos e instituciones, que estimulan, facilitan y ayudan al logro de los objetivos estratégicos.

En este trabajo, agradezco, en primer lugar, el estímulo constante de una chilena cabal, que por años ha inspirado y soñado con él. Con febril impulso patriótico, creó los talleres históricos “Pedro Vargas Sotomayor” en el Centro Memorial “Salvador Allende”, de Ciudad de La Habana, y puso en mis manos, hace más de diez años, una fotocopia de las memorias del capitán mambí chileno Carlos Dublé. Para María Rojo, todo mi respeto y admiración.

A mi colega y difunto amigo Ramón de Armas, incansable antillanista y latinoamericanista, quien tras incursionar en la historia de la solidaridad del Chile decimonónico con la causa de la independencia de Cuba, me invitó a asumir el reto de preparar una obra como la presente.

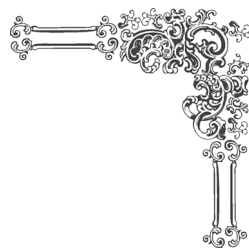
A mi padre, que combatió en los mismos escenarios en que lo hiciera en el siglo XIX el general Pedro Vargas Sotomayor y que, enamorado de la épica mambisa, me orientó geográfica, histórica y pasionalmente, en el teatro de la lucha y en el espíritu del héroe chileno.

A Zeyda Lucía Taboada García, Mercedes Maza Llovet y Rafaela Curbela, del Archivo Nacional de

Cuba; a Alicia Flores, de la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional “José Martí”; siempre amables, solícitas y eficientes. A Mirelba López, mi fiel amiga y colaboradora.

A Fabiola, Carolina y Rene III, por la comprensión y apoyo espiritual.

A Giraldo Mazola, por su insistencia, constancia y entusiasmo. Él ha sido el motor impulsor de esta investigación.



Prólogo

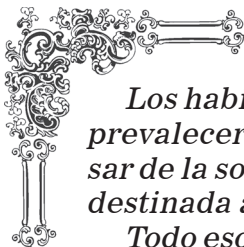
He escuchado a muchos amigos chilenos decir con toda sinceridad, cuando les agradecemos las muestras de solidaridad que realizan para condenar el criminal bloqueo contra nuestro país o cuando se movilizan para denunciar la oprobiosa encarcelación de nuestros Cinco Héroes, que no debemos agradecerles nada, que aún es poco lo que hacen: estiman que están en deuda con Cuba.

Es cierto que está muy fresco aún el apoyo desinteresado que Cuba brindó al gobierno de la Unidad Popular encabezado por Salvador Allende, quien recuperó para su patria las riquezas del subsuelo y convirtió en chilenos los enormes yacimientos cupríferos que constituyen la mayor riqueza nacional.

También está muy presente la acogida fraternal que Cuba ofreció a los cientos de chilenos que encontraron refugio, hermandad y aliento en nuestro país, cuando tuvieron que emigrar a causa de la instauración del régimen fascista que tantas vidas valiosas segó.

En esa época y ahora, muchos chilenos humildes han podido acceder a carreras universitarias en nuestra patria y cada año jóvenes médicos egresan de la Escuela Latinoamericana de Medicina.

Por otra parte, en todo nuestro continente provoca admiración y respeto la titánica lucha de Cuba que, desde 1959, enfrenta múltiples agresiones de todo tipo, por defender su derecho a ser libre e independiente y por posibilitar que todo nuestro pueblo ejerza a plenitud sus derechos humanos: a la vida, al trabajo, a la seguridad social, a una salud y una educación totalmente gratuitas y, por encima de todo, a la dignidad.



Los habitantes de esta isla caribeña hemos hecho prevalecer la verdad de lo que en Cuba sucede a pesar de la sostenida y sistemática campaña mediática destinada a presentarnos con una imagen siniestra.

Todo eso suscita una peculiar relación de amistad y respeto entre nuestros dos pueblos, que ha sido y es motivo de expresiones de afecto como las que reseño al inicio de este prólogo.

A pesar de la mutua solidaridad existente entre nuestros dos países, no muchos conocen las dos caras de ese sentimiento y la enorme contribución que patriotas chilenos nos ofrecieron a finales del siglo XIX durante las luchas emancipadoras contra el yugo colonial español.

Ese es, precisamente, el tema que aborda este ameno y a la vez documentado libro, del historiador cubano René González Barrios, que revela la magnitud de esa ayuda solidaria y la trascendencia del sacrificio de una pléyade de chilenos que lo dieron todo, hasta la vida, combatiendo por la independencia de Cuba.

Algunos de esos hombres, por su relevancia en la vida nacional chilena son sumamente reconocidos y hay, incluso, calles, plazas y museos con sus nombres.

Uno de ellos, Benjamín Vicuña Mackenna, historiador, político, intendente de Santiago de Chile, realizó importantes obras que aún adornan la ciudad, sobre todo en el cerro Santa Lucía, ese cerro cantado por nuestro Guillén y donde está la tumba del prócer. Mackenna amó a Cuba y desempeñó un papel decisivo a favor de su emancipación.

Hay muchos otros valientes chilenos insuficientemente conocidos en su patria de origen y en Cuba. Este trabajo contribuye a divulgar su heroica historia.

Esa lista la encabeza el chileno que alcanzó en combate el grado de general de brigada del Ejército Libertador cubano, Pedro Vargas Sotomayor, quien participó activamente en la invasión del oriente al occidente de la Isla, cuyo objetivo —extender la guerra a todo el territorio— fue exitosamente logrado. Este



hecho constituyó, sin duda, una proeza militar y por su relevancia, décadas después, era estudiado en las academias militares europeas; en esa proeza el general de brigada Pedro Vargas Sotomayor estuvo presente.

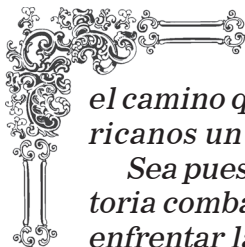
Con precisión meticulosa, González Barrios dibuja un bosquejo histórico de la situación económica y política de la época, y en ese contexto inserta la actuación y la vida de los patriotas chilenos que se ganaron el derecho a ser considerados también cubanos.

Otro de aquellos valientes chilenos fue el capitán del Ejército Libertador cubano Carlos Dublé Alquízar. Este libro incluye la edición comentada del que Dublé dictara a su amigo Emilio Rodríguez Mendoza y que con el título de *En la Manigua* fue publicado en Valparaíso en 1900. En ese testimonio, el mambí chileno da a conocer sus fabulosas experiencias en la manigua cubana.

La investigación realizada por el autor constituye, sin duda, un importante aporte histórico, que pone al descubierto nuevas facetas de la solidaridad entre nuestros pueblos. Es un libro necesario y oportuno, pues muestra el desinterés de muchos hijos de Chile, que estuvieron dispuestos a entregar su vida por otros pueblos del mundo.

Constituye un homenaje a esos enardecidos jóvenes que ya en el siglo XIX se convirtieron en soldados internacionalistas siguiendo el legado americano de Bolívar; San Martín, O'Higgins y Sucre, ejemplo que tuvieron presente otros muchos chilenos que en época más reciente combatieron y murieron luchando en tierras bolivianas, junto a los sandinistas contra el oprobioso régimen de Somoza o integrando las guerrillas salvadoreñas, que enfrentaban otro régimen asesino y lacayo de Estados Unidos.

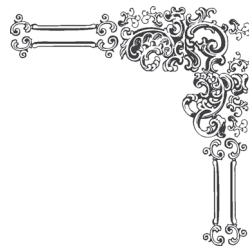
El libro se publica cuando se conmemora el 40 aniversario de la desaparición física del comandante Ernesto Che Guevara, símbolo por excelencia del internacionalismo, quien reemprendió en nuestra patria, y luego en tierras africanas y bolivianas,



el camino que habían desbrozado estos patriotas americanos un siglo antes.

Sea pues este libro un tributo de admiración a la historia combativa de nuestros pueblos y un acicate para enfrentar las batallas que tenemos por delante chilenos y cubanos en esta América tan nuestra, que comienza a rebelarse y a conquistar su verdadera, irreversible y definitiva independencia.

GIRALDO MAZOLA
Embajador de Cuba en Chile



Introducción

Diversas y muy especiales, son las razones que unen a los pueblos de Cuba y Chile. Este libro tiene la intención de revelar una de ellas: la impresionante historia de la solidaridad chilena con la causa de la independencia de Cuba, nutrida durante más de treinta años del siglo XIX con el apoyo popular a la lucha de Cuba contra España y sellada con sangre de combatientes chilenos en los campos de Cuba libre.

Para octubre de 1868, solo quedaban en poder de España en América las islas de Cuba y Puerto Rico. Ambas, como dos alas de un mismo pájaro,¹ llevaban años buscando la ansiada independencia. Juntas tocaron las puertas de la Venezuela de Bolívar, Sucre y Páez, y del México de Guadalupe Victoria, Antonio López de Santa Anna y Benito Juárez. Era tal el interés libertario por Cuba y tan intensa la actividad patriótica de los revolucionarios cubanos que, al producirse el grito de independencia el 10 de Octubre de 1868, ocurrió una verdadera reacción en cadenas de internacionalismo revolucionario.

De toda América —del Norte y del Sur— y de Europa, viajaron a Cuba patriotas decididos a dar la vida por su independencia. Chile, que en la figura de Benjamín Vicuña Mackenna desde 1865 estimuló la organización de expediciones bélicas

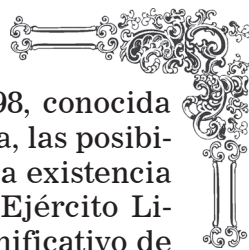
¹ La patriota y poetisa María Dolores Rodríguez de Tió (Puerto Rico, 1843-Cuba, 1924) escribió en su poema “Mi libro sobre Cuba” los siguientes versos: “Cuba y Puerto Rico son / de un pájaro las dos alas / reciben flores o balas / sobre el mismo corazón”.

hacia Cuba y Puerto Rico, fue inspiración especial de los patriotas cubanos. No por casualidad la bandera enarbolada en el poblado de Yara al proclamarse la independencia de Cuba, fue la chilena con los colores azul y rojo invertidos.

En el caso chileno se deben diferenciar puntualmente las posiciones gubernamentales, de la actitud y efervescencia popular en pro de la independencia de Cuba. Las interioridades de la vida política chilena —en especial su política exterior— vinculadas a las posiciones oficiales con respecto a Cuba y su independencia, desde los años de la gestión de Mackenna entre 1865-1866 hasta 1898, cuando se materializó la intervención norteamericana que frustró el evidente e incuestionable triunfo de las armas cubanas contra el colonialismo español, bien pudiera ser tema de una profunda investigación documental en los archivos del gobierno y congreso chilenos.

En estas líneas, resaltaremos los nombres de aquellos jóvenes chilenos que abandonando el confort del hogar, la familia y la patria, marcharon a los campos de Cuba a pelear por su independencia. No pocos de ellos murieron en el empeño, y la posteridad —no siempre justa— los ha sumido en un eterno anonimato, tanto en Cuba como en su Chile natal. No es esta, por tanto, la historia detallada y completa del amor chileno por la causa independentista de Cuba: se trata de un acercamiento al tema.

Por razones diversas, no es posible elaborar una lista exacta de los combatientes chilenos que militaron en las filas del Ejército Libertador. La investigación realizada en archivos y bibliotecas de Cuba solo nos ha permitido confirmar la presencia de una parte de ellos. Los datos muchas veces se tornan incompletos, sobre todo, tratándose de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), conflicto en el que los insurrectos resultaron derrotados y gran parte de los documentos relacionados con los archivos del Ejército Libertador, fueron a parar a España.



En el estudio de la gesta de 1895-1898, conocida por los cubanos como la guerra necesaria, las posibilidades bibliográficas son mayores, por la existencia de las planillas de licenciamiento del Ejército Libertador y la relación de un número significativo de los hombres que lo conformaban. No obstante, en una parte importante de dichas listas, no se especifica la nacionalidad de los combatientes. En el caso de los extranjeros fallecidos en campaña, cuyas pensiones no fueron reclamadas por sus descendientes o familiares, no quedó constancia alguna de su existencia en planilla o documento oficial.

Por otro lado, no ha sido posible seguir la huella de todos los combatientes chilenos de los que, enviados por el representante diplomático de Cuba en Chile, existen datos de su salida del país austral e, incluso, de su llegada a Estados Unidos, pero no la confirmación de su arribo a la Isla. Otra dificultad para precisar la información, la encontramos en las listas de las expediciones que arribaron a Cuba, muchas veces elaboradas con nombres supuestos, para burlar la vigilancia policial conjunta de estadounidenses y españoles.

Al iniciarse la Guerra de los Diez Años, el 10 de octubre de 1868, los cubanos solicitaron la ayuda de militares de otras tierras para que contribuyeran a la formación del Ejército Libertador. Fue una estrategia de guerra que pronto se convirtió en un fenómeno de masas. La historia recoge la presencia en nuestras guerras independentistas de más de 3 000 mambises extranjeros, 36 de los cuales llegaron a ostentar el grado de general.² Entre aquellos héroes, se encontraban combatientes chilenos, uno de los cuales, Pedro Vargas Sotomayor, alcanzó el generalato en la contienda de 1895.

² René González Barrios: *Almas sin fronteras. Generales extranjeros en el Ejército Libertador*. Editorial Verde Olivo, La Habana, 1996.

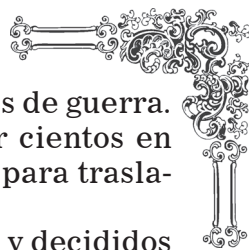
La vida fascinante de este chileno, continúa ple-
tórica de incógnitas y misterios.

Las guerras por la independencia de Cuba se caracterizaron por su crudeza extrema. Los cubanos combatieron siempre en una proporción aproximada de uno a treinta, sin contar con aseguramientos logísticos sistemáticos y estables. Las armas y municiones, había que arrebatárselas al enemigo. El machete de labor, se convirtió en arma mortal, retadora de las balas españolas, y al arma blanca se decidían la mayor parte de las acciones. En tales circunstancias, los combatientes cubanos se convirtieron en maestros de la guerra irregular y especialistas en la supervivencia.

A las adversidades en la forma de hacer la guerra, se unía el clima, rudo y hostil, que por sí solo se convertía en enemigo natural del ser humano, tanto de los cubanos como de los españoles. Una epidemia de cólera, paludismo o disentería diezmaba una fuerza haciéndola perder en pocos días su capacidad combativa.

Las condiciones de este tipo de guerra no eran asimiladas por parte no despreciable de los extranjeros que, entusiasmados, se habían enrolado como combatientes. Algunos, una vez en Cuba, cuando se incorporaban a un ejército irregular, multirracial, multicultural, heterogéneo, con métodos de lucha muy autóctonos a los que no siempre se acostumbraban, se convertían en críticos del Ejército Libertador y hasta en resentidos enemigos de la causa. Otros, impotentes ante la adversidad, se presentaban al enemigo, prefiriendo la cárcel al rigor de la manigua.

En la guerra de 1895, tanto el gobierno de la República de Cuba en Armas como la Delegación del Partido Revolucionario Cubano (PRC) en Nueva York, orientaron como política desestimular el reclutamiento de militares o combatientes extranjeros para la causa cubana, y priorizaron la recolección



de fondos y la compra de armas y efectos de guerra. Combatientes cubanos se contaban por cientos en la emigración y se dificultaban las vías para trasladarlos a la Isla.

Ello no impidió que los más resueltos y decididos marcharan hacia Cuba a cualquier precio. Chile fue tierra de hombres irrefrenables y resueltos.

La mayor parte de los combatientes extranjeros asumieron los riesgos y combatieron decididamente al lado de los cubanos, escribiendo páginas de gloria para orgullo de su patria.

En este libro, el pueblo chileno late con pulso firme, como protagonista activo de la historia. Resaltan las gestiones independentistas de Benjamín Vicuña Mackenna para Cuba y Puerto Rico; el apoyo y receptividad a la actividad de los representantes diplomáticos cubanos en Chile, y la figura cimera del general de brigada Pedro Vargas Sotomayor como ejemplo de los mambises de su nación. Adjunto además, las memorias del capitán Carlos Dublé —excelente testimonio de la guerra de Cuba—, publicadas en Valparaíso en el año 1900, bajo el título de *En la Manigua*, analizadas aquí críticamente, comentadas y corregidas.

El interesante testimonio de Dublé refleja el traumático proceso de asimilación de la guerra por aquel joven que, enamorado de la causa independentista cubana, sin llegar a entender a plenitud las formas y métodos de lucha de los libertadores, vivió, sin embargo, orgulloso de ser mambí. Dublé, concluyó la guerra como capitán, ayudante del mayor general Pedro E. Betancourt Dávalos. Su libro es, sin lugar a duda, una joya poco conocida, de la literatura de campaña cubano-chilena.

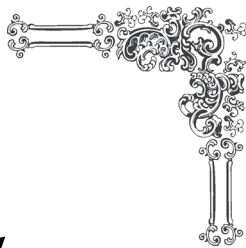
El presente trabajo constituye un acercamiento al tema, desde la visión y las posibilidades bibliográficas de Cuba. Es, por lo tanto, factible de enriquecer y ampliar con fuentes chilenas.



RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS

Sea este libro, el homenaje sincero de un soldado cubano a los chilenos que honorables y dignos, regaron con su sangre el fértil suelo de Cuba.

TENIENTE CORONEL RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS
La Habana, septiembre del 2007




Benjamín Oicuña Mackenna y la independencia de Cuba

Reacia a aceptar su decadencia como imperio colonial, a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX, España se lanzó a infructuosas aventuras militares. En 1858, se alió a Francia y envió 1 500 soldados a las guerras de Conchinchina y Tonkín, justificadas con pretextos religiosos. Inmersos en el conflicto estuvieron hasta el año 1862.

De forma paralela, entre 1859 y 1860 sostuvo en Marruecos la cruenta campaña de África, escenario de célebres combates para la historia militar de España: Castillejos, Wad Ras, Tetuán y Cabo Negro. Un año más tarde, en 1861, con miope visión estratégica, aceptó la solicitud anexionista del presidente dominicano general Pedro Santana —enmascarada con el pretexto de la vulnerabilidad defensiva ante el peligro de invasión haitiana— y se enfrascó en la guerra de Santo Domingo, de la que saldrían derrotadas sus fuerzas en junio de 1865.

Cumpliendo órdenes de su gobierno, en 1862, el general Juan Prim, con 4 000 soldados, partió del puerto de La Habana hacia México, en apoyo a la intervención franco-británica. La decisión personal de Prim de retirarse sin autorización de la aventura mexicana salvó a España de verse envuelta en otro conflicto de imprevisible magnitud y despreciables beneficios.

En abril de 1864, la Escuadra Española del Pacífico, en un acto de prepotencia, ocupó las islas peruanas de Chincha —ricas en guano—, como

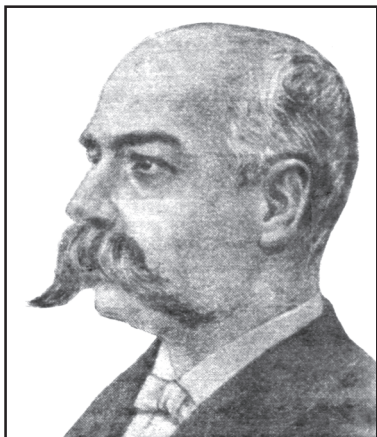
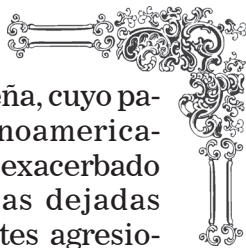


medida de presión por no haber pagado Perú la deuda que mantenía con la antigua metrópoli. Comenzó así la llamada Guerra del Pacífico. Solidario con Perú, Chile se negó a facilitar carbón u otros abastecimientos a los buques españoles. El 18 de septiembre de 1865, Día de la Independencia chilena, el almirante José Manuel Pareja, arrogante, fondeó el buque insignia de la flota española del Pacífico en el puerto de Valparaíso para exigir explicaciones. Chile declaró entonces la guerra a España que reaccionó violentamente y declaró el bloqueo naval —que mantuvo hasta el 14 de abril de 1866— y el 31 de marzo de 1866, bombardeó el puerto de Valparaíso. De allí se trasladó la escuadra al puerto peruano de El Callao, donde el 2 de mayo se libró una cruenta batalla que marcó la derrota española en el Pacífico y el principio del fin de aquella infructuosa guerra.

Por entonces, EE.UU. se desangraba en la guerra de Secesión (12 de abril de 1861-9 de abril de 1865) y dejaba inevitablemente a España las manos libres y las puertas abiertas para la ejecución de sus bélicas fantasías hegemónicas.

Ante tal impunidad, el gobierno de Chile decidió llevar a cabo una operación de distracción que obligara a España a abandonar sus operaciones militares en el Pacífico sur y dirigirlas a otro escenario. Cuba y Puerto Rico, únicas colonias españolas en el continente y últimos bastiones del sistema colonial esclavista en América, justificaban política y públicamente, cualquier acto de guerra contra España, aunque el objetivo supremo y principal no fuese la independencia de las dos islas antillanas, sino la evasión chilena de un conflicto propio.

Para encender el polvorín antillano, el presidente chileno José Joaquín Pérez envió a Nueva York en misión especial, al dinámico abogado, político y destacado escritor Benjamín Vicuña Mackenna, un liberal realmente enamorado de la causa cubana



*Benjamín Vicuña Mackenna,
leal amigo de los cubanos.*

y puertorriqueña, cuyo patriotismo latinoamericanista se había exacerbado con las heridas dejadas por las recientes agresiones hispanas.

Sus ideas integracionistas habían actuado como motor impulsor de la Sociedad de la Unión Americana, fundada en 1862 con el propósito de fomentar una confederación continental. Por entonces manifestaba

Mackenna que: “La completa realización de nuestro ideal es una gran nacionalidad americana, puesto que aspiramos a que se forme de todas las repúblicas una gran confederación y de todas las patrias diferentes, una sola, la patria americana”.³

Reunidas tantas virtudes en un solo hombre, el gobierno chileno no dudó un instante en su elección. En la completa seguridad de que no se negaría, Álvaro Covarrubias, ministro chileno del Exterior, lo llamó a su despacho para plantearle los detalles de la misión:

Según informes llegados al gobierno de Chile, hay en los Estados Unidos numerosos refugiados de Cuba y Puerto Rico que acarician proyectos de emancipación e independencia de esas islas, y parece tienen acumulados con tal objeto fondos considerables, formando numerosas asociaciones. Tratará

³ Raúl Roa García: “Benjamín Vicuña Mackenna y la independencia de Cuba”. En revista *Bohemia*, 20 de agosto de 1971, p. 45. En todas las citas de este libro, se ha respetado la ortografía y redacción de los documentos originales. (Nota del autor.)



Ud. de entrar en relación con ellos para ofrecerles el apoyo de nuestros corsarios de las Antillas y concurrir a sus designios por los otros medios al alcance de Ud. La protección de nuestros corsarios podría ser muy conducente al buen éxito de los planes de los patriotas de Cuba y Puerto Rico; más el éxito será poco probable mientras la acción contra España no tenga unidad, dirección acertada y un carácter generoso y respetable. A obtener tales condiciones van destinadas las instrucciones que doy a nuestras Legaciones en América, la que llegado el caso se comunicará con Ud. Y como parece inevitable la renovación de la guerra de España con Santo Domingo, las complicaciones que a la primera podamos crear, traerá consigo la independencia dominicana. No olvide que el grito de insurrección en las Antillas españolas ha de ser “independencia de la América y extirpación de la plaga odiosa de la esclavitud”. Suscitar a España enemigos y conflictos y granjear a Chile amigos ya auxiliares son las finalidades a que debe dirigirse Ud. Y por cualquier camino que a ellos llegue, merecerá nuestra aprobación.⁴

De aquel trascendental instante del planteamiento de la misión, apuntaría años después Mackenna:

[...] El gobierno deseaba enviarme a Estados Unidos en una misión inusitada, pero de alto honor en su concepto, la misión de agitador.

⁴ Jorge Quintana: *Índice de Extranjeros en el Ejército Libertador de Cuba*. Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, tomo I, La Habana, 1953, p. 343.

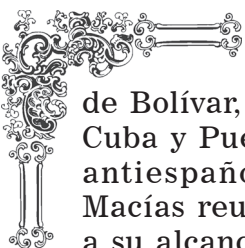


Quería aprovechar las cualidades de escritor, de hombre diligente y honrado que su señoría bondadosamente me atribuía. Acepté en el acto, y sólo puse una condición para partir en pocas horas; la de que no se me ligase con ninguna traba diplomática ni de formalidad oficial, pues yo no quería títulos ni honores, sino servir eficazmente a mi país según mis humildes facultades. Rehusé, pues, un nombramiento diplomático que el señor Covarrubias cortésmente me ofreció, y yo mismo le indiqué que sería suficiente el de agente confidencial. No hablamos de sueldo. El señor ministro me dijo que me daría una ración de guerra. Yo que conocía el país a donde iba, comprendí que esa ración no era sólo de guerra sino de hambre, pero me resigné gustoso a ello. Yo era pobre y pedí al señor ministro todas las libertades en el desempeño de mi comisión, excepto, una sola, la de manejar los dineros del estado. La historia de mi país me había enseñado lo delicado que era esa libertad.⁵

Oculto en las bodegas del paquebote *Chile*, logró Mackenna burlar el bloqueo naval español y llegar a Perú. Allí conferenció con el entonces coronel y más tarde presidente de Perú, Mariano Ignacio Prado, jefe del levantamiento revolucionario contra el general Juan Antonio Pezet: con él selló el compromiso chileno-peruano en contra de España y en defensa de la soberanía continental. De Perú, continuó su viaje a Nueva York.

Tal y como le había explicado el ministro Covarrubias, en la urbe neoyorquina, cubanos y puertorriqueños trabajaban intensamente. Reverdeciendo el ideal independentista y los planes inconclusos

⁵ Raúl Roa García: *Ob. cit.*, p. 45.

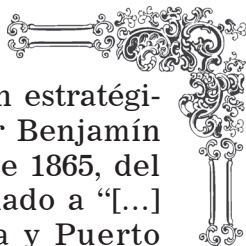


de Bolívar, Sucre y Páez de llevar expediciones a Cuba y Puerto Rico, ante la nueva efervescencia antiespañola, el patriota cubano Juan Manuel Macías reunió a cuanto independentista encontró a su alcance y en el espíritu de la Sociedad de la Unión Americana fundada por Mackenna en Santiago de Chile, fundó en Nueva York la Sociedad Democrática de Amigos de América con el objetivo sublime de ayudar al pueblo dominicano en su lucha antianexionista.

Lograda la restauración independentista en Santo Domingo, los patriotas cubanos y puertorriqueños, con Macías y el médico boricua José Francisco Basora como líderes, fundaron en Nueva York la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, en la que se agruparon destacados intelectuales y hombres de acción de las dos Antillas, entre ellos, el novelista Cirilo Villaverde, el poeta Juan Clemente Zenea, el lingüista y pedagogo Luis Felipe Mantilla, el periodista Francisco de Paula Suárez y el poeta, periodista y futuro coronel del Ejército Libertador cubano, Ramón Roa Garí. Mackenna encontró, a su llegada a Estados Unidos, una fuerza revolucionaria vigorosa, energizada y ansiosa de materializar sus ideales libertarios.

En contacto inmediato con cubanos y puertorriqueños, el chileno ofreció ayuda financiera y les propuso artillar buques con patentes de corso para impedir la libre navegación española por las Antillas y obtener recursos para la organización del futuro ejército revolucionario. Al respecto, escribiría a Covarrubias que “[...] les he ofrecido, a nombre del Gobierno de Chile, la protección de la bandera para la empresa [...]”.⁶ Los pasos dados en esta dirección tuvieron como valladar infranqueable la persecución de las autoridades de Estados Unidos.

⁶ Jorge Quintana: *Ob. cit.*, p. 344.



Un acto de extraordinaria proyección estratégica fue la fundación en Nueva York por Benjamín Vicuña Mackenna, el 21 de diciembre de 1865, del periódico *La Voz de la América*, destinado a “[...] excitar el justo descontento de Cuba y Puerto Rico”.⁷ Sus páginas quedaron totalmente abiertas y a disposición de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, teniendo como aliado de primer orden en el proyecto editorial, al cubano Juan Manuel Macías. Aquel diario emergió como el más importante vocero del independentismo antillano en Estados Unidos y una temible arma propagandística de la Revolución.

De sus 2 000 ejemplares, mil se introducían secretamente en Cuba, otra parte en Puerto Rico y España —también de manera clandestina—, y el resto se vendía en Estados Unidos y Chile. Sus editoriales lanzaban fuego contra el colonialismo español. Para enfurecer aún más a los iberos, los ejemplares introducidos en Cuba, eran acompañados por pequeñas proclamas supuestamente impresas en la Isla.



*Juan Manuel Macías,
patriota cubano, presidente
de la Sociedad Republicana
de Cuba y Puerto Rico.*

La idea de la Independencia de Cuba ganaba adeptos por día en la sociedad chilena. El 3 de febrero de 1866, el poeta Eduardo de la Barra Lastarria, daba a la luz en Santiago de Chile, su “Invocación de Chile a Cuba”, considerado por el historiador cubano Ramón de Armas, el primer canto latinoamericano a la independencia de Cuba.

⁷ Raúl Roa García: *Ob. cit.*, p. 46.



RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS

La Voz de la América lo reprodujo en su número
fechado el 31 de marzo de 1866:

Invocación de Chile a Cuba

7

Indica rejión florida,
Envuelta en diáfano chal,
Que muellemente tendida
Pasas la indolente vida
Bajo un cielo tropical

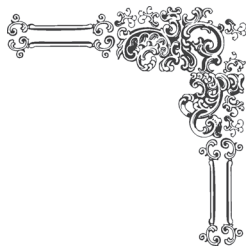
Ardiente nido de amores
Mal oculto entre los mares,
Que abanicas los palmares
I que zahuman las flores
Del bullicioso Almendares.

En ti es más bella la aurora,
Más puro i ardiente el sol,
Es la brisa más sonora
I el crepúsculo te dora
Con más brillante arrebol.

I tus mujerespreciadas
Como tu clima así son:
Ardientes i enamoradas
Tienen fuego en las miradas
I fuego en el corazón.

La luna riela en tus mares,
I a sus tibios resplandores
Saltan perlas a millares,
I suenan vanos rumores
Como lejanos cantares.

En tus selvas perfumadas,
Donde el dulce mango crece,
Fantásticas enramadas
Con flores entrelazadas
La brisa trémula mece.



Ciñen las ceibas gigantes,
Las cimbradoras palmeras
I los plátanos sonantes,
Tupidas enredaderas
Como penachos flotantes.

I entre las cañas i flores
I en las tranquilas corrientes,
Como chispa de colores,
Mil enjambres diligentes
Van i vienen zumbadores.

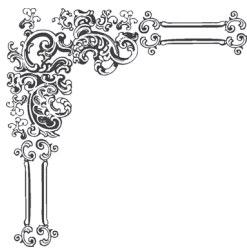
I bulliciosas bandadas
De lindas aves pintadas
Pueblan el rico tunal,
I las piñas regaladas
I el estenso cafetal.

Junto a la tierna paloma
La pulida garza asoma
A orillas del Yumurí,
I se baña en suave aroma
El brillante colibrí.

En inmensos espirales
Vagan las águilas reales
Atisbando la culebra,
Que entre los verdes nopales
El bronceado cuerpo quiebra.

I allí el rey de los cantores,
El poeta de las flores,
El cenizontle americano
Viste de pobres colores,
Como Plácido, su hermano.

Ensayando la habanera
Cadenciosas barcarolas,
como el ave, va lijera,
jugueteando con las olas
que mueren en la ribera.



I la arrogante mulata,
Trémulo el pecho de amor,
Entre ondas de azul i plata
Voluptuosa se retrata
Con mal fingido candor.

Cuba, Cuba encantadora,
De las Antillas señora
Por tu riqueza i beldad
¿Por qué tu suelo no adora
El sol de la libertad?

¿I por qué tus resplandores
Al que admira tus primores
Le oprimen el corazón?
—Cuba, tus joyas mejores
Joyas de cautiva son.



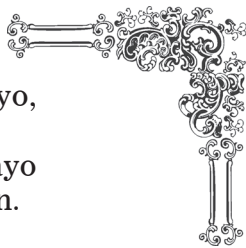
Oh Cuba! Tus brisas de aroma cargadas,
Que besan las flores i encrespan el mar,
Tus ondas azules de perlas bordadas
En pérfido sueño te arrullan quizá.

Acaso las blondas de diáfana espuma,
Que ciñen flotando tu talle jentil;
Acaso la vaga fantástica bruma
Tus duras cadenas ocultan de ti.

Acaso te alhaguen con falsos honores
Harapos reales acaso te den,
I en cambio te manden rejios señores
Guardianes que talan tu májico Edén.

Oh Cuba! Tus campos de frutos cubiertos
Los cuervos sustentan en rejio festín;
Tus ricos planteles, tus selvas, tus huertos
Le ofrecen a España brillante botín.

Voraz el vampiro te acosa i te asedia
I hambriento te chupa tu sangre mejor,
I bate sus alas ... ¡Plácido, Heredia,
I mil i mil otros sus víctimas son.



Despierta, Cautiva, tu largo desmayo,
Tu loca indolencia te ha sido fatal:
Estallen tus iras lo mismo que el rayo
I sé en tu venganza cubano huracán.



Por tus quebradas costas la voz de los alciones
En notas discordantes anuncian temporal.
¿No escuchas? —A lo lejos retumban cañones,
¿No sientes? —a tus plantas se ajita el ancho mar.

Los vientos amontonan fantásticos nublados,
Que trenzan caprichosas las ráfagas de luz;
I semejando monstruos del piélago lanzados,
Veloces naves singlan sobre tu mar azul.

¿Qué busca esa bandera que ondea tan altiva?
¡Ah! mira sus colores! ¡Los de mi patria son!
Levántate a ser reina, lindísima Cautiva,
Levántate, i apresta la lanza i el bridón!

Apareciste un día del mar en la ancha falda
I ufanas se tendieron las olas a tus pies,
Que un pedestal alzaban en su robusta espalda
La libre Democracia para sentar en él.

El sol que enamorado te visitó, en tu lecho
Desparramó al alzarse la pompa tropical:
I el corazón ardiente que sorprendió en tu pecho
Cautiva, ¿Qué le has hecho? ¿Por qué no late ya?

Más tarde, tu lo sabes, la América española
Luchó contra su dueño sin tregua ni mantel,
I disipado el humo te vimos a ti sola,
Sirviéndole al vencido de alfombra i de escabel.

Si entonces la vergüenza de la inacción cobarde
Ni hervir hizo tus venas, ni te azotó la faz.
Para nacer al mundo de la libertad no es tarde
Para deshonra i luto de sobra tienes ya!

Oh Cuba! Si te precias de ser americana,
La frente descubierta, la mano en el altar,
Ante los mundos jura ser libre i soberana
Ante los mundos jura sin tregua batallar.

Los siervos de los reyes que tu belleza afrentan
En busca de tesoros llegaron otra vez;
Para los hombres libres los siervos no amedrentan
I en pie nos encontramos dispuestos a vencer.

Los hijos de los Incas, por la traición artera,
A iberia se humillaron como te humillas tu;
Mas iguai! Que al aire libre ya flota su bandera
Para borrar con sangre la afrenta del Perú.

Levántate a ser reina, Cautiva americana,
Levántate i apresta la lanza i el bridón:
Te aguardan nuestros brazos, por que eres nuestra
[hermana,
Te aguardan los laureles del mundo de Colón.⁸

Un hecho nefasto vino a acelerar los aprestos de Vicuña Mackenna. El 31 de marzo de 1866, la escuadra española del Pacífico, bombardeaba el puerto de Valparaíso. El gobierno chileno analizó en respuesta a aquella acción, tres variantes: una expedición marítima contra Filipinas, un ataque a los puertos de España o el envío de una expedición militar contra Cuba, en la que ya se venía trabajando. La tercera opción se mantenía como la más viable. Enardecido en su prédica, el 1ro de mayo de 1866, el apasionado Mackenna escribió en *La Voz de la América*:

¡Cubanos, a las armas! ¿Creeis que Agüero y D'Strampes, López y Armenteros descansan en sus tumbas? ¡No! Esas santas cenizas se agitan en sus féretros sangrientos, esas víctimas ilustres sacuden sus

⁸ *La Voz de la América*. Nueva York, no. 11, 31 de marzo de 1866, p. 2.



cadenas y os piden en cada hora, en cada ráfaga del aire, en cada rayo de luz, que les vengueis de los que en el oprobio del cadalso, o en la iniquidad de la ley los condenaron. ¡A las armas, cubanos! ¡La hora de la redención ha llegado para vosotros! ¡Levantaos como un solo hombre y sereis sólo la vanguardia de América! Ella os lo ha prometido y ella os lo cumplirá.⁹

A pesar de la empatía creada por Mackenna, su misión era compleja y difícil, en especial, en la discusión de los planes políticos con los revolucionarios antillanos. Si bien el interés del gobierno de Chile era lograr un rápido levantamiento en las Antillas, en cubanos y puertorriqueños decididos a ello, nacieron sospechas de oportunismo político e inquietudes en torno al lanzamiento precipitado de la insurrección, lo que podría derivar con el tiempo, en resultados negativos. Al respecto el médico puertorriqueño José Francisco Basora, en larga misiva, reflexionaba con Mackenna:

[...] Si Chile no quiere entrar de lleno en la revolución de Cuba y Puerto Rico, si para sus planes basta alarmar simplemente al gobierno español, fácil es hacerlo i puedo sugerirle a Ud. varios medios que producirán buen efecto, sin daño serio de nadie i que cuestan muy poco dinero i no gran trabajo.

Por lo demás si, como no lo dudo, la suerte de Cuba y Puerto Rico le interesa a Ud. como demócrata i como americano, duerma Ud. tranquilo, porque con auxilio exterior o sin él, conquistarán su independencia i libertad en época no mui lejana. Más fácil será detener el Niágara en su corriente que

⁹ Raúl Roa García: *Ob. cit.*, p. 47.

atajar el movimiento incesante, irresistible
que se está operando en aquellas islas [...]¹⁰

Las dudas e incertidumbres de los patriotas antillanos aumentaron el comprometimiento y la identificación de Mackenna con ellos. Desde entonces, concentró sus esfuerzos más en la preparación de la expedición armada, que en la propaganda política, pues esta fluía sin contratiempos en *La Voz de la América*, dirigida y administrada por sus colegas cubanos. Consideraba Mackenna que para sublevar a Cuba, era necesario:

[...] una expedición que fuera, más bien que un ejército, una escolta suficiente para llevar veinte mil fusiles al corazón de la isla; le añadí la idea capital que en mi concepto debiera estudiarse [...] “unos 500 voluntarios chilenos y mil quinientos peruanos podrían hacer cambiar la balanza de la guerra” [...]¹¹

Acelerando sus gestiones, escribió a París buscando el comprometimiento del general colombiano Santos Gutiérrez, a quien interrogó: “[...] ¿No contribuirá Ud. a esta empresa gloriosa dando por ella cima a la obra comenzada por Bolívar? [...]”.¹²

Con el representante de Venezuela en Estados Unidos, Blas Bruzual, buscó la intervención venezolana, otrora pionera de la gestión independentista antillana:

[...] Sírvase Ud. conferenciar sobre este particular con el jefe de la nación i comunicarme el resultado a la mayor brevedad posible, porque yo me preparo ya, en la

¹⁰ Jorge Quintana: *Ob. cit.*, p. 359.

¹¹ Colección Manuscritos/Vidal Morales/Tomo 6/No. 1/página 21. Sala Cubana. Biblioteca Nacional “José Martí”. (Subrayado en el original.)

¹² Jorge Quintana: *Ob. cit.*, p. 362.



inteligencia de que la invasión a Cuba ha de tener lugar de todas maneras cualquiera que sea el clima en que hayan nacido los soldados que deben llevarla a cabo [...]¹³

Bruzual consultó al presidente de Venezuela, general Juan Crisóstomo Falcón, sobre la posibilidad de “[...] alistar dos o tres mil hombres [...]”¹⁴ que el propio Mackenna conduciría a Cuba con diez o veinte mil fusiles. En carta fechada el 26 de junio de 1866, transmitió al patriota chileno el mensaje del general Falcón, en el que explicaba la patética situación en que se encontraba el ejército venezolano en aquel entonces:

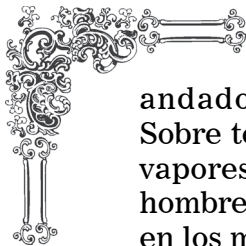
S. D. Benjamin Vicuña Mackenna
Caracas, junio 26 de 1866

Mi distinguido amigo:

He recibido su carta del 4 del próximo pasado, i al leerla al Presidente, se manifestó complacido i aún entusiasmado, me mandó darle las gracias por su ofrecimiento. El está animado de los mejores deseos a favor de la gran causa americana; pero lo detiene i aún lo arredra nuestra aflictiva situación. No tenemos ni un solo cañón que sirva para algo, ni más elementos de guerra que algunos malos fusiles de piedra. Nuestra marina está reducida a dos vaporcitos que se ganaría con quemarlos. Para dar un paso decisivo en la cuestión americana, es indispensable fortificar cuatro puertos, adquirir veinte mil fusiles buenos, cuatro vapores pequeños mui

¹³ Ibídem, pp. 375-376.

¹⁴ Ibídem, p. 375.



andadores, i uno o dos de mayor fuerza. Sobre todo, serían de absoluta necesidad, los vapores necesarios para movilizar doce mil hombres. Desde mi llegada estamos pensando en los medios de proporcionarnos ocho o diez millones de pesos, que juzgamos suficientes para armarnos, i no encontramos como conseguirlos. Delante de este obstáculo nos hemos detenido, i detenidos estaremos hasta que se consiga esta suma, o que los acontecimientos nos empujen a la arena, a la que bajaríamos de cualquier manera.¹⁵

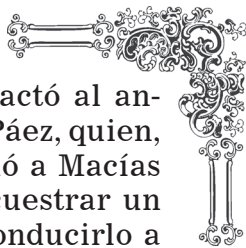
La respuesta del presidente venezolano fue sincera. Su país no estaba en condiciones de asumir el plan libertario diseñado por Mackenna quien, no obstante, no cejó en el intento.

Tanto Gutiérrez como Bruzual, manifestaron sus simpatías al proyecto, pero le argumentaron las limitaciones que en ese momento les impedían secundarlo a plenitud. Era necesario un margen de tiempo para la acción. El 10 de mayo de 1866 escribió entonces al general peruano Mariano Ignacio Prado a quien en comprometedoras palabras dijo: “[...] Merezca Ud. mi querido general, el nombre de “segundo Bolívar” que le dio antes de conocerlo un hombre que sabe ser amigo pero que nunca fue cortesano [...]”.¹⁶

El general Prado, siempre amante de la causa cubana, le respondió argumentándole la necesidad de estudiar a profundidad el proyecto y de conciliarlo con el gobierno chileno. Prado no logró, con la premura que le exigía Mackenna, reunir los medios necesarios para la guerra de Cuba; no obstante, lo animó y apoyó para continuar en el empeño.

¹⁵ *Ibídem*, p. 376.

¹⁶ *Ibídem*, p. 379.



En un último intento guerrero, contactó al anciano general venezolano José Antonio Páez, quien, deseoso de reverdecer laureles, se sumó a Macías y Basora en la infructuosa idea de secuestrar un buque en el puerto de Nueva York, y conducirlo a Cuba repleto de armas y combatientes.

En el fragor de sus apasionadas gestiones, ignoraba Mackenna que desde el 9 de abril, el gobierno chileno había cancelado su misión como agente confidencial en Estados Unidos. Tal era su actividad en aquel momento, que algunos en su patria, confundidos o mal intencionados, habían comenzado a llamarle loco y aventurero.

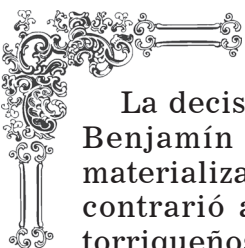
El 12 de mayo de 1866 recibió Mackenna la primera noticia del cese de su comisión. Sorprendido e incómodo, escribió: “[...] Terminados así con un golpe de hacha mis trabajos sobre las Antillas i mi misión a la vez [...]”.¹⁷

Pesaba sobre él la acusación del secretario de Estado de EE.UU. de violación de la ley de neutralidad, por adquirir en compra y armar en curso contra España, el buque *Meteoro*, por lo que estaba sometido, bajo fianza, a un proceso judicial. El barco fue apresado, en el momento en que levaba anclas para salir “[...] bien equipado de armas y de hombres [...]”¹⁸ rumbo a Cuba. En lo que se resolvía su situación legal, traspasó el título y propiedad de *La Voz de la América* al patriota cubano Juan Manuel Macías.

Triste y terriblemente amargado, el 21 de junio de 1866 regresó a Chile aquel torrente de energía patriótica y amor por Cuba y Puerto Rico, que fue Benjamín Vicuña Mackenna. De aquella experiencia revolucionaria escribió años después la obra en dos tomos titulada *Diez meses de misión a los Estados Unidos como agente confidencial de Chile*.

¹⁷ Ibídem, p. 380.

¹⁸ Raúl Roa García: *Aventuras, venturas y desventuras de un mam-bí*. Ediciones Huracán, La Habana, 1970, p. 50.



La decisión gubernamental de hacer regresar a Benjamín Vicuña Mackenna sin que se lograra materializar el plan expedicionario a las Antillas, contrarió a los revolucionarios cubanos y puertorriqueños. Al respecto, Ramón Roa, uno de los expedicionarios del *Meteoro* y miembro activo de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, patentizaba:

Pero no obstante la energía y sinceridad del agente, la buena disposición del Perú y la del pueblo cubano, que Macías había explorado mandándoles proclamas y escritos adecuados, y aún agentes como Francisco León —muerto luego en el garrote en La Habana, en 1869— se estrelló contra la conducta inexplicable de aquellos gobiernos sud-americanos, especialmente el de Chile, que bombardeado Valparaíso y retirada la escuadra española se mantuvo en una tregua que terminó en un tratado de paz sin indemnización de dinero ni honra.¹⁹

Mientras vivió, fue Benjamín Vicuña Mackenna en su patria, un abanderado de la causa antillana, y un propagandista y movilizador popular en torno a ella. Fue, además, un firme baluarte de los representantes diplomáticos de la República de Cuba en Armas en Chile.

El 25 de enero de 1886 falleció Mackenna en la hacienda de Santa Rosa de Colmo, próxima a Valparaíso. Su muerte impactó a la opinión pública nacional y extranjera. Al patriota le acompañaban excelsas virtudes como intelectual y político. Era, incluso, miembro correspondiente de la Real Academia Española y autor de 86 libros, 82 folletos e

¹⁹ Ramón Roa Garí: *Con la pluma y el machete*. Tomo I. Academia de Historia de Cuba, Edición del Ministerio de Educación, La Habana, 1950, p. 288.

innumerables artículos. Una nota necrológica de *La Ilustración Española y Americana* publicada en Madrid, lo refería como:

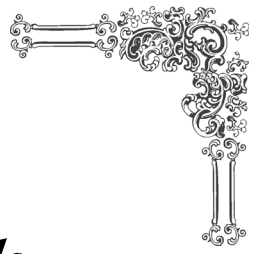


[...] hombre insigne a quien sus contemporáneos han considerado como “la gloria más pura de su patria desde los días de la independencia”; un escritor chileno le ha llamado “honra egregia de su pueblo y de su época”; otro “sacerdote de la historia”; alguno “genio sin par de la América Latina en el presente siglo, en cuyas obras el bibliófilo, el historiador, el arqueólogo y el artista interrogarán al pasado de su patria para hacer el proceso de sus errores y culpas y el panegírico de sus glorias y triunfos”.²⁰

Al conocer la noticia de su muerte, el escritor chileno Pedro Pablo Figueroa, amigo de los cubanos, sentenció: “Para que Chile produzca otro hombre de su genio, necesitará descansar mucho tiempo”.²¹

²⁰ *La Ilustración Española y Americana*. Año XXX, no. XXXIII, 8 de septiembre de 1886, pp. 130-131.

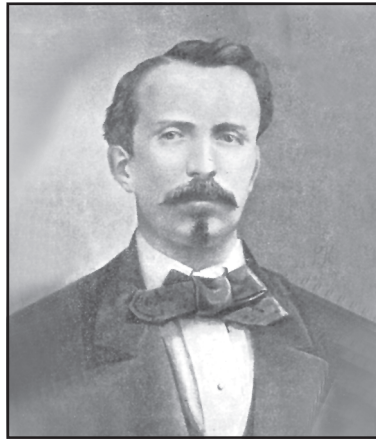
²¹ *Ibíd.*



La bandera de Chile y el alzamiento independentista cubano

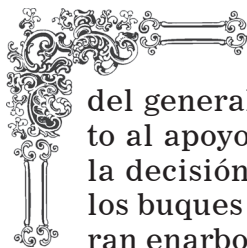
Para el año 1868, la mayoría de los independentistas cubanos asumían como enseña nacional la enarbolada el 19 de mayo de 1850 por el general venezolano Narciso López en la portuaria ciudad de Cárdenas, al norte de la provincia de Matanzas. Sin embargo, no fue la de López —actual bandera cubana—, la enarbolada en el poblado de Yara por el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, al lanzar el grito de ¡Viva Cuba Libre!

La ascendencia patriótica chilena, consecuencia de la actividad de Mackenna fue tal, que por entonces era común ver en la prensa estadounidense y chilena, dibujos alegóricos que representaban un cóndor descendiendo sobre Cuba, con una bandera chilena entre sus garras.²² Inspirado precisamente en la bandera de la patria



*Carlos Manuel de Céspedes,
Padre de la Patria cubana.*

²² Emilio Roig de Leuchsering: *Banderas Oficiales y Revolucionarias de Cuba*. Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana, La Habana, 1950, p. 109.



del general Bernardo O'Higgins, en reconocimiento al apoyo chileno a la independencia cubana y a la decisión de su gobierno de aceptar en 1866 que los buques que Cuba lograra armar en corso pudieran enarbolar su bandera, Céspedes la asumió, con ligeros cambios, como enseña del levantamiento. Respecto a dicha decisión, diría su hijo:

[...] se inspiró en la de Chile, pero no queriendo hacerla absolutamente igual, lo que hubiera sido crear una confusión inútilmente, cambió el color del dado que contiene la estrella, determinando que en lugar de azul marino fuera rojo. Pero la circunstancia de no obtenerse las telas que se mandaron a buscar hizo que no sólo no fuera rojo sangre el dado de la estrella, que resultó rojo tirando a rosado o viceversa, sino que la franja azul marino hubo de ser en definitiva azul celeste, que ese fue el color del vestido de Cambula²³ que sirvió para confeccionarla.²⁴

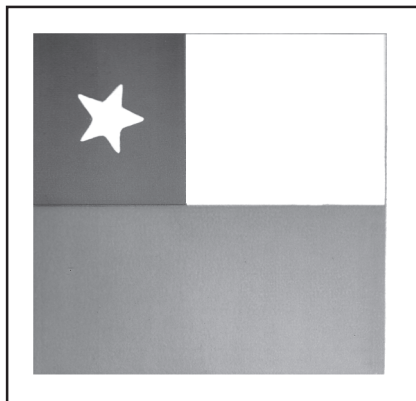
A la sombra de esa bandera, a partir del glorioso 10 de Octubre de 1868, dieron los patriotas cubanos los primeros combates al león ibero en la región oriental del país. Reunidos los representantes del movimiento insurreccional de las provincias de Las Villas, Camagüey y Oriente en la Asamblea Constituyente de Jimaguayú para formar el primer gobierno de la República de Cuba en Armas, aprobaron la bandera del general Narciso López como enseña nacional. Sin embargo, no desecharon la de Céspedes. Desde entonces, y hasta hoy, ambas

²³ Se refiere a la patriota cubana Candelaria Acosta, *Cambula*, que facilitó las telas con que se confeccionó la bandera de Yara.

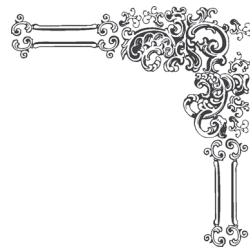
²⁴ Carlos Manuel de Céspedes: *Las Banderas de Yara y Bayamo*. Editorial "Le Livre Libre", París, MCMXXIX, p. 181.

CHILE EN LA INDEPENDENCIA DE CUBA

banderas escoltan al escudo nacional en el parlamento cubano.



*Bandera enarbolada
por los libertadores cubanos
el 10 de Octubre de 1868.*



Chile y la Guerra de los Diez Años (1868-1878)

Si por una parte la misión de Benjamín Vicuña Mackenna en Estados Unidos no tuvo para los patriotas antillanos los resultados esperados y trajo entre sus consecuencias sensación de frustración y abandono, por otra, logró encender en las distintas esferas de la vida sociopolítica chilena un sentimiento de simpatía y hasta de compromiso moral con la independencia antillana, que la bandera insurrecta contribuyó a consolidar.

El gobierno del presidente José Joaquín Pérez, quizá saldando su deuda por el apoyo inconcluso a la revolución antillana, fue el segundo del continente —solo antecedido por México— en reconocer el 30 de abril de 1869, el derecho de beligerancia de las armas cubanas, una vez comenzada la guerra. Durante su mandato, la causa de Cuba contó en Chile con tolerancia a las manifestaciones y acciones a su favor.



Los cubanos de entonces, imbuidos en la mística de la bandera y los trabajos de Mackenna, miraron siempre esperanzados hacia Chile.

En el propio 1869, el gobierno de Cuba comisionó como representante diplomático ante

El presidente chileno José Joaquín Pérez, cuyo gobierno reconoció el 30 de abril de 1869, el derecho de beligerancia de las armas cubanas.

los gobiernos de Perú y Chile, al patriota Ambrosio Valiente. El poeta Juan Clemente Zenea, uno de los cubanos que enaltecieron las páginas de *La Voz de la América* escribió a Mackenna recomendándolo:

El Sr. Valiente cree, como todos nosotros, que Ud. puede hacer mucho a favor de la causa de la libertad americana si toma a su cuidado dar impulso en el sentido práctico a la tarea que han emprendido los cubanos. Ud., por su alta posición, sus influencias, su talento y, sobre todo, por su incomparable y fecunda actividad, es el amigo con quien cuentan en las orillas del Pacífico los numerosos amigos que Ud. dejó acá y quien dudaría que Ud. no volverá a patrocinar la grandiosa revolución que hacen actualmente los cubanos.²⁵

La recomendación fue asumida por Mackenna, quien junto al poeta Guillermo Matta, se convirtió en uno de los principales benefactores del representante cubano. A Valiente siguió en el cargo, “[...] con suma habilidad, el diligente y sutil camagüeyano Manuel Márquez Sterling [...]”.²⁶

El 10 de Octubre, fecha del levantamiento independentista cubano, comenzó a celebrarse en Chile con connotación de



*Manuel Márquez Sterling,
diplomático cubano.*

²⁵ Jorge Quintana: *Ob. cit.*, p. 384.

²⁶ Enrique Piñeyro: “Una excursión diplomática”. En revista *Cuba y América*. Año VI, no. 112, mayo de 1902, p. 63.



fecha patria. La conmemoración atraía a sus actos y mítines a representantes de amplios sectores de la sociedad. La efectuada en 1872, en el club de la Reforma de Santiago de Chile, fue organizada por el pedagogo, sociólogo y patriota puertorriqueño Eugenio María de Hostos, ferviente independentista antillano que estableciera profundas raíces en Chile y quien, desde su llegada al país a finales de diciembre de 1871, fue uno de los propagandistas más apasionados de la causa de Cuba tanto en la prensa, como en los clubes que a tal efecto fundó. Asistieron al acto como invitados de honor, entre otros, el general peruano Mariano Ignacio Prado —por entonces residente en Chile—, Benjamín Vicuña Mackenna, y el argentino Santiago Estrada.

El auditorio estaba compuesto por hombres y mujeres de todas las edades. La ciudad, de la que era intendente Vicuña Mackenna, se engalanó con banderas y flores para la celebración. El general Prado,²⁷ en patriótico discurso, a decir



Eugenio María de Hostos, patriota puertorriqueño, uno de los más fervientes defensores en Chile, de la independencia de Cuba.

²⁷ Consecuente con su prédica, Prado, impedido por razones políticas de marchar a Cuba en persona, envió a sus hijos Leoncio, Justo, José Santos Grocio y su ahijado José Bonilla, a materializar sus sueños libertarios. Leoncio, protagonista del secuestro en República Dominicana del buque español *Moctezuma*, fue reconocido como coronel del Ejército Libertador cubano; los otros, concluyeron la Guerra de los Diez Años como miembros del Estado Mayor del general Máximo Gómez.

de Hostos, “[...] viril, enérgico, acentuado, lleno de sentimientos generosos, de rasgos de político perspicaz, de relámpagos de sentimiento americano [...]”,²⁸ recordó: “[...] chilenos, peruanos, los americanos todos, somos como los de Cuba hijos de un mismo suelo; i sin embargo, en medio de nosotros mismos, i a nuestra presencia, es asesinada Cuba nuestra hermana [...]”.²⁹

Santiago Estrada tomó la palabra para manifestar que “[...] interpretando los sentimientos de la juventud de Buenos Aires, saludo en nombre del pueblo que primero rompió las cadenas españolas, al único pueblo de América que permanece amarrado al trono ibérico [...]”.³⁰

Hostos, reclamando empuje, reprochó la inercia y falta de decisión de las repúblicas americanas en torno a la causa de Cuba, para concluir su intervención diciendo:

[...] Con o sin reconocimiento, Cuba triunfará; pero triunfará más tarde o más temprano, según se le reconozca o no.

Los pueblos, que son en toda América mucho más lógicos que los gobiernos, han reconocido ya la independencia de Cuba, y estamos seguros de que no hay en Chile quien hoy no se una a nosotros para celebrar con amor, con entusiasmo y con vehemencia el 4° aniversario de la independencia cubana, hecho el más glorioso de estos tiempos, porque es el que más dilatará los horizontes del porvenir americano.³¹

La reunión concluyó con la propuesta del coronel chileno Pedro Godoy, de crear la Sociedad de

²⁸ www.hostos.cuny.edu

²⁹ *La América Ilustrada*. Volumen I, no. 22, Nueva York, 30 de noviembre de 1872, pp. 342-343.

³⁰ *Ibíd.*

³¹ www.hostos.cuny.edu



subsidios para la independencia de Cuba, idea acaloradamente aplaudida. Vicuña Mackenna, aclamado por el público por su reconocido aporte a la independencia de las Antillas, fue forzado a decir unas palabras. Apoyó la idea de Godoy y pidió para Cuba los recursos que sabía Chile podía otorgar.

De aquella especial conmemoración, escribiría Eugenio María de Hostos:

[...] Cuantos asistieron a la celebración del 4° aniversario de Cuba, salieron del Club más contentos de sí mismos y de su patria que habían ido, y todos, concurrentes del sexo débil y del sexo fuerte, se acostumbraron a aclamar la naciente república de las Antillas, gritando una y cien veces: “Viva Cuba! Viva Puerto Rico! Vivan las Antillas!”.³²

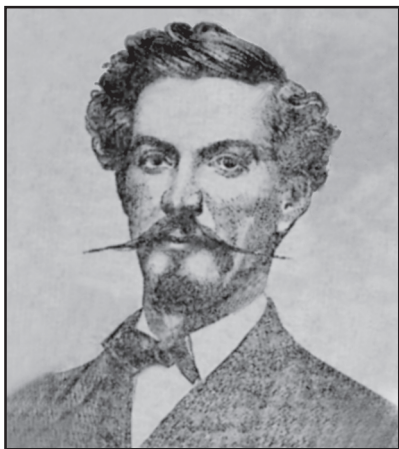
Hostos, consecuente revolucionario y hombre de palabra y acción, llevó su prédica a la práctica. En abril de 1875 se enroló en Estados Unidos en la expedición del vapor *Charles Miller*, un pequeño y destartalado buque que bajo las órdenes del mayor general Francisco Vicente Aguilera ambicionaba alcanzar las costas de Cuba. El 29 de abril salió del puerto de Boston. Después de dos días de navegación, la nave, prácticamente hundida, hubo de retornar al puerto de Newport, Rhode Island.

En 1873, Chile oficialmente copatrocinó un plan continental por la independencia de Cuba. El gobierno colombiano del presidente Manuel Murillo concibió un proyecto expedicionario que presentó al Congreso colombiano el 29 de abril de 1873, consistente en armar 20 000 soldados de Colombia y Venezuela que, embarcados en buques de las escuadras de Chile y Perú, llegarían a Cuba. Aterrada, la oposición clerical continental estimulada por

³² Ibídem.

España y apoyada por Estados Unidos, presionó al Congreso colombiano que por un voto (28 contra 27), vio derrotado el plan del presidente Murillo.

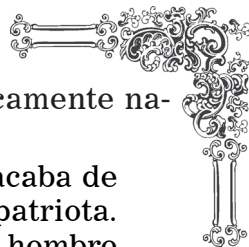
El 22 de agosto de 1874 arribó a Santiago de Chile el mayor general Manuel de Quesada, ex General en Jefe del Ejército Libertador cubano y militar de reputación continental, por haber formado parte con el grado de general de brigada, del ejército mexicano que derrotó al imperio francés de Maximiliano. Viajaba acompañado del diputado Antonio Zambrana y del comandante Pablo Iglesias, su secretario personal. Llevaban la intención de hacer propaganda a favor de la causa independentista en Cuba. El diario chileno *La República*, auguraba, en su edición del día 23 de agosto, poco éxito a la misión que se habían trazado, teniendo en cuenta que las gestiones y actividad que poco antes emprendiera el patriota puertorriqueño Eugenio María de Hostos, no dieron los frutos esperados.



Mayor general Manuel de Quesada, General en Jefe del Ejército Libertador de Cuba durante la Guerra de los Diez Años.

De nuevo Benjamín Vicuña Mackena, en su carácter de intendente de Santiago de Chile tomó las riendas de los asuntos de Cuba. Aprovechó la presencia en Chile de la destacada artista italiana Adelaida Ristori, en cuyo honor ofreció un banquete al que invitó a varios miembros del Estado chileno, distinguidos políticos europeos, y a los combatientes cubanos. Tras el brindis inicial del poeta Guillermo

de Matta, quien rindió homenaje a la artista italiana, Mackenna tomó la palabra para presentar



a los recién llegados, a quienes prácticamente nadie conocía:

Mi querido amigo Guillermo Matta acaba de rendir justo homenaje a la mujer patriota. Permitidme tributar igual respeto al hombre de la patria. Tenemos sentado delante de nosotros al ilustre general en jefe de las tropas libres de Cuba que ha dado las últimas batallas campales a los que fueron siempre enemigos de América. El General Quesada se presenta ante nosotros con los atributos de su gloria, de su abnegación a una causa querida, de los dolores que encarna esa lucha heroica de seis años en que un puñado de valientes sin armas, sin zapatos, en las mortíferas selvas de los trópicos, ha mantenido a raya un ejército disciplinado de más de cien mil hombres. Pero aunque este noble soldado llegase a nuestro suelo, sin más insignia que un fragmento ensangrentado de los vestidos de su hijo de 16 años, bárbaramente fusilado en Santiago de Cuba por los españoles, como uno de los heroicos tripulantes del *Virginius*, debíamos todos, señores, alzar el sombrero y saludar con respeto a ese padre sublime que ha dado a su patria todo lo que tenía, todo lo que amaba.

Y en vista de esto, señores, y de lo que pasa cada día, cada hora en el suelo en que nació y sucumbió el glorioso Céspedes, ¿Chile podrá manifestarse enteramente indiferente y cenarse con sus emociones íntimas y escondidas por ese pueblo hermano a la llegada de los boletines que anuncian sus victorias heroicas y sus derrotas más heroicas todavía? No señores. Yo soy un funcionario público y me caben por ello ciertos deberes irrecusables, pero también soy ciudadano y como tal convoco a este



peñón a mis más antiguos y más queridos amigos. A ellos me asociaré. G. Matta, el Coronel Saavedra, Luis Pereira, Melchor Concha y Toro, los dos Arteaga Alemparte, todos los que aquí me acompañan, me ayudarán a promover en la ciudad un *meeting* colosal que tenga lugar en este anfiteatro del pueblo chileno, el domingo próximo. Aquí, entre las rocas, oiremos los ecos de los libres. Escucharemos la relación palpitante de los dolores de Cuba contados por sus propios hijos, por el padre, por el patriota, por el soldado. Y a esas voces unirán las suyas todos los que sientan los santos impulsos del amor a la patria y el culto a la libertad. Señores, pongámonos todos de pie y saludemos con un hurra a la valiente, a la magnánima república de Cuba.³³

Las palabras de Mackenna contagiaron al auditorio. Todos los presentes, hombres y mujeres, puestos de pie brindaron por Cuba. El general Quesada, visiblemente emocionado, le contestó:

Las palabras que acaba de pronunciar el señor Vicuña Mackenna son dignas del pueblo en cuyo nombre habló y de la persona que las pronuncia: ellas han conmovido profundamente mi corazón de padre y de patriota! Ojala pudieran todos mis hermanos sentir la satisfacción que yo experimento en esta hora. Ojala tuviese yo palabras con que trasmitirla, o para pintaros, señores, mi reconocimiento. Reciba al menos el señor Vicuña Mackenna la expresión de mi profunda gratitud.³⁴

³³ *La Independencia*. Nueva York, Año 2do, no. 93, 15 de octubre de 1874.


³⁴ *Ibídem*.



Acto seguido, el diputado cubano Antonio Zambrana, excelso tribuno, habló en nombre de la patria sufrida:

El señor Mackenna ha dicho bien, señores. La tierra donde nací fue por espacio de cuatro larguísimos siglos oscuro calabozo en que no penetró la luz del cielo, lóbrega selva, como aquella que nos pinta el poeta italiano, habitada por la hambrienta codicia y por la insensata ambición. La dominación española profanaba el sentimiento religioso que es el primer alimento del alma, halagando las conciencias, bajo el peso del fanatismo obligatorio; imponía con la espada, en el foro, en la tribuna, en la plaza pública, doctrinas horrendas, que son la mutilación de los más nobles sentimientos del alma; arrojaba sobre todas nuestras instituciones la influencia sombría de la abominable institución de la esclavitud, porque era ella la que encorvaba la frente del negro y le rompía la piel y le apagaba la luz divina del pensamiento; corrompía desde su origen el culto sacrosanto del progreso, porque un pueblo que ve que la imprenta y el telégrafo son los instrumentos y al maldecir la imprenta y el telégrafo maldice el progreso, maldice su destino, y al maldecir su destino maldice a Dios.

Pero llegó un día en que uno de nosotros, que tenía como vuestros héroes, en sus venas, sangre de león, dio comienzo al épico combate que ha durado ya seis años, que durante seis años ha empapado nuestra tierra de lágrimas, ha blanqueado las llanuras con nuestros huesos, ha limpiado con nuestra sangre aquel suelo donde tanto había corrido la del infeliz africano, ha roto la piedra secular en que se apoyaba la casa de nuestros



mayores, para amontonar ruinas hostiles en el camino de la enemiga tropa, ha destruido nuestros hogares, derramado por el aire sus cenizas, que eran como las cenizas de nuestro corazón; ha hecho vagar esparcidos por extranjera tierra los hijos de la desolada familia cubana, ha entregado a pavoroso incendio nuestra antigua riqueza; pero que hará penetrar en breve plazo a nuestras heroicas legiones, alta la frente, el polvoroso estandarte en la mano, en el augusto capitolio de la libertad o los esconderá a todos en la sombra y el reposo del mismo sepulcro, que sólo extinguido su generoso aliento podrá perpetrarse en rincón alguno de la América la dominación española.

Se ha dicho tantas veces, señores, que la cuestión de Cuba es una cuestión americana, que debe tenerse por enojoso, o, cuando menos, por excusado el repetirlo, y sin embargo, a cada paso se hace necesario insistir en ello, porque, aunque se ha repetido con tanta frecuencia, parece que no se comprende bien.

No obstante, reparar, señores, que la guerra de Cuba es el último combate que se verifica en América entre el pasado y el porvenir, entre todo lo que significa la monarquía y todo lo que simboliza la república. La república es una inmensa reparación. Donde se había escrito: los reyes, ella escribe: los pueblos; en vez de la aureola para Carlos V, la aureola para Bolívar; en vez del suicidio para Bruto, el cadalso para Maximiliano; en vez de Bernardote coronado, Iturbide caído; donde se había escrito: los privilegios, ella escribe: los derechos; en vez de un pueblo



sajón que enciende la hoguera para que no haya sino protestantes en Inglaterra, un pueblo sajón que deja dividirse en dos pedazos su propia alma para que no haya sino hombres libres en América: donde se ha escrito iniquidad, la república escribe: Dios, y la América, señores, es la república.

La América, teniendo bajo su planta la corona rota de un monarca, en sus manos la cadena rota de una raza, parece haber recibido de lleno la viva luz del gran siglo en que vivimos: la dominación española es una mancha de lodo en un manto bordado de estrellas.

¿Y podría Chile mostrarse indiferente al acatamiento de una ley de la democracia, al cumplimiento de una obra americana? Colombia y el Perú nos han dado ya su fraternal abrazo, aquí venimos a solicitar el vuestro. Sin humillación, lo confesamos, con noble orgullo lo decimos: Cuba vacilante os tiende por nuestras manos su carcaj vacío... Venimos a pedirnos una limosna por el amor de la América, por el amor de la libertad, por el amor del progreso, por el amor de la humanidad, por el amor de la justicia, que es señores, el amor de Dios! [...] ³⁵

Ante el culto y grandilocuente discurso patriótico, la señora Ristori suplicó a Zambrana que se acercase para estrecharle la mano. Mackenna significó que aquel apretón de manos era un beneficio a favor de Cuba a lo que respondió la artista enardecida: “[...] Si, si, con toda mi alma”. ³⁶ Zambrana había estremecido a más de un corazón y cautivado al

³⁵ *Ibídem.*

³⁶ *Ibídem.*

auditorio. Mackenna, impresionado, agregó un nuevo brindis:

Señores: cuentan nuestros campesinos que cuando el león está acorralado por los perros en la última rama del árbol al que se ha refugiado, se escapa de sus ojos una lágrima gruesa como la cabeza de un niño. Señores, os propongo un brindis íntimo y casi indiscreto. He visto, mientras el señor Zambrana recordaba los dolores de su patria con una elocuencia de que hemos oído en nuestra sobria tierra pocos ejemplos más deslumbradores, he visto deslizarse escondida por las mejillas del general Quesada una lágrima silenciosa.

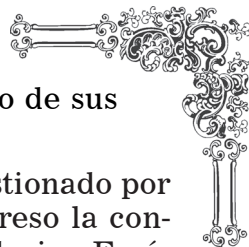
Señores: mi brindis es a esa lágrima del General en Jefe de los ejércitos de Cuba.³⁷

Habló nuevamente Quesada para pedir pólvora y después los señores Alejandro Reyes, Barros Lucas, Ibáñez y el coronel Saavedra; todos fueron largamente ovacionados.

El 30 de agosto, un nuevo mitin en el Teatro Municipal de Santiago de Chile, movilizaba a la opinión pública en torno a la causa de Cuba, mientras que en el Congreso, el poeta Guillermo Matta, ante la indiferencia oficial, cuestionaba al gobierno:

¿Por qué callaríamos en presencia de la honorable muerte de Céspedes? [...] ¿Por qué el Congreso de Chile no diría que Céspedes y los revolucionarios de Cuba están haciendo lo que nuestros padres hicieron y por cuyas acciones les decretamos la inmortalidad y el bronce de nuestras estatuas? Si la diplomacia cree que eso no puede decirse

³⁷ Ibídem.



[...] que lo diga el país por el órgano de sus representantes [...]³⁸

El ministro del Interior se sintió cuestionado por Matta y trató de justificar ante el Congreso la conducta del gobierno del presidente Federico Errázuriz:

En Chile no hay ningún individuo particular que no simpatice con la causa de los cubanos; pero el gobierno, en su carácter de tal, no debe hacerse eco de esas simpatías, porque no tiene medios para hacerlas efectivas y no quiere que la voz del país sea desconocida ó desoida.³⁹

Matta, enérgico e irrefrenable, ripostó al funcionario:

Si es exacto que todos los habitantes de Chile simpatizan con la causa de los revolucionarios cubanos, no veo por qué la Cámara de Representantes del país debe eximirse de ser eco de ese voto legítimo y unánime. Las prácticas internacionales autorizan esta manifestación: los Estados Unidos la hicieron tratándose de México y jamás se ha creído comprometido por eso el gobierno. Una determinación semejante será favorable a la causa de Cuba y honrosa para Chile.⁴⁰

Gracias al apoyo y atención personal de Mackenna, la misión del general Manuel de Quesada cumplió los objetivos trazados. El pueblo de Santiago participó

³⁸ Ramón de Armas: "El apoyo chileno a la Revolución Cubana de 1895". En revista *Araucaria de Chile*. Santiago de Chile, 1974, p. 151.

³⁹ Manuel Márquez Sterling: *La diplomacia en nuestra historia*. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967, p. 119.

⁴⁰ *Ibídem*.

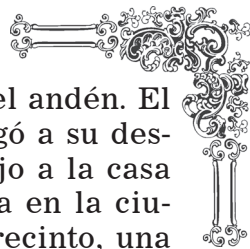
en los mítines populares y se recolectaron fondos en favor de los revolucionarios cubanos. En abierta contradicción con el mutismo de su gobierno, el pueblo chileno desbordaba en simpatías.

Preocupados por los resultados de las gestiones del general Quesada en Suramérica, José Antonio Echeverría, por entonces al frente de la representación diplomática de Cuba en Nueva York, en diciembre de 1874, solicitó al periodista y escritor cubano Enrique Piñeyro, secretario de la Junta Cubana, el cumplimiento de una importante comisión diplomática en Suramérica. Debía visitar Perú y Chile para materializar el traslado a EE.UU., de unas armas prometidas por el ex presidente peruano, general Mariano Ignacio Prado, y a la vez verificar los resultados del viaje del general Quesada.

A Echeverría, “[...] muy vivamente angustiaba entonces [...]”⁴¹ el desconocimiento de las intenciones y detalles de la gestión emprendida en Chile por el mayor general Manuel de Quesada, quien amparado en una autorización especial que en su momento le entregara el ex presidente cubano Carlos Manuel de Céspedes, actuaba en franco y abierto desconocimiento de la autoridad de la Junta Cubana de Nueva York.

Abandonando sus quehaceres periodísticos en la revista *Mundo Nuevo-América Ilustrada* que entonces dirigía, Piñeyro emprendió viaje al sur. El 19 de diciembre partió de Nueva York y arribó el 29 al puerto panameño de Aspinwall (Colón). El 30 desembarcó y tras rápida travesía por el istmo de Panamá en ferrocarril, abordó el buque que lo conduciría a Perú, previas escalas en Guayaquil y Payta. Desde este último puerto, envió a Márquez Sterling un telegrama anunciando su llegada. Arribó a Perú por el puerto de El Callao y emprendió viaje a Lima

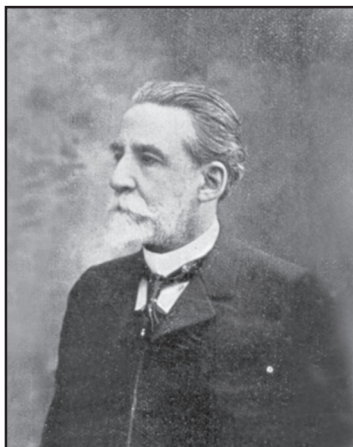
⁴¹ Enrique Piñeyro: “Una excursión diplomática”. En revista *Cuba y América*. Año VI, mayo de 1902, no. 112, p. 64.



por ferrocarril. Nadie lo esperaba en el andén. El telegrama enviado en Payta nunca llegó a su destino. Un compañero de viaje lo condujo a la casa de venta de tabacos que Sterling tenía en la ciudad. Al entrar maleta en mano en el recinto, una sorpresa. Frente a él, el mayor general Manuel de Quesada, su hermano Rafael, también general, y el abogado y periodista Antonio Zambrana, entre otros cubanos.

Cordialmente saludaron todos al recién llegado. Quesada le “[...] correspondió con ceremoniosa gravedad [...]”.⁴² Zambrana

lo hizo “[...] con la cordialidad del antiguo amigo y condiscípulo [...]”.⁴³ Márquez Sterling despejó a Piñeyro las dudas sobre los propósitos del viaje de aquellos patriotas. Quesada, por diversas razones, traía lacerada el alma, sobre todo, tras el fusilamiento de su hijo Herminio en Santiago de Cuba, en noviembre de 1873. Había llegado a Lima muy entusiasmado por la patriótica acogida que le



Enrique Piñeyro, destacado patriota e intelectual cubano.

brindara el pueblo chileno. Era un propagandista sincero de la independencia de la Patria. Atrás había quedado la época de la apasionada rivalidad entre el general con Miguel Aldama y la Junta Revolucionaria de Nueva York.

De Perú, donde se entrevistó cordialmente con el presidente Manuel Pardo, Piñeyro pasó a Chile. De nuevo, Mackenna y Matta arroparon con atenciones

⁴² *Ibídem*, año VI, junio de 1902, no. 133, p. 142.

⁴³ *Ibídem*.

Ey calor humano al representante de Cuba. Se trataba de uno de los principales intelectuales hispano-americanos de entonces. El presidente Federico Errázuriz Zañartu lo recibió en audiencia privada. Interesado por la situación interna de Estados Unidos, preguntó al cubano sobre varios temas, mas, cuando el patriota giró la conversación hacia los problemas de Cuba, el presidente nada preguntó, ni pidió detalles. Interrumpió Piñeyro su conversación “[...] al ver semejante actitud de reserva y Errázuriz dio por terminada la entrevista alargándome la mano y me acompañó unos pasos dentro de la sala”.⁴⁴

Matta por su parte, organizó un banquete en su honor. Los brindis por Cuba, en especial el del chileno Ignacio Palma, provocaron la intervención de Piñeyro:

Cuba es hoy, en toda la extensión del Universo, la única fracción de la tierra que pide su independencia y derrama a torrentes la sangre de sus hijos para conseguirla; es también el campo de batalla donde se libra la última pelea entre el antiguo y horrible sistema colonial y la moderna democracia americana. Vuestro interés, nuestras simpatías, vuestros aplausos, son signo consolador de que en esta hora revuelta de la historia, hora de reacciones, de bacanales de fuerza, de amargos desengaños, el sentimiento moral no ha muerto, no ha desaparecido aún de nuestro planeta.

Cuba está defendiendo sola, completamente sola, la libertad de su suelo, el derecho de gobernarse por sí misma, la justicia de la causa a que debe el continente todo su independencia y el porvenir, en fin, de esa misma libertad americana. Esa convicción

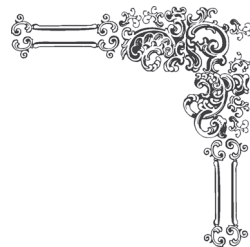
⁴⁴ *Ibídem*, p. 144.



la ayuda en su lucha desigual, le infunde valor para persistir, fuerza para triunfar. Hay, por supuesto, algo más, otro elemento de combate: la pasión viril que con indomable energía ardió en el pecho de vuestros padres, no extinguida tal vez en vuestros corazones, el odio a muerte al opresor. Pero, de eso no os hablo, porque no he de introducir en esta fiesta apacible y armoniosa el acento siniestro y desesperado del esclavo, del colono que rompe sus hierros y lanza los pedazos al rostro del opresor.⁴⁵

Durante tres meses, el patriota e intelectual cubano permaneció en Chile. Luego de fructíferas gestiones comerciales, logró embarcar en Valparaíso un cargamento de armas perteneciente al general Mariano Ignacio Prado, que negociaciones secretas entre políticos chilenos y peruanos pusieron en manos de la Revolución Cubana. En mayo de 1875, partió Piñeyro rumbo a Nueva York, vía Panamá, con el preciado cargamento.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 145.



Combatientes chilenos en la Guerra de los Diez Años

No obstante la solidaridad y efervescencia popular que la causa de Cuba despertó en el pueblo chileno, no ha sido posible confirmar la presencia en los campos de Cuba durante la Guerra de los Diez Años, de algún combatiente de este país, lo que no significa en absoluto, que no haya existido. Los datos históricos referenciales con que contamos dan elementos de tres combatientes, salidos de Chile hacia Cuba, pero no se cuenta con la confirmación de su arribo a la Isla.

En agosto de 1870, el patriota cubano Francisco Javier Cisneros organizaba en Colombia la llamada Expedición Suramericana, que debía quedar integrada por 500 militares de las repúblicas del sur, en especial de Colombia. Demoras y errores organizativos en la preparación de la expedición, provocaron la dispersión de los participantes, los que finalmente no pasaron de 40, colombianos en su casi totalidad, que marcharon a Cuba en el vapor *Hornet*, desembarcando como Legión de Honor Colombiana el 7 de enero de 1871 en Punta Brava, Las Tunas, provincia de Oriente.

El combatiente chileno Manuel Torres Vidal, primero durante la Guerra de los Diez Años de quien sabemos que se involucrara en una expedición hacia Cuba, formó parte del contingente inicial de la Expedición Suramericana; pero se quedó en Panamá al desintegrarse esta y no ha sido posible

precisar si intentó continuar hacia la Isla y llegó a ella o si regresó a su tierra natal.⁴⁶

Años después de terminada la Guerra de los Diez Años, el coronel del ejército español Francisco Camps y Feliú, en su libro *Espanoles e Insurrectos*, en un tono sarcástico, reproducía una noticia de prensa referida a la salida hacia Cuba de dos combatientes chilenos durante aquella gesta:

Los C.C. Guillermo Pradel y Juan Tagle, ambos oficiales del ejército chileno, e hijos de familias distinguidas de Chile, se han embarcado en Valparaíso con dirección a Cuba para enrolar como voluntarios en las filas del Ejército Libertador; que los vientos bonancibles de los mares conduzcan la vela que los trae a puerto de salvación.⁴⁷

La búsqueda de Guillermo Pradel⁴⁸ y Juan Tagle,⁴⁹ entre los mambises del período 1868-1878 ha resultado infructuosa. No se ha podido verificar si pudieron materializar sus ansias solidarias.

⁴⁶ Biblioteca Nacional "José Martí". Colección Manuscritos. CM/ Ponce/no. 28.

⁴⁷ Francisco Camps y Feliú: *Espanoles e insurrectos*. La Habana, 1890, p. 374.

⁴⁸ Según la hoja de servicios de Guillermo Pradel, del Archivo General del Ejército de Chile, este ingresó como cadete supernumerario el 14 de octubre de 1862 en la Escuela Militar y obtuvo el grado de subteniente el 29 de septiembre de 1865, fecha en que fue destinado al Batallón Buín 1ro de línea. Obtuvo la separación absoluta del servicio el 11 de enero de 1869. (Datos aportados por el embajador de Cuba en Chile, Giraldo Mazola.)

⁴⁹ Según la hoja de servicios de Juan Tagle G. en el Archivo General del Ejército de Chile, ingresó en la Escuela Militar en 1832 e hizo su carrera completa hasta teniente coronel; su última destinación fue la de edecán del Congreso Nacional hasta su muerte en 1884. No figura permiso o comisión fuera del país que permita afirmar su presencia en Cuba. (Datos aportados por el embajador de Cuba en Chile, Giraldo Mazola.)



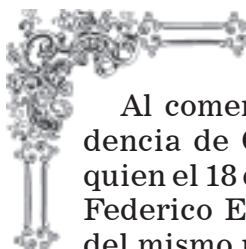
Chile y la guerra del 95

Dos acontecimientos históricos tuvieron lugar en Chile antes de que comenzara la nueva gesta independentista cubana el 24 de febrero del año 1895, los cuales tendrían su influencia directa en la presencia y solidaridad chilena: la Guerra del Pacífico (1879-1883) y la Guerra Civil de 1891.

La Guerra del Pacífico, que involucró a Chile, Perú y Bolivia, quebrantó la tradicional alianza que en los asuntos de Cuba habían mantenido chilenos y peruanos, afianzada durante la guerra contra España (1864-1866). Fue precisamente el general Mariano Ignacio Prado, el amigo de Chile, de Mackenna y de los cubanos, quien como presidente de Perú hubo de enfrentar la intervención chilena en las salitreras regiones de Antofagasta y Tarapacá en 1879. Quien tanto hizo por Cuba con el apoyo chileno, vería morir fusilado a manos de sus hermanos de ayer, el 14 de julio de 1883, a su hijo Leoncio, coronel del Ejército Libertador de Cuba.

Aquel conflicto bélico, dejó profundas heridas y lesiones espirituales entre las naciones involucradas. Después, era prácticamente imposible pensar en alianzas estratégicas regionales en favor de Cuba.

Por otra parte, la Guerra Civil desatada en 1891 en Chile y que llevara al poder al almirante Jorge Montt (1846-1922), entre sus consecuencias, dejó sin empleo a centenares de miembros del ejército, en especial, seguidores del derrocado presidente José Manuel Balmaceda (1840-1891). Algunos de ellos, manifestarían años después, sus deseos de formar parte del Ejército Libertador de Cuba.



Al comenzar la guerra de Cuba ejercía la presidencia de Chile el almirante Jorge Montt Álvarez, quien el 18 de septiembre de 1896 la entregó al electo Federico Errázuriz Echaurren, hijo del presidente del mismo nombre que recibiera en 1875 al patriota cubano Enrique Piñeyro. En los asuntos de Cuba ambos gobiernos asumieron la actitud de dejar hacer, sin dar apoyo directo y oficial a la causa.

Por esos años la influencia española en la economía chilena era notable, y los hijos de la antigua metrópoli ejercían presión en los círculos de poder político y religioso. Chile prestaba particular atención a sus conflictos fronterizos con Argentina y en ello justificaba cualquier inmovilidad en sus posiciones de política exterior.

Levantada Cuba en armas, el Partido Revolucionario Cubano, envió a Chile al patriota Arístides Agüero, como representante diplomático ante el gobierno de aquel país. Profundo observador y analista político, en pocos días tenía Agüero una apreciación integral de la situación de esta nación. En carta fechada el 16 de octubre de 1895 en Santiago de Chile, le explicaba al delegado⁵⁰ del PRC, Tomás Estrada Palma:

[...] Gracias a la influencia de la familia mía de aquí, puedo asegurarle que todo el partido Balmacedista es nuestro y que si sube al poder nos apoyará decidido: aunque caído tiene gran influencia, disciplina y el porvenir suyo, representa la destrucción del clericalismo y la aristocracia: ya tiene 22 senadores y diputados, hoy mismo ha hecho dimitir al ministerio y en las próximas elecciones es casi seguro que si no coloca Presi-

⁵⁰ Delegado era el más alto cargo en la dirección del Partido Revolucionario Cubano. El primero en ocuparlo fue José Martí, al fundar el PRC en 1892. A su muerte lo sustituyó Tomás Estrada Palma.



dente tendrá de 40 a 50 representantes. Además los demócratas, radicales, obreros y estudiantes están con nosotros, pero los conservadores y clericales nos hacen guerra sorda: razones.

1º. Creen representa España el catolicismo y defiéndenla con calor influenciados por el clero español que aquí es numeroso e influyente, les ha hecho creer que el triángulo de la bandera cubana es de francmason, &&, supóngase.

2º. Hay mucho orgullo de clase y sangre, todos quieren ser herederos directos de los héroes iberos de la conquista y edad media: se enorgullecen de la raza, de la Madre patria, &.

3º. El ministro español está relacionado muy bien, es santurrón, intrigante, los halaga, defendiendo su genealogía española, &, temen disgustarse con él y que les descubra los títulos de pega que aquí presentan, si no todos, la mayor parte.

4º. La prensa española aquí, lo mismo que los cables, desfiguran nuestra guerra dándole carácter de —racistas— bandas de rateros —antipapales y antiaristócratas, &: sobre esto le doy detalles a Gonzalo también.

En síntesis debo combatir aquí:

1. Carácter racista.
2. Supuesta anexión yankee.
3. Antirreligiosa y antiaristocrática (sentido de la revolución)
4. Desorganización de nuestro ejército.
5. Asesinatos de prisioneros y heridos, & [...]⁵¹

⁵¹ *Correspondencia Diplomática de la Delegación Cubana en Nueva York durante la Guerra de Independencia de 1895 a 1898. Tomo II.*



Uno de los primeros pasos de Agüero en agradecimiento histórico al amigo de Cuba fue contactar a la viuda de Benjamín Vicuña Mackenna, la señora Victoria Soubercaseaux que, entusiasta, mantenía vivas las simpatías de su esposo por la mayor de las Antillas. El 23 de octubre de 1895, escribía Agüero al Delegado del PRC Tomás Estrada Palma: “He conseguido la cooperación y auxilio de la Sra. Victoria Soubercaseaux, Vda. de Vicuña Mackenna, antiguo defensor de Cuba y con ella trato de dar una Kermesse de gran tono a favor de Cuba”.⁵²

Agüero, quien había perdido dos hermanos fusilados por España durante la Guerra de los Diez Años, cautivó a la sociedad chilena y ganó generales simpatías para la causa. Desde Perú, el coronel del Ejército Libertador cubano, José Payán, ahora directivo del Banco de El Callao, en carta del 22 de noviembre de 1895 reconocía el trabajo de Agüero, cuando escribió a Estrada Palma: “Agüero *sigue haciendo furor* en Chile: previenen a su favor su figura, su modestia general, la circunstancia de tener familia chilena, y de mucho le han servido las valiosas amistades que tengo entre banqueros y rentistas de aquella tierra de dinero”.⁵³

La gestión de Agüero fue firmemente apoyada por el humanista y patriota Eugenio María de Hostos, muy querido en Chile como pedagogo y hombre de letras. Hostos había asumido la representación diplomática de Cuba al iniciarse la contienda bélica, la que entregó a Agüero tan pronto como este arribó a Chile. El ilustre boricua, para

Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, Imprenta del Archivo Nacional, La Habana, 1943-1946, pp. 27-28.

⁵² Ibídem, p. 32.

⁵³ *La Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*. Tomo II. Biblioteca Histórica Cubana, Editorial Habanera, La Habana, 1932, p. 241.

CHILE EN LA INDEPENDENCIA DE CUBA

apoyar la causa de Cuba, fundó en Santiago de Chile el 14 de julio de 1896, el periódico *El Americano*, que se convirtió en un órgano de batalla política de la causa cubana.

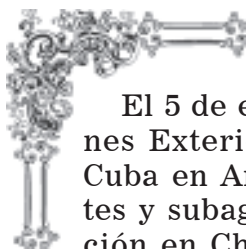
La idea inicial de la dirección del Partido Revolucionario Cubano para las repúblicas americanas del Pacífico era nombrar al coronel del Ejército Libertador Manuel Sanguily, tribuno e ilustrado hombre de letras, como representante diplomático ante Ecuador, Perú, Chile y Bolivia. Así lo informó el 13 de diciembre de 1895 Tomás Estrada Palma en carta enviada a Guayaquil al cubano Miguel Alburquerque. Sin embargo, dos días antes, Estrada había escrito al secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de la República de Cuba en Armas, informándole que, aunque la misión de Agüero hasta entonces había sido económica, lo nombraría desde ese momento representante diplomático ante dichos países hasta la llegada de Sanguily, momento en el que lo destinaría como representante ante Argentina, Uruguay y Brasil.

Por razones diversas, Sanguily nunca llegó a ocupar el puesto. El 21 de enero de 1896, Arístides Agüero fue nombrado oficialmente representante diplomático de la República de Cuba ante los gobiernos de

Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, con residencia en Chile, puesto que desempeñó hasta que el 5 de mayo de 1897, en que fue designado con igual cargo, ante las repúblicas de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil.



*Arístides Agüero,
representante diplomático
de Cuba en Chile.*



El 5 de enero de 1897, el secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de la República de Cuba en Armas presentó las propuestas de agentes y subagentes en el extranjero; la representación en Chile correspondió a Manuel Portuondo Jústiz y Arístides Agüero pasó a representar a Cuba ante Brasil, Uruguay y la República de Argentina.

Aquellos hombres, activos e improvisados diplomáticos, pusieron en alto el nombre de Cuba y con su patriotismo ejemplar, cautivaron con su prédica libertaria, a hijos de Chile quienes, hipnotizados, lo abandonaron todo para marchar al encuentro con la gloria.

El 22 de agosto de 1895, cuando Arístides Agüero y Nicolás de Cárdenas se encontraban en Panamá para continuar el viaje que los llevaría a Chile, entusiasmado, el primero escribió al delegado del Partido Revolucionario Cubano, Tomás Estrada Palma:

[...] Acabo de leer una carta de Iquique (Chile) donde se manifiesta que allí, en Pampas, Santiago y Valparaíso hay hombres, veteranos del Pacífico, oficiales navales y soldados registrados y listos para partir a la insurrección nuestra: hay fondos considerables en dichos puntos.

Le suplico me dé instrucciones más amplias y detalladas sobre esas expediciones chilenas, es importantísimo no desanimarlos, aunque *nos sobren hombres*, pues tal vez cundiría el desaliento: de ese modo los residentes darán con mayor gusto pues saben que es también para hermanos y paisanos.⁵⁴

No había llegado aún a Chile y ya comenzaba Agüero a enfrentar el difícil dilema de controlar y

⁵⁴ *Correspondencia diplomática...* Ob. cit., tomo II, p. 19.

CHILE EN LA INDEPENDENCIA DE CUBA

encauzar el desbordante entusiasmo por la causa de Cuba. En el contexto general de la solidaridad con nuestro país en la guerra del 95, el caso chileno llama la atención pues la casi totalidad de los combatientes que ofrecían sus servicios eran soldados y oficiales, retirados o en activo, con buena preparación militar.

El entusiasmo popular por la causa cubana en Chile fue grande. El 3 de octubre de 1895, Tomás Estrada Palma así lo reconocía cuando escribía al delegado del PRC en Mérida, Yucatán, Rodolfo Menéndez, manifestándole que “[...] en Venezuela, Chile, Perú y Ecuador, nuestra causa tiene un abogado en cada periódico”.⁵⁵ Las primeras colectas, realizadas en 1895 en los países donde el PRC mantenía agencias diplomáticas o representaciones de clubes patrióticos, revelan que entonces Chile era el país donde más contribuciones voluntarias recibía la Revolución Cubana, solo superado por los clubes cubanos en Estados Unidos.

Los meses de noviembre y diciembre de 1895 y enero de 1896, fueron agitados para Agüero, pues de todo Chile recibía correspondencia y contribuciones. De Valparaíso, escribía la Sociedad de Abasteros y Cortadores; de Santiago de Chile, la Escuela Nocturna “Fermín Vivaceta”; de Carrizal Bajo, la Empresa Ferrocarril de Carrizal; de Curicó, el Centro Social Liberal Democrático y una colecta popular; de Concepción, los empleados del Ferrocarril del Estado, los albañiles y trabajadores del Departamento de Ingenieros y los trabajadores de la Maestranza del Ferrocarril; de Rancagua, la Sociedad de Rancagua; de Curanilahue, Talcahuano, Coquimbo, Valparaíso, Quillota, Taltal y otras localidades, llegaba abundante correspondencia que, de inmediato, contestaba el delegado cubano.

⁵⁵ *La Revolución del 95 según...* Ob. cit., tomo II, p. 29.



Para obtener las contribuciones, los chilenos organizaban comités, conciertos, fiestas populares, o bien hacían erogaciones directas de sus salarios. Como estaba prohibida por ley la organización de suscripciones y colectas en los centros de trabajo, los obreros corrían la voz de las intenciones, y a la salida de estos recogían el dinero destinado a sus hermanos cubanos.

Agüero, desplegó una intensa actividad en los principales círculos de la vida sociopolítica y cultural. Aprovechó las relaciones de los cubanos radicados en Chile, en especial del ingeniero Nicolás Tanco, que trabajaba para el gobierno, y del patriota boricua Eugenio María de Hostos, muy reputado en el mundo de la cultura y rector del Liceo municipal de Santiago.

La actividad de Agüero desató ánimos adversos en torno a la causa de Cuba, pues el favor mayoritario del pueblo se intentó sabotear con provocadores y se llegó, incluso, en Concepción y en Copiapó, a asesinar por manos españolas a dos chilenos simpatizantes con Cuba. El propio Agüero fue víctima de varios intentos de agresión. Al respecto el delegado del PRC, preocupado, le escribía desde Nueva York el 16 de marzo de 1896 “[...] tengo curiosidad de saber el atentado de que fue V. objeto en Concepción [...]”.⁵⁶

Prácticamente a su llegada a Chile, Agüero hubo de recomendar a un combatiente chileno:

[...] Acabo de dar carta de recomendación al joven Amaro Marambio, entusiasta practicante de ingenieros que quiere pelear contra España por nosotros. Todo se lo costea, es de familia acomodada y de buenas relaciones: es otro elemento valioso por su inteligencia en construcciones y por

⁵⁶ *Correspondencia diplomática...* Ob. cit., tomo I, p. 17.

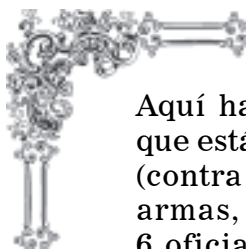
el entusiasmo que aquí ha despertado su
marcha [...]⁵⁷

El 23 de octubre de 1895, Agüero le escribía al delegado manifestándole que tenía como pro-se-litistas fervientes de la causa cubana a escritores y periodistas de la talla de Guillermo Matta, Pedro Pablo Figueroa, Belisario García, Rocoant, Subbil, Santa Cruz, Mardonés, Bañados Espinosa, Lucio Bañados, Virgilio Figueroa, Valentín Lettellier y otros, y que contaba con la solidaridad activa y decidida por Cuba de medios de prensa importantes como *La Ley*, *Nueva República*, *Democracia*, *Cuco*, *Revista Cómica*, *Actualidad* y *Heraldo*. Pero para Agüero lo más complejo e importante era viabilizar el viaje a Cuba de los militares chilenos que, insistentemente, se lo solicitaban ofreciendo sus servicios a la causa de la independencia. Al respecto, ese mismo día escribió a Estrada Palma:

[...] los chilenos son muy orgullosos y por sostener que sus paisanos luchan y conquistan la libertad cubana son capaces de todo: rechazar los que se pagan todo haría aquí efecto fatal: los estudio, analizo y espío hasta conocerlos bien eso desde luego.

Comprendo que no necesitamos gente, pero sin embargo hay que transigir con ciertas exigencias: después de todo créame, si lográramos formar un pequeño cuerpo, allá, de chilenos esta gente nos protegería mucho más. Los que irán son cuatro, dos antiguos alféreces de artillería y dos ingenieros constructores, como Vd. ve no es gente inútil después de todo.

⁵⁷ Ibídem, tomo II, p. 96. Su arribo a Cuba no ha podido ser precisado.



Aquí hay 30 oficiales desde coronel abajo, que están haciendo una recolecta entre ellos (contra mis indicaciones de dármele para armas, etc.), para costear el pasaje, &, a 6 oficiales de caballería, infantería y artillería que peleen e instruyan a los cubanos: son hombres de valor reconocido y de gran reputación militar. Si fueran rechazados causaría verdadera indignación aquí: creo por lo demás que nos serán muy útiles pues conocen perfectamente las guerrillas, &. No crea Vd. jamás que yo entusiasmo ni coadyuvo a estas ideas, pero el entusiasmo de pelear por Cuba es inmenso e imposible de menospreciar siempre.

Tengo dos torpedistas notables aquí, reputados entre la escuadra inglesa como hábiles, valientes y peritos que me suplican le pregunte si sus servicios como marinos pueden ser útiles a Cuba. Uno fue el que voló el *Blanco Encalada* en Coquimbo, es el Sr. Fuentes, teniente de torpedos y jefe del *Linch*, el otro fue el destructor de la torre de proa del *Huascar* en la guerra del Perú. Debo advertirle que el 1ro se metió solo con su barquito entre toda la escuadra chilena compuesta de 8 cruceros y 2 torpederos, y al tercer disparo hundió el *Blanco* escapando después de la persecución.⁵⁸

El 5 de noviembre de 1895, evaluando la situación política del país y su posición respecto a nuestra independencia, el patriota puertorriqueño Eugenio María de Hostos, quien presidía el Círculo Revolucionario Cubano de Santiago de Chile, escribía a Tomás Estrada Palma y le manifestaba: “Dos cosas

⁵⁸ Ibídem, p. 32-33. No ha sido posible confirmar la salida de Chile ni la llegada a Cuba de estos militares.

son evidentes aquí en lo relativo a Cuba: que el pueblo le es fervorosamente favorable; que el gobierno le es adverso por temor o por cálculo”.⁵⁹

En esas condiciones continuó el trabajo de Agüero que contaba como auxiliares a los 15 cubanos residentes en toda la geografía de Chile: uno en Iquique, cuatro en Pampa, dos en Talca, y ocho en Santiago. A Hostos, lo contaba como cubano, pues de corazón lo era. De aquellos hombres, solo Hostos y Nicolás Tanco tenían elevada cultura, acceso y relaciones con los círculos de poder. De Tanco, diría Agüero que “[...] este cubano es de un mérito superior por su celo, desinterés y bondad: es mi secretario y tesorero. Pienso, si marchó dejarlo como Agente mío en tanto estoy fuera [...]”.⁶⁰

Desde la ciudad de Chillán, en el centro de Chile, el 18 de noviembre de 1895, Agüero escribió a Estrada Palma recomendando a un nuevo combatiente:

El joven Arturo Lara de distinguida familia es portador de ésta, se lo recomiendo *eficazmente* por tener suficientes méritos para ello: desea sernos útil y combatir bajo nuestra enseña para tener el placer de contribuir como chileno al triunfo de Cuba: sus servicio son de interés.

[...]

El Sr. Lara se abona su pasaje y no cuesta nada por tanto: es un mérito más, sólo le guía su americanismo.⁶¹

El 7 de enero de 1896, los libros de tesorería de la Delegación del PRC en Nueva York, registraban, por concepto de egresos, 16 dólares por 16 días de hospedaje y dieta a favor de Arturo Lara, oficial

⁵⁹ *La Revolución del 95 según...* Ob. cit., tomo II, p. 45.

⁶⁰ *Correspondencia diplomática...* Ob. cit., tomo II, p. 39.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 34.



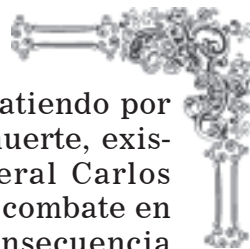
del ejército chileno.⁶² La cuantía del hospedaje —un dólar diario—, da una idea de la modestia con que debió vivir en la gran urbe neoyorquina el futuro combatiente mambí, mientras esperaba la salida de la expedición e indica además la presencia de Lara en esa ciudad desde finales de 1895.

Fue Lara subteniente del ejército chileno en época del presidente Balmaceda, uno de los guerreros que el 27 de enero de 1896, acompañando al mayor general Calixto García Íñiguez, formó parte de la expedición del viejo y herrumbroso vapor *Hawkins*. Dos días después de su salida del puerto de Nueva York, el añejo pesquero de mal aspecto, naufragó en las gélidas aguas del Atlántico norte y se llevó al fondo del mar a diez de sus compañeros, entre ellos el francés Emilio Jallais y el colombiano Francisco Gaitán.

Tras el naufragio, Lara se enroló con nombre, apellidos y nacionalidad cambiados, como tripulante en la expedición del vapor *Bermuda*, compuesta casi íntegramente por los náufragos del *Hawkins*, con su jefe, el mayor general Calixto García, al frente. Con él viajaron como futuros mambises, el general colombiano Avelino Rosas Córdova y el capitán del ejército hondureño Manuel Rodríguez, dos de sus compañeros de naufragio. El 25 de marzo de 1896, desembarcaron en la ensenada de Maraví, cerca de Baracoa, al norte de la provincia de Oriente.

A su llegada a la Isla, le fue reconocido el grado de teniente, con antigüedad 26 de mayo de 1896. Su meritoria carrera de oficial lo llevó, combatiendo a lo largo de Cuba, a alcanzar el grado de teniente coronel. Por su bravura, entre los cubanos se ganó el calificativo de “el león chileno”.

⁶² Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del PRC, Libros de Tesorería, no. 61.



Arturo Lara Dinamarca murió combatiendo por la independencia de Cuba. Sobre su muerte, existen dos versiones, la del mayor general Carlos Roloff, quien planteaba que, herido en combate en la provincia de Matanzas, murió a consecuencia de ello a finales de 1897, y, por otra parte, la del general Enrique Loynaz del Castillo, su jefe directo, quien afirmó que había caído combatiendo en Jicarita, en la provincia de Matanzas, el 15 de julio de 1897, y que su cadáver había sido enterrado en algún lugar de la Ciénaga de Zapata.

En sus memorias, el general Loynaz plasmó el impacto que le causara la muerte del bravo chileno: “Al recorrer hacia la izquierda otra vez nuestra línea —ya en silencio— tuve la dolorosa sorpresa de saber que había muerto el heroico teniente coronel Arturo Lara, noble oficial de Chile al servicio de nuestra libertad”.⁶³

Para febrero de 1896, la pasión por la causa de Cuba continuaba entre los chilenos su contagiosa expansión. Agüero lo reconocía cuando afirmaba: “[...] hoy tenemos el pueblo entero de Chile a nuestro lado y casi toda su prensa [...]”;⁶⁴ la recaudación de dinero y los mítines de solidaridad eran constantes y fluidos.

Desde Coquimbo, el 13 de febrero de 1896, Agüero recibió un nuevo ofrecimiento:

Mui señor mio:

Desde que tuve el gusto de saber que Ud. estaba en mi patria, busqué ocasión para poder hablar con Ud; pero ya que hasta ahora no lo he conseguido, me resuelvo a hacerlo aunque sea por medio de la pluma.

Señor: soi coquimbano i desde que nuestros hermanos dieron el grito de libertad; me ha

⁶³ Enrique Loynaz del Castillo: *Memorias de la Guerra*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 501.

⁶⁴ *Correspondencia diplomática...* Ob. cit., tomo II, p. 35.



parecido que somos nosotros los que vamos a hacernos independientes i romper esas oxidadas cadenas.

Deseo Señor, ir a vencer o morir; pero voy con gusto i así quisiera que todos imitaran mi ejemplo. Yo con lo único que puedo ayudarles es: con mis brazos.

Ahora, espero, Señor, que Ud. se dignara contestarme dándome los datos necesarios para trasladarse a mi Patria chica.⁶⁵

En similares términos, también desde Coquimbo, cuatro días después se ofrecen otros dos chilenos:

Mui respetado señor:

Inspirados ardientemente, señor, por la causa de Cuba que hoy lucha y luchará hasta agotar la última gota de sangre de sus hijos, hasta que en sangre cubana sean convertidos sus fuentes y arroyos y sean enrojecidos sus mares en pro del pueblo libre. Yo, señor, otro compañero, y tal vez tres más, que la pobreza no nos permite ayudar a esa segunda patria con el contingente de dinero exponernos por ella, señor, como chilenos nuestras vidas y deseamos que de alguna manera se nos transporte allá. Esperamos señor, que esta nos sea favorable, ayudados por el gran amor que tiene Ud. a su patria. Lo saludamos con un ¡Viva Chile! ¡Viva Cuba Libre! Sus atto. S. S.

JULIO BASTERRICA y FELICIANO TORRES⁶⁶

Tal era el entusiasmo, que algunos viajaban a Nueva York buscando cartas de recomendación en otras ciudades sudamericanas, evitando las nega-

⁶⁵ Colección Manuscritos. Sala Cubana. Biblioteca Nacional "José Martí". CM/Montoro/T LIV/p. 29. El subrayado es del autor de la carta.

⁶⁶ Ibídem, p. 30.

CHILE EN LA INDEPENDENCIA DE CUBA

tivas y argumentos de Agüero. Por ejemplo, el 29 de febrero de 1896, desde el puerto de Colón, en Panamá, el representante cubano en aquella ciudad escribía a la dirección del Partido en Nueva York, recomendando como futuro expedicionario al capitán de artillería y caballería del ejército chileno don Savéo Cid y Cid, que llegaba a ese puerto con cartas de recomendación de Lima y El Callao, manifestando que su única intención era viajar a Cuba a combatir en el Ejército Libertador.⁶⁷

La euforia chilena era tal, que el coronel del Ejército Libertador José Payán, residente en Perú, el 13 de abril de 1896 escribió a Estrada Palma manifestándole su idea de llevar a Cuba una legión extranjera “[...] chilena, por ejemplo [...]”.⁶⁸

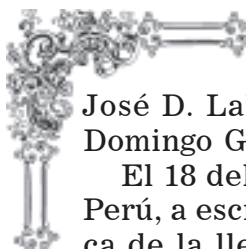
A finales de febrero, Agüero recibió el ofrecimiento de los hermanos Le Roy, de Valparaíso, de fundar un periódico de propaganda revolucionaria para sostener la causa de Cuba y contrarrestar el integrismo español. Lo único que solicitaban era la contribución en información, noticias, biografías y temas afines, para enriquecer las páginas. El periódico comenzó a publicarse el 1ro de marzo de 1896 y concluyó su existencia el 30 de septiembre de 1897, con la salida hacia Bolivia de Agüero, que era su principal inspirador.⁶⁹

En el número del 5 de mayo de 1896 del diario chileno *La Ley*, se afirmaba que para esa fecha se encontraban combatiendo en Cuba los chilenos

⁶⁷ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del PRC, Documentos de la Delegación, no. 5, A-Z. Su nombre no aparece relacionado en ninguna de las listas de expedicionarios arribados a la Isla. No ha sido posible tampoco determinar si llegó a Cuba por alguna otra vía.

⁶⁸ *La Revolución del 95...* Ob. cit., tomo IV, p. 259.

⁶⁹ Los datos en nuestro poder no nos permiten determinar el nombre de la publicación.



José D. Labos, Manuel Aguirre, Timoteo Plaza y Domingo Gaetes.⁷⁰

El 18 del mismo mes, vuelve Payán desde Lima, Perú, a escribir a Estrada Palma y le alertaba acerca de la llegada de otro chileno candidato a combatiente: “El jovencito chileno Darío Montt se le presentará con una tarjeta mía para que Vd. lo mande a Cuba [...] Trátelo Vd. bien porque es un muchacho decente”.⁷¹

Desde la nortea ciudad de Copiapó, el 20 de julio de 1896, Agüero escribió a Estrada Palma recomendando a otro combatiente chileno:

Con esta se presentará a Vd. el antiguo militar chileno D. José Lino Varas, quien desea ponerse a sus órdenes para servir nuestros intereses.

No ha costado nada su viaje, todo lo gasta de su propio peculio: procede de uno de los regimientos más famosos de la guerra del Perú: el regimiento Atacama.

Espero pueda Vd. utilizar su valor y pericia cuando mejor lo crea.⁷²

En Nueva York, residió Varas algún tiempo en espera de la orden de partida. Luego se incorporó a la expedición del *Dauntles*, que bajo el mando

⁷⁰ Diario *La Ley*. Santiago de Chile, 5 de mayo de 1896. Esta información no ha podido ser confirmada por otras fuentes. En el *Índice Alfabético y de Defunciones...* del mayor general Carlos Roloff, aparece relacionado un combatiente nombrado Manuel Aguirre, soldado, hijo de José y Concepción, que ingresó al Ejército Libertador el 7 de diciembre de 1895 y concluyó la guerra en el Departamento Occidental, 4to Cuerpo, 1ra División, 1ra Brigada, Regimiento de Caballería “Martí”. Roloff no especifica nacionalidad, por lo que no sabemos si se trata del chileno de igual nombre y apellido citado por el diario.

⁷¹ *La Revolución del 95...* Ob. cit., tomo IV, p. 263. No ha podido ser confirmada su llegada a Cuba.

⁷² *Correspondencia diplomática...* Ob. cit., tomo II, p. 49. Algunas fuentes lo citan como Constantino Varas.

CHILE EN LA INDEPENDENCIA DE CUBA

del comandante Ricardo Delgado, desembarcó el 24 de mayo de 1897 en la playa de Bacuranao, provincia de La Habana, muy cerca de la capital de la Isla. En la misma expedición, viajaron a Cuba los también combatientes chilenos Federico Gabler y Manuel R. Marcoleta. Varas combatió en la caballería habanera a las órdenes del coronel Néstor Aranguren.

A finales de 1897, herido de bala en el antebrazo, cayó prisionero de los españoles junto a sus coterráneos Carlos Bounocore y Luis Ahumada del Canto. Años después, el primero, en entrevista ofrecida al diario chileno *La Tarde*, manifestó que creía que Varas había muerto en Cuba durante la guerra. Sin embargo, una carta del cónsul de Chile en La Habana fechada el 23 de julio de 1900, afirmaba que sobrevivió a una infección palúdica, luego de caer prisionero de los españoles, y que el 6 de diciembre de 1899 había salido de La Habana.

Los ofrecimientos de combatientes chilenos para pelear por Cuba Libre no se detenían. En agosto de 1896, desde Valparaíso, el chileno R. H. Shepherd, a nombre de tres compañeros, escribía a lo que él llamaba Junta Revolucionaria Cubana en Nueva York:

Casilla 926

Valparaíso, (Chile) Agosto 18 / 96

Señor Secretario de la Junta Revolucionaria Cubana

Favor del señor Editor del *New York Journal*
New York

Muy señor mío:

Me tomo la libertad de dirigir a Vd. la presente, para preguntarle: en primer lugar, la dirección de su oficina, y segundo, cuanto valdría el pasaje de Nueva York, a alguna caleta o puerto de Cuba; es decir



a donde desembarcan las expediciones que periódicamente salen de ese puerto con destino a la isla.

Necesito saber esto para calcular el costo del viaje de aquí a dicha caleta o puerto, pues deseo emprender viaje en compañía con tres compañeros más (chilenos todos) tan pronto que reciba contestación de Vd. Deseamos ayudar con nuestras pequeñas fuerzas a los valientes que batallan por la libertad de su patria. Sabemos que ya hay en la isla muchos chilenos militando en las filas libertadoras, y aquí en Chile no se duda que los patriotas cubanos podrán vencer a los españoles tal cual lo han hecho las demás naciones de América.

Esperando pues, señor Secretario, una pronta contestación a la presente, y haciendo votos por que pronto se vea libre la preciosa isla antillana, tengo el honor de suscribirme de Vd., como su más atento y seguro servidor,

R. H. SHEPHERD⁷³

En el propio mes de agosto, el chileno Francisco J. Concha, secretario personal de Agüero, recomendaba desde Antofagasta al ex sargento mayor Parmenio Castro y al ex capitán Raimundo Tassi, como futuros combatientes del Ejército Libertador.⁷⁴

En 1896, Agüero recibió además los ofrecimientos de Julio Besterrica, Feliciano Torres y Manuel Atria, desde Coquimbo, y desde Taltal, de los ex militares chilenos Antonio Sigorica, Antonio Toledo Muñoz y

⁷³ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del PRC, Documentos de la Delegación, no. 5, A-Z, no. 178. No ha sido posible comprobar su arribo a Cuba.

⁷⁴ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del PRC, caja 3, no. 943.

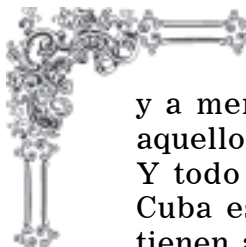
CHILE EN LA INDEPENDENCIA DE CUBA

Ricardo L. del Canto, ex teniente de artillería, ex alférez de caballería y ex subteniente de infantería respectivamente.⁷⁵ A todos agradeció Agüero cordialmente la voluntad de pelear por Cuba, pero no los aceptó.

Impaciente ante la llegada a Nueva York de combatientes de las más disímiles latitudes, entre ellos los chilenos, el 9 de enero de 1897, el delegado del Partido Revolucionario Cubano, Tomás Estrada Palma escribió a Arístides Agüero:

[...] También se encuentran por aquí, sin haber podido salir aún, los Sres. Temístocles Molina Derteano, M. Marcoleta y Federico Gabler, Teniente Coronel, Capitán y Teniente del Ejército Chileno, y serán despachados cuanto antes, como V. y el Sr. Payán desean; pero voy a permitirme hacerles observar que los extranjeros, salvo contadísimas excepciones, aun aquellos de nuestra misma raza e idioma, han dado y están dando pésimos resultados en Cuba, desde donde se me recomienda por el Gobierno y los Jefes militares que no los envíe. Los extranjeros, lo mismo los ciudadanos americanos que los hijos de Chile o del Perú, tienen un concepto erróneo de nuestra guerra: la creen ajustada al patrón de una guerra regular, con administración militar y todos los servicios de un ejército de una nación constituida; no se hacen cargo de la especialidad de las condiciones en que combaten nuestras fuerzas; no calculan las estrecheces y privaciones y fatigas a que allá se está sujeto; y como van llenos de ilusiones por partir de supuestos falsos, tan pronto como dan con la dura realidad la decepción es muy dolorosa

⁷⁵ Ramón de Armas: *Ob. cit.*, pp. 163-164.



y a menudo nos convierte en enemigos a aquellos en quienes creíamos tener aliados. Y todo esto procede de que la guerra de Cuba es para los cubanos, los únicos que tienen abnegación suficiente para soportar todos los horrores de un estado de violencia inaudito, porque son los únicos directa e inmediatamente interesados en librar de ellos a su tierra, maltratada por el azote de la malvada tiranía. Yo les suplico, pues, que procuren no contribuir a que vengan suramericanos con el objeto de marchar a Cuba, pues además de las razones expuestas hay también otras dificultades, por las muchas con que tropieza para organizar las expediciones y porque en los campos no se necesitan hombres, sino armas y municiones para los miles de ellos que no las tienen todavía. En las expediciones que salen sólo van los hombres necesarios para el servicio de la carga y descarga de lo que se conduce.⁷⁶

La carta en la que Agüero recomendaba a Marcoleta y Gabler fue enviada desde Lima, Perú, el 13 de enero de 1897, lo que indica, si tenemos en cuenta que la sugerencia del delegado tiene por fecha el 9 de enero del propio año, que para entonces ya ambos se encontraban en Nueva York. En ella escribió:

Respetable amigo

Le escribo para recomendarle muy mucho a los portadores de ésta Capitán H. Marcoleta y Teniente Federico Gabler; ambos pertenecen al Ejército Chileno y sirven arma de infantería.

⁷⁶ *Correspondencia diplomática...* Ob. cit., tomo I, pp. 112-113. Temístocles Molina Derteano era peruano, no chileno, como afirmaba Estrada Palma, y concluyó la guerra de Cuba como coronel del Ejército Libertador.



Los antecedentes son —servicios durante la campaña del 91— proceden de la Escuela Militar y no son de “cuchara” buena hoja de servicios y me fueron recomendados por el coronel Drentelú como valientes, leales, inteligentes e instruidos y patriotas.

Van a Cuba abandonando el servicio —estaban de guarnición en Iquique— por entusiasmo a Cuba: hicieron viaje de Iquique a Lima con fondos propios y de amigos, desde Lima a Nueva York, con \$300 soles peruanos —que por orden del Comité Chileno de Iquique— les debía entregar aquí: esto quiere decir que sus pasajes, &, *no han costado nada a Cuba*.

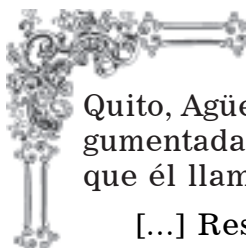
Ahora bien, llegarán a Nueva York en situación penosa y casi sin dinero, es por esto que se los recomiendo eficazmente, pues será necesario —so pena de abandonarlos a la miseria— embarcarlos lo más pronto posible; esa es pues mi recomendación.

Creo que serán éstos chilenos muy útiles, tienen instrucción militar sólida, llevan libros y reglamentos modernos, tienen reputación de hábiles y valientes en el combate, de disciplinados y leales con sus jefes y bandera: respondo que se harán matar antes de una villanía.

Como dato le diré que el ejército chileno es el mejor tenido y trabajado de Sud-América [...]⁷⁷

Cruzadas en el tiempo las correspondencias entre Estrada Palma y Agüero, no es hasta el 18 de marzo de 1897 que este conoce la carta enviada por Palma fechada en Nueva York el 9 de enero. Desde

⁷⁷ *Correspondencia diplomática...* Ob. cit., tomo II, p. 81.



Quito, Agüero, incansable peregrino, respondió argumentada y apasionadamente, defendiendo a los que él llamaba “mis chilenos”:

[...] Respecto a los oficiales chilenos debo manifestarle que los envíe —tanto a los Sres. Marcoleta y Gabler como a Lara— por las razones siguientes:

1. Porque las instrucciones sólo me prohibían aceptar hombres a nuestro costo y sí aceptar —con buenos informes a los que *nada* costasen y fueran útiles.
2. *Los oficiales veteranos chilenos* —únicos enviados por esta Delegación— se costeaban todos sus gastos ya de propio bolsillo, ya por cuenta de Comités Chilenos.
3. Los informes recibidos en el Estado Mayor de Chile han sido altamente favorables sobre mis recomendados, todos han peleado en la guerra del Pacífico, y en la campaña del 91 a 92.
4. Todos estaban muy enterados, por mi, de que allá no había sueldos, ración, ni ropa; que se carecía de alojamientos y medicinas, que no había recursos fijos y sólo debían esperar; por cama el suelo, por techo el cielo, por ropa la piel, por música los mosquitos y por alimentos frutas. Además están advertidos que esa Delegación *no les facilita otra cosa que el embarque para Cuba*.
5. Que *mis chilenos*⁷⁸ son hombres aguerridos y excelentes instructores —cosa muy necesaria para nosotros— no sólo de guerra clásica, &, sino de guerrillas y montaneras; han sido también ejercitados en guerra muy parecida a la nuestra en la

⁷⁸ El resaltado es del autor de este trabajo.



campana del 91. Ellos saben lo que es el hambre, sed y desnudez pues en su mismo país la soportaron.

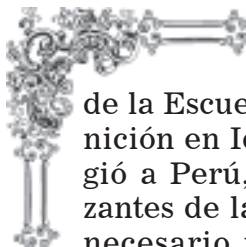
6. Estos oficiales pertenecen a un ejército valiente, sufrido y sumamente disciplinado; es decir, que obedecen sin discutir, avanzan a la muerte serenos y tienen un amor propio del valor y sacrificio extraordinario: yo respondo que no darán motivos de queja los chilenos enviados por mí.
7. Por otra parte no podía desairar —no teniendo instrucciones en contrario— a Comités que habían erogado y continuaban trabajando sin grave detrimento para la propaganda. En Chile hay un entusiasmo grandísimo por Cuba y si más cerca estuviera tendríamos miles de chilenos en campana y sin costarnos un centavo: ahora mismo rechazo la oferta de cinco oficiales de Estado Mayor General en vista de sus nuevas instrucciones [...]⁷⁹

Lara, Marcoleta y Gabler, los “chilenos de Agüero”, no lo defraudaron: los tres murieron combatiendo por la independencia de Cuba.

Manuel R. Marcoleta,⁸⁰ natural de Valparaíso, era capitán de infantería del ejército chileno y procedía

⁷⁹ *Correspondencia diplomática...* Ob. cit., tomo II, p. 91.

⁸⁰ Según el Libro de Biografías no. 4, folio 179, del Archivo Histórico del Ejército de Chile, Manuel H. Marcoleta, el 8 de mayo de 1891 era subteniente del Batallón Huasco no. 11 de línea; el 9 de agosto de ese año, teniente del Batallón no. 6 de Infantería; el 15 de marzo de 1895, capitán del Batallón no. 4 de Infantería; y el 8 de febrero de 1897 fue dado de baja en el ejército y cancelados sus despachos. Entre el 1ro de diciembre de 1892 y el 30 de marzo de 1895, fue alumno del segundo curso de la Escuela Militar de tiro. (Datos aportados por el embajador de Cuba en Chile, Giraldo Mazola.)



de la Escuela Militar. Abandonó el servicio de guarnición en Iquique, y con sus propios fondos se dirigió a Perú, donde gestionó con amigos y simpatizantes de la Revolución Cubana el resto del dinero necesario para dirigirse a Estados Unidos y allí enrolarse en una de las expediciones mambisas. Arribó a Cuba el 24 de mayo de 1897 como expedicionario del *Dauntles*, a las órdenes del comandante Ricardo Delgado, desembarcó en la playa de Bacuranao, en La Habana, muy cerca de la capital. Perteneció al Regimiento Habana. Murió de disentería el 20 de octubre del mismo año en el campamento Montes de Oro, ostentaba el grado de comandante. El también combatiente chileno Carlos Dublé afirmaba que había muerto de paludismo. Tenía al morir 27 años.

Federico Gabler,⁸¹ teniente del ejército chileno, procedía también de la Escuela Militar. Abandonó el servicio de guarnición en Iquique en unión de Marcoleta, con sus propios fondos se dirigió a Perú y de allí a Estados Unidos. Arribó a Cuba el 24 de mayo de 1897 como expedicionario del *Dauntles*; fue nombrado, por su experiencia militar, capitán instructor del Regimiento Habana. Poco tiempo después, el 15 de diciembre de 1897, falleció de fiebres en la sierra de Ponce. Tenía al morir 28 años de edad.

El 29 de enero de 1897, desde Santiago de Chile, recibió Agüero una carta firmada por el chileno Arturo Villaruel, quien le solicitaba apoyo para enviar hacia Cuba a jóvenes chilenos. Cojo y manco por la explosión de una mina durante la Guerra

⁸¹ Según el libro de Biografías no. 4, folio 252, del Archivo Histórico del Ejército de Chile, Gabler se graduó como cadete de la Escuela Militar el 5 de abril de 1889. Fue nombrado subteniente del Batallón no. 4 de Infantería el 4 de noviembre de 1891; teniente del Batallón no. 2 de Infantería, el 15 de marzo de 1895; teniente del Batallón no. 4 de Infantería el 15 de octubre de 1895, y dado de baja y cancelado los despachos, el 8 de febrero de 1897. (Datos aportados por el embajador de Cuba en Chile, Giraldo Mazola.)

CHILE EN LA INDEPENDENCIA DE CUBA

del Pacífico, Villaruel era uno de los más infatigables propagandistas de la Revolución Cubana entre el ejército, los estudiantes y los obreros:

Cinco jóvenes oficiales del actual ejército de línea de este país altamente distinguidos en las academia de guerra y de acuerdo con los más modernos conocimientos militares terrestres, espléndidos instructores i cumplidos caballeros, desean vehementemente tener el honor de combatir por la independencia de nuestra hermana la República de Cuba en cumplimiento de un deber americano. Carecen de recursos para costear su viaje i si se les proporcionase los medios de ejecutar su viaje, en el acto solicitarían permiso por el tiempo conveniente, uno o más años i se dirigirían donde Ud. lo indicase [...]⁸²

En la posdata de esa carta, el autor alertaba a Agüero de la desaparición de su hijo de nombre Laután, de solo 12 años de edad, de quien sospechaba que viajaba con dirección a Cuba.

En marzo de 1897, otro ex oficial del ejército chileno escribía al delgado del PRC, Tomás Estrada Palma, manifestándole su intención de viajar a la Isla a combatir por la causa de la libertad:

Panquehue, Aconcagua (República de Chile)
11 de marzo de 1897.

Exmo. Señor Ministro Plenipotenciario de Cuba
Don Tomás Estrada Palma

New York

José Agustín Sanhueza, ex Teniente Movilizado del Ejército Chileno, a Vd. respetuosamente digo: que, teniendo verdaderas

⁸² Colección Manuscritos. Sala Cubana. Biblioteca Nacional "José Martí". CM/Montoro/T LIV/p. 27.



simpatías por la causa de Cuba, deseando ingresar como soldado en las filas del Ejército Libertador, a Vd. suplico se sirva, si lo tiene a bien, hacerme dar las posibilidades necesarias para emprender el viaje, indicándome los pasos que debo dar, a fin de poder llevar a efecto mi traslado a Las Antillas.

Como es muy probable que varios individuos de tropa de los que han servido bajo mis órdenes, quieran acompañarme, a V. E. ruego se digne decirme si estaría dispuesto a aceptar mis servicios y con que personas debo entenderme aquí para las diligencias de la marcha.

A la vuelta y en hoja separada, va una reseña de mi filiación política, para mejor inteligencia de V. E.

Dios guíe a V. E. muchos años,

JOSÉ A. SANHUEZA⁸³

La carta de Sanhueza tiene una nota al margen en la que manifiesta: “La presente solicitud no debe ser publicada si mis servicios no son aceptados; pero pido que se le dé publicidad en caso que tenga lugar mi enrolamiento. Sanhueza”.⁸⁴

Para respaldar y argumentar su solicitud, el patriota chileno anexaba una síntesis de su hoja de servicio:

José Agustín Sanhueza. Nació en Santa Bárbara, Departamento de Mulchen, provincia de Bio Bio (Antigua frontera Araucana) República de Chile, a 28 de agosto de 1863, siendo sus padres Agustín Sanhueza Figueroa y Leonarda Vega Saldía, ambos de

⁸³ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del PRC. Documentos de la Delegación, no. 5, A-Z, documento 117.

⁸⁴ Ibídem.



nacionalidad chilena, como lo fueron sus abuelos y bisabuelos.

Desde la edad de dieciséis años fue empleado público y acompañó al Ejército durante la guerra contra el Perú y Bolivia, en calidad de telegrafista en campaña, con el grado de Sub Teniente, habiendo regresado a Chile con el grado inmediatamente superior.

Fue militar del Ejército Movilizado desde el principio de la Revolución del 91, hasta su terminación, habiendo alcanzado el ascenso a Capitán en los últimos días; pero que, por un extravío, no alcanzaron a llegar los despachos a poder del interesado.

Como servidor del Ejército leal y defensor, por lo tanto, de los intereses del pueblo, el infrascrito es Liberal Democrático.

En caso que se necesite otros datos más ilustrativos acerca del particular, puedo suministrarlos en la forma que se me pida.

Pangushus, 12 de marzo de 1897

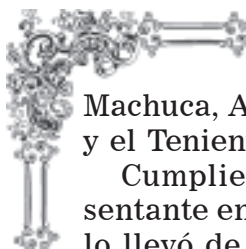
JOSÉ A. SANHUEZA

Nota: Actualmente soy empleado de los ferrocarriles del Estado, en el Departamento de Telégrafos (Sección Especial).⁸⁵

En el caso de Sanhueza no hay información que confirme su llegada a Nueva York y posterior arribo a los campos de Cuba.

Impactados por el contingente de mambises chilenos que combatían en Cuba, el periódico *La República Cubana*, publicado por los emigrados revolucionarios cubanos en París, el 19 de agosto de 1897 destacaba que en la Isla: “[...] se encuentran hoy combatiendo por la libertad, los jefes y oficiales del Ejército Chileno: Comandante Sotomayor, capitanes Bermúdez,

⁸⁵ Ibídem. Subrayado en el original.



Machuca, Arturo Lara, Vega y Manuel H. Marcoleta, y el Teniente Federico Galler [...]"⁸⁶

Cumpliendo con su nombramiento como representante en Brasil, después de un largo periplo que lo llevó de Lima a Bolivia, atravesando a lomo de mulo la imponente altiplanicie de los Andes, rodeado de peligros, fieras y salteadores, Agüero regresó a Perú y de allí, vía Panamá, viajó a Río de Janeiro acompañado de su secretario personal, el chileno Francisco Concha, quien previamente le había solicitado concluir aquel periplo viajando a Nueva York para incorporarse al Ejército Libertador. Se trataba de un militar reputado como valiente y leal, portador de varias condecoraciones por sus méritos en las campañas del Perú, en Arica, Chorrillo y Miraflores. El 18 de septiembre de 1897 Agüero lo recomendaba explicando:

[...] Concha marcha para incorporarse a nuestras filas donde ardientemente desea servir: espero de Vd. y de su reconocida bondad y justicia que envíe al Secretario, cuanto antes le sea posible, a nuestra campaña.

Mi Secretario presta servicios en esta legación desde junio 15 del 96, es decir que tiene 15 meses de servicios a Cuba: cesa en esta Legación el 19 de septiembre del 97. Es sargento mayor chileno⁸⁷ y pertenece a la infantería: lleva hoja de servicios, credenciales, &&, un mil trescientos veinte un/44. Para que se sostenga en Nueva York le doy 200 francos espero que el tiempo será breve y le alcanzará con eso: en todo caso él no es

⁸⁶ Para la fecha del artículo, el brigadier Vargas Sotomayor ya había fallecido. De los capitanes Bermúdez, Machuca y Vega, es esta la única referencia a su participación en la guerra. Al mencionar a Federico Galler, el periódico debió referirse a Federico Gabler. *La República Cubana*, París, 19 de agosto de 1897, p. 4.

⁸⁷ Equivalente en la época a teniente coronel de infantería.

un *parvenu* ya es viejo en el servicio y Vd. lo atenderá.⁸⁸

La llegada de Concha a Nueva York y de allí a los campos de Cuba, continúa siendo un enigma.

El 5 de marzo de 1897, el joven chileno Carlos Bounocore,⁸⁹ ex oficial del ejército, y su amigo J. Luis Ahumada del Canto deciden marchar a Cuba para “[...] encontrarse en las filas de esos valientes que palmo a palmo se disputaban el suelo que les pertenece [...]”.⁹⁰ Partieron ese día en el vapor *Santiago* y en su escala en Iquique, se les unió el joven Carlos Dublé Alquizar. Reunieron en el norteño puerto algún dinero, y en el vapor *Loa* continuaron viaje a Panamá. Allí tomaron el vapor que los conduciría a Nueva York, adonde arribaron el 16 de junio y se presentaron al delegado Tomás Estrada Palma con carta de recomendación del patriota puertorriqueño Eugenio María de Hostos.

Se hospedaron en la casa neoyorquina de una hermana de Arístides Agüero y con una pensión *per cápita* de siete dólares mensuales, esperaron por la decisión del PRC de trasladarlos a Tampa, donde fueron puestos a las órdenes del coronel Fernando Méndez, junto a otros 69 expedicionarios. A bordo del *Sommer N. Smith*, y bajo el mando del general Rafael de Cárdenas, el 9 de septiembre de 1897 desembarcaron

⁸⁸ *Correspondencia diplomática...* Ob. cit., tomo II, p. 8.

⁸⁹ El periódico *El Porvenir de Nueva York*, con fecha 20 de septiembre de 1897, lo apellida Bounocose. Según el “Cúmplase de títulos y despachos 1884-1891, Volumen 1 028 del Archivo Histórico del Ejército de Chile”, como ciudadano, obtuvo Decreto Supremo para subteniente de la 4ta. Compañía del 1er Batallón del Regimiento Esmeralda 7mo. de línea, por nueva organización, el 10 de enero de 1891 y se cumplió el 14 del mismo mes y año. (Datos aportados por el embajador de Cuba en Chile, Giraldo Mazola.)

⁹⁰ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del PRC. Legajo 91 Hs.

en la playa de Boca Ciega, en la provincia de La Habana.

El entusiasmo de Bounocore desapareció tan pronto palpó en carne propia las calamidades de la guerra en Cuba. En entrevista que el 19 de julio de 1898 ofreciera al diario chileno *La Tarde*, confesaba que el clima en Cuba era endemoniado y que ya en tierra “[...] lloré por mi amado Chile, al que creí no volver a ver [...]”.⁹¹ Su en-



Con el número 8, Luis Ahumada; a su lado, Carlos Bounocore, y en el centro, Carlos Dublé, todos a bordo del Sommers N. Smith antes de partir hacia Cuba.

trevista es una narración calamitosa llena de lamentos que contrasta con la entereza del resto de los combatientes chilenos, verdaderos mártires del sacrificio y la lealtad.

Poco tiempo después, acompañado de sus compatriotas J. Luis Ahumada⁹² —que llegó a alcanzar el grado de alférez— y José Lino Varas, el 1ro de octubre de 1897, resultaron prisioneros de una columna española al mando del teniente coronel Alfao en el combate de Monte Calderón, en la

⁹¹ *Ibídem.*

⁹² Según el Libro de Biografías no. 4, folio 300, del Archivo Histórico del Ejército de Chile, el 29 de abril de 1891, Ahumada era miembro de la columna de aspirantes; el 1ro de agosto de 1891, miembro de la columna de rifleros; el 23 de agosto de 1891, subteniente del Batallón Antofagasta no. 8 de Línea; el 25 de febrero de 1892 se retiró con arreglo a la ley del 2 de febrero de ese año, y se reincorporó como subteniente del Batallón no. 8 de Infantería, el 12 de diciembre de 1894; el 16 de septiembre de 1896, fue separado absolutamente del ejército y fueron cancelados sus despachos. (Datos aportados por el embajador de Cuba en Chile, Giraldo Mazola.)

CHILE EN LA INDEPENDENCIA DE CUBA

provincia La Habana y los tres fueron encerrados en la fortaleza del Morro.

Llevados ante la presencia del capitán general Valeriano Weyler, este los puso en libertad con la obligación de que se presentaran dos veces por semana ante las autoridades militares españolas. El ministro de Chile en Washington, ordenó al cónsul de Chile en La Habana que entregara a Bounocore y a Ahumada 400 dólares para que se trasladaran a Panamá y de allí a Chile, pero ante un rumor de que ya libres volverían a la manigua, el nuevo capitán general, Ramón Blanco y Erenas, los encerró en un buque anclado en el puerto de La Habana. Terminada la guerra, pasó Ahumada a Nueva York y de allí definitivamente regresó a Chile.

Carlos Dublé Alquízar, el tercer chileno de la expedición del *Sommer N. Smith* desembarcada en Boca Ciega el 9 de septiembre de 1897, era natural de Santiago de Chile. Hijo de Diego Dublé Almeida,⁹³ coronel de artillería del Ejército de Chile, y de Julia Alquízar, tenía su residencia familiar en Antofagasta, aunque en 1897, cuando decidió marchar a Cuba, era empleado del banco argentino Yarapaca en la ciudad de Iquique, donde se unió a Carlos Bounocore y Luis Ahumada.

Su carrera militar en Cuba fue meritoria, siempre perteneció al 5to Cuerpo del Ejército Libertador y sirvió en el Cuartel General de la 1ra División, como ayudante del mayor general Pedro E. Betancourt

⁹³ El coronel Dublé Almeida, nació en Valparaíso en 1841. Fue gobernador y comandante de armas de Magallanes. Actuó en la Guerra del Pacífico como comandante del Regimiento Atacama. Después hizo la Campaña de la Sierra, en Arequipa y Puno, en 1882. Fue nombrado comandante de artillería de costa de Valparaíso en 1889. Falleció el 6 de mayo de 1922. (Datos aportados por el embajador de Cuba en Chile, Giraldo Mazola.)



RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS

Dávalos. Con antigüedad del 1ro de septiembre de 1897 fue ascendido a subteniente; el 8 de septiembre del propio año a teniente, y el día 24 de agosto de 1898, a capitán. Operó fundamentalmente en las provincias de La Habana y Matanzas. A principios de 1900 regresó a Chile, donde el periodista Emilio Rodríguez Mendoza en un libro a dos manos, publicó sus apasionantes relatos de la guerra de Cuba bajo el título de *En la Manigua*.



Otros mambises chilenos

A los combatientes chilenos llegados a la Isla a través de la mediación del Partido Revolucionario Cubano o sus agencias, se unieron otros que, al parecer, radicaban ya en Cuba o llegaron a ella por cuenta propia y se unieron posteriormente al Ejército Libertador.

El presbítero Ricardo Elizari López, sacerdote católico, apostólico y romano, era natural de Santiago de Chile⁹⁴ y había arribado a la ciudad de Santiago de Cuba en noviembre de 1894. Poco tiempo después mereció ser nombrado cura párroco de

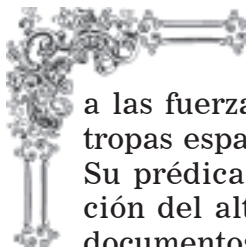


la villa de El Cobre y capellán de la Virgen de la Caridad. Su prédica se hizo famosa y pronto fue conocido entre los feligreses como “el padre chileno”.

En los primeros tiempos de la guerra, por medio del repique de las campanas en la iglesia de El Cobre, avisaba

Ricardo Elizari, el cura chileno, en campaña.

⁹⁴ El patriota cubano Manuel J. de Granda, que compartió prisión con Elizari en la fortaleza San Pedro de la Roca del Morro, en Santiago de Cuba, afirma en su libro *Memoria Revolucionaria*, que aquel era natural de Burgos, en España y que había estado largo tiempo en América del Sur.



a las fuerzas insurrectas la entrada y salida de las tropas españolas en la ciudad de Santiago de Cuba. Su prédica popular fue acompañada por la acusación del alto clero, sobre supuesta falsificación de documentos eclesiásticos. Por ello y por las sospechas de vínculos con la insurrección, fue encerrado en el Morro de Santiago de Cuba el 27 de noviembre de 1895. Una vez libre, en abril de 1897, marchó a la manigua.

Su hoja de servicios en el Ejército Libertador lo acreditaba como natural de Santiago de Chile, licenciado en Derecho e hijo de Serafín y Ciriaca. Ingresó en el Ejército Libertador el 7 de abril de 1897 en el 1er Cuerpo, 2da División, 1ra Brigada, Regimiento de Infantería Baconao como auditor de guerra. Fue ascendido a capitán el 12 de diciembre de 1897 y a comandante el 21 de diciembre de ese mismo año.

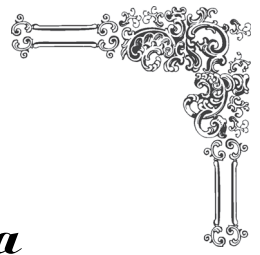
El teniente Juan Adolfo Brunet⁹⁵ era mecánico e ingresó en el Ejército Libertador el 22 de abril de 1897; se incorporó al 3er Cuerpo, 1ra División, 1ra Brigada, Regimiento de Infantería Jacinto, en la provincia de Camagüey. Fue autorizado a salir al extranjero por la muerte de su padre para atender intereses de familia.

El soldado José Betancourt Sánchez era un campesino chileno, analfabeto; al parecer, residente en Cuba. Era hijo de Félix y Caridad. El 2 de septiembre de 1895 ingresó en el 2do Cuerpo, 3ra División, 2da Brigada, Regimiento de Infantería Tunas no. 19 del Ejército Libertador.

⁹⁵ El "Cúmplase de títulos y despachos 1884-1891, Volumen 1 028 del Archivo Histórico del Ejército de Chile, refiere que el teniente Juan Pablo Brunet, graduado de subteniente de ejército en 1891, sirvió como teniente de la 2da. Compañía del Batallón Chorrillos 9no. de línea desde el 24 de enero de 1891, lo cual se cumplió el 30 del mismo mes y año. Dada la similitud de los nombres, pudiera tratarse de la misma persona. (Datos aportados por el embajador de Cuba en Chile, Giraldo Mazola.)



El también soldado Francisco Paneque Sánchez, hijo de Antonio y Antonia, y herrero de profesión, había sido soldado del Ejército español. Ingresó en el Ejército Libertador el 11 de agosto de 1895 en la caballería. Pasó voluntario a la provincia de Matanzas con el general colombiano Avelino Rosas y se quedó luego en Cienfuegos en el escuadrón de caballería del general Higinio Esquerra. Pasó después a Las Tunas como asistente del general José Manuel Capote y concluyó la guerra en el 2do Cuerpo, 3ra División, 2da Brigada, Regimiento de Infantería Tunas no. 19/ 2do Batallón, 3ra compañía. También era analfabeto al concluir la guerra.



La leyenda cubana del general chileno Pedro Vargas Sotomayor

La vida del general de brigada chileno Pedro Vargas Sotomayor está envuelta en disímiles misterios que aún la historia, en pleno siglo xxi, no ha podido descifrar. Ello ha traído como consecuen-



*Dibujo del general Pedro
Vargas Sotomayor existente
en el Archivo Nacional
de Cuba.*

cia que en torno a su figura proliferen leyendas e inexactitudes de historiadores, cronistas, y de sus mismos compañeros de lucha, para quienes, sin lugar a duda, su figura fue inspiradora y enigmática.

Acerca de su arma de procedencia en Chile, no hay coincidencias. Dos de sus más íntimos compañeros de guerra, ambos miembros del Estado Mayor del Lugarteniente General Antonio Maceo, ofrecieron versiones diferentes. El general de división José Miró Argenter, catalán, jefe de Estado Mayor del general cubano, aseguraba que Vargas era teniente de la armada de su país,⁹⁶ en tanto

⁹⁶ José Miró Argenter: *Crónicas de la guerra*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 657.

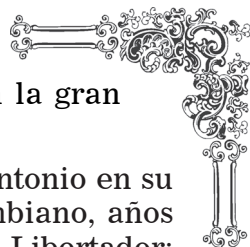
que el coronel Manuel Piedra Martel, ayudante de Maceo y también compañero de Vargas, lo mencionaba como “antiguo capitán de artillería del ejército chileno”.⁹⁷

Su arribo a Cuba estuvo de igual forma envuelto en el misterio. Durante años, algunos historiadores lo señalaron erróneamente entre los hombres que desde Costa Rica acompañaron al general Antonio Maceo en la expedición de la goleta *Honor* que arribó a la Isla el 1ro de abril de 1895, por Duaba, extremo nororiental de Cuba. Así lo registra el patriota polaco mayor general Carlos Roloff, en su *Índice alfabético y de defunciones del Ejército Libertador de Cuba*, elaborado al concluir la contienda.

Este razonamiento pudo estar motivado por el hecho de que el general Antonio Maceo mantuvo en Costa Rica, en la colonia Nicoya, estrechas relaciones con militares latinoamericanos con los que preparaba un contingente internacionalista para luchar por la independencia de Cuba, a lo que se une la temprana aparición de Vargas en el escenario bélico cubano vinculado a la figura del Títán. Al respecto, el patriota cubano Manuel J. de Granda, compañero de Maceo en Nicoya, escribiría años después:

En esa época había en Costa Rica, una pléyade de grandes hombres exiliados de los países latinos americanos donde existían dictadores. Esos hombres eran grandes revolucionarios, en su mayoría Generales. También había escritores, grandes oradores, abogados y médicos. Todos eran políticos que no podían volver a sus respectivos países, y que al tratar al Gral. Maceo, le cogieron mucha estimación y casi todos se

⁹⁷ Manuel Piedra Martel: *Mis primeros 30 años*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979, p. 328.



le brindaban para acompañarlo en la gran obra de la libertad de Cuba.⁹⁸

En efecto, acompañaron al general Antonio en su expedición a Cuba, Adolfo Peña, colombiano, años después general de brigada del Ejército Libertador; el mexicano Domingo Guzmán, capitán; el jamaiquino Luis Henríquez, alférez; el dominicano José Mauricio Arseno, teniente coronel; el puertorriqueño Jesús María Santini, capitán; el colombiano Isidoro Noriega, capitán. En Costa Rica se entrevistó con el general colombiano Avelino Rosas, que viajaría a Cuba posteriormente y alcanzaría en la contienda el grado de general de división del Ejército Libertador. Allí ayudó Maceo con mil pesos al general ecuatoriano Eloy Alfaro, para facilitarle el retorno a Ecuador, que lo llevaría a la presidencia.

Lo acompañaban además el general mexicano Catarino Erasmo Garza, colombianos, venezolanos, ecuatorianos, hondureños y salvadoreños, ávidos de partir hacia la Isla.

El 25 de marzo de 1895, salieron de Puerto Limón a bordo del *Adirondack*, los hombres del general Maceo. Tres días después, en una oscura operación todavía por aclarar, eran asesinados en Bocas del Toro, Panamá, cuando se preparaban para salir hacia Cuba, el general mexicano Catarino Erasmo Garza y los patriotas latinoamericanos que lo acompañaban.

Un libro poco conocido del historiador cubano Juan María Ravelo acerca del aporte de la ciudad de Santiago de Cuba a la gesta de 1895, introduce un nuevo error al citar a Vargas como capitán del ejército peruano, y aunque ofrece detalles relacionados con circunstancias en que tuvo lugar la llegada del

⁹⁸ Manuel J. de Granda: *Memoria Revolucionaria*. Tipografía Arroyo Hermanos, Santiago de Cuba, 1926, p. 11.

héroe chileno a aquella ciudad, no explica ni revela la vía por la que Vargas arribó a Cuba, ni tampoco la fecha exacta. Dice Ravelo en su libro:

A esta ciudad llegó un capitán del ejército peruano de apellido Sotomayor.

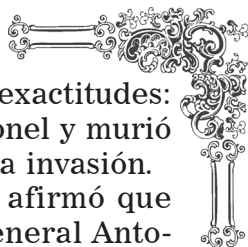
En un grupo de miembros de la Sociedad Filarmónica Cubana en el que figuraba el Lic. Antonio Bravo Correoso se hablaba respecto a su llegada y a sus deseos de incorporarse a la Revolución.

Informado de ello Luis Valdor Ruiz se encargó de ir en su busca a una pequeña fonda situada en la calle Enramada esquina a Hospital, donde residía. Enterado previamente de la estatura, vestuario y aspecto, abordó al desconocido preguntándole si era él quien deseaba incorporarse a los insurrectos, contestándole valientemente que sí. Valdor lo condujo a casa de Ignacio Mariño, que tenía un pequeño taller de fabricar estribos y artículos de bronce en la calle de Jagüey, hoy Cornelio Robert, esquina al Callejón de Cuba. Allí permaneció oculto Sotomayor hasta el siguiente día que en un bote atravesó la bahía para incorporarse a las fuerzas cubanas en el campamento de Pablo Cebreco, situado en El Ermitaño.

Este oficial peruano alcanzó en el Ejército Libertador el grado de coronel y murió en la invasión combatiendo en la provincia de Pinar del Río.⁹⁹

Nótese la afirmación del autor acerca de la supuesta nacionalidad peruana de Vargas Sotomayor.

⁹⁹ Juan María Ravelo: *La ciudad de la historia y la guerra del 95*. (Aporte de Santiago de Cuba a la independencia patria). La Habana, 1951, pp. 199-200.



Incorre Ravelo además en otras dos inexactitudes: al morir era general de brigada, no coronel y murió en la campaña de Pinar del Río, no en la invasión.

El historiador José Luciano Franco afirmó que Vargas se incorporó a las fuerzas del general Antonio Maceo en abril de 1895, mes en que ocurrió el desembarco y dispersión de los expedicionarios de la goleta *Honor*. Tal afirmación pudiera estar relacionada con la asociación del nombre de Vargas a los expedicionarios y al general Antonio.

Si tomamos al pie de la letra la afirmación de Ravelo de que “[...] En un grupo de miembros de la Sociedad Filarmónica Cubana en el que figuraba el Lic. Antonio Bravo Correoso *se hablaba respecto a su llegada y a sus deseos de incorporarse a la Revolución [...]*”,¹⁰⁰ pudiéramos pensar en un conocimiento previo de Antonio Maceo u otro alto jefe cubano de la figura de Vargas y su próximo arribo a la Isla.

En la hacienda La Mansión, en la región de Nicoya, provincia de Guanacaste, en Costa Rica, todo un ejército de combatientes latinoamericanos se agrupó en torno a Antonio Maceo para la conformación de una legión latinoamericana que combatiría por la independencia de Cuba. A La Mansión no solo llegaban hombres, sino también la correspondencia de patriotas dispuestos a sumarse o cooperar con la causa cubana.

Una de las hipótesis probables con respecto a Vargas, su afiliación a la Revolución Cubana y llegada a la Isla pudiera vincularse con los patriotas comprometidos con el general Antonio en Costa Rica o en algunos de los viajes que por Centroamérica y el Caribe dio el jefe cubano. Sin embargo, dos nuevos documentos hallados por el autor de este libro en el Archivo Nacional de Cuba en mayo del 2007, abren otra puerta al análisis. Vargas

¹⁰⁰ La cursiva es del autor de este trabajo.

viajó a Cuba como representante de organizaciones masónicas chilenas.

Antonio Rosado, hermano del brigadier Pío Rosado —fusilado en Bayamo el 7 de julio de 1880, durante la llamada Guerra Chiquita— y presidente en Iquique de un comité por la independencia de Cuba, el 20 de julio de 1895, escribió a Benjamín Guerra, tesorero del Partido Revolucionario Cubano, en Nueva York:

Muy Sor. mío y compatriota.

Empeñado como Ud en la honrosa tarea de servir a mi patria, y habiendo sido favorecido con los votos de mis compatriotas y del pueblo de Iquique para fundar el “Comité Independencia de Cuba” en esta provincia, me es grato dirigirme a Ud. recomendándole al portador señor Pedro Vargas.

Chileno, quien desea prestar sus servicios por nuestra causa en los campos de Cuba.

Espero, señor, que dará usted a mi recomendado todas las facilidades necesarias para que pueda realizar sus deseos.

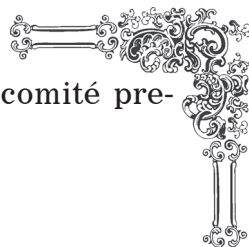
Aprovecho esta oportunidad para ofrecer a Ud. las consideraciones de mi alta estima.¹⁰¹

Diez días después, la organización masónica Sociedad Republicana de Socorros Mutuos “Giuseppe



*Benjamín Guerra,
tesorero del PRC, a quien
fue recomendado Pedro
Vargas Sotomayor.*

¹⁰¹ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del Partido Revolucionario Cubano, caja 95, no. 14 406



Mazzini” de Iquique, firmaba ante el comité presidido por Rosado, la siguiente acta:

Iquique, 30 de julio de 1895

Ciudadanos!

El portador de las presente ciudadano Pedro Vargas, chileno de nacionalidad, es el hombre que se os presenta para ponerse a las órdenes de ese honorable y patriótico Comité que vosotros tan dignamente presideis.

Modesto como todo republicano; ofrece su brazo a la más noble de las causas y estamos seguros que sabrá cumplir su sagrado deber con la conciencia y denuedo de quien como él, defiende y lucha por la libertad de un pueblo hermano.

Es este el concepto que de nuestro hermano tenemos, y por eso no trepidamos en recomendarlo a ese entusiasta Comité. Sus conocimientos militares, su arrojo, lo harán a no dudar un poderoso auxilio de la santa revolución cubana.

Será para esta Institución que como veis lleva el nombre del más sublime Apóstol de la libertad “Giuseppe Mazzini” un timbre de honor y un motivo de justa satisfacción, si nuestras esperanzas sean pronto feliz realidad.

Hemos iniciado en esta ciudad un movimiento a favor de la hermana Perla de las Antillas; nuestro recomendado os dará los datos necesarios de nuestros trabajos, para cuyo efecto lleva copias de actas, diarios, etc.

Creemos haber cumplido con nuestro cometido, siguiendo las máximas de nuestro “Gran Maestro”; si el éxito no ha



correspondido a nuestros deseos, no por eso desmayaremos en nuestra obra.

Convencido de que con vosotros está la Justicia, esperamos con anhelo el pronto triunfo de la Revolución que celebramos con júbilo.

Agradeciendo infinito si os dignareis acoger benignamente al ciudadano Vargas, aceptad nuestros votos sinceros de simpatía y consideración.

Salud y Fraternidad.

El triunvirato ∴

FRANC. ZENCOVICH Y SS RICARDO MALDONADO

∴

JUAN BTA. CARABALLO¹⁰²

Secretario

∴

Ambos documentos aportan claridad acerca de la fecha de arribo de Vargas a Cuba, que necesariamente tuvo que ser después del 30 de julio de 1895, en que fue presentado por los masones ante el Comité Independencia de Cuba de Iquique. Debió llegar a la Isla en el mes de agosto, si tenemos en cuenta que su nombre se menciona entre los combatientes destacados en el combate de Sao del Indio, el 31 de agosto de 1895. Quedan, en cambio, otras incógnitas en pie: ¿Viajó directamente a Santiago de Cuba o llegó allí desde otro puerto estadounidense o latinoamericano? ¿Fue a Estados Unidos a entregar la carta de recomendación a Benjamín Guerra? ¿Traía cartas de referencia y presentación para el general Antonio Maceo? ¿Cuales eran los conocimientos militares que

¹⁰² Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del Partido Revolucionario Cubano. Documentos de la Delegación, caja 44, no. 556.



avalaban su recomendación? ¿Cuál fue la fecha exacta de su arribo a la Isla?

Aunque no ha sido posible probar un vínculo previo entre el general Antonio Maceo y Pedro Vargas Sotomayor, al menos este debió haber estado muy recomendado si tenemos en cuenta que en fecha tan temprana como el 22 de septiembre de 1895, Maceo lo ascendió a coronel y ese mismo día, al salir de Mangos de Baraguá la columna invasora hacia occidente, lo nombró jefe instructor de esta. Con esa decisión, colocaba a Vargas muy por encima, en lo que respecta a jerarquía militar, de probados jefes cubanos que lo habían acompañado en la Guerra Grande y a quienes conocía bien. ¿Colocaría el Lugarteniente General Antonio Maceo en puesto tan importante de su ejército a un capitán extranjero a quien acababa de conocer? El coronel Manuel Piedra Martel, afirmaba que “[...] como militar de escuela que era, se le dio en nuestro ejército el grado de Coronel”.¹⁰³ Tal afirmación no se corresponde exactamente con la práctica militar



El Lugarteniente General Antonio Maceo dirige una carga al machete.

¹⁰³ Manuel Piedra Martel: *Ob. cit.*, p. 187.

cubana, que en la Guerra del 95, no contemplaba ascensos o nombramientos tan bruscos de capitanes o tenientes, a coroneles. Los motivos del ascenso de Vargas a coronel constituyen otra incógnita en su historia.

Al partir de Baraguá la columna invasora, el 22 de octubre de 1895, Vargas, como jefe instructor de aquella fuerza, quedó responsabilizado con la capacitación de centenares de campesinos y patriotas inexpertos en los avatares de la guerra, a quienes debía preparar y entrenar como soldados.

Durante los combates de la Invasión demostró, al frente del Regimiento de Tiradores, grandes dotes militares, disciplina y valor. Su arrojo y temeridad en la batalla de Mal Tiempo (15 de diciembre de 1895) le valieron que en sus *Crónicas de la Guerra*, el general José Miró Argenter lo señalara como uno de los más destacados.

Su hoja de servicios en el Ejército Libertador prueba su valioso desempeño. Participó en la totalidad de los grandes combates de la marcha invasora hasta su conclusión en Mantua, extremo occidental de la isla de Cuba; decidió con su acometividad, la batalla de Las Taironas. Fueron tales las virtudes y méritos que en tan corto tiempo demostró el chileno, que al separarse en La Habana el Lugarteniente General Antonio Maceo del General en Jefe Máximo Gómez, le dejó recomendados para el ascenso a generales de brigada a cuatro de sus mejores hombres, todos coroneles y héroes de leyenda de la independencia cubana: Juan Bruno Zayas, Pedro Díaz Molina, Roberto Bermúdez González y Pedro Vargas Sotomayor.

El Lugarteniente General Antonio Maceo confiaba mucho en su capacidad y le encomendaba misiones de suma responsabilidad. Muestra fehaciente de ello fueron sus disposiciones para asegurar la firma del Acta de Invasión en el noroccidental poblado de Mantua.

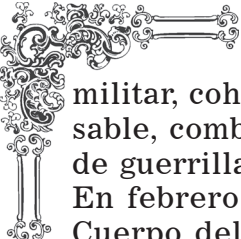


En medio de los preparativos de la histórica ceremonia, recibió Maceo noticias de que tropas españolas, recién desembarcadas en el norte de Pinar del Río, se concentraban y maniobraban para aislarlo en los confines de la región occidental. De inmediato, el jefe invasor ordenó al bravo chileno marchar, al frente del Regimiento de Tiradores y algunos escuadrones pinareños, hacia las poblaciones de Tenerife, Punta de la Sierra, Arenales, Caliente, Bramales, Malas Aguas, Portales, Dimas, Isabel María, Sumidero y Santa Lucía, batir al adversario e impedirle el paso hacia Mantua. Se trataba de una misión crucial en la que se ponía en juego la supervivencia y vitalidad del Ejército Libertador en occidente. Para ella, Maceo escogió, entre el amplio mosaico de valientes jefes que lo acompañaban, al general chileno.

Vargas partió el 17 de enero de 1896 y cumplió encomiablemente la misión mediante el desarrollo de activas operaciones de caballería. El día 23, firmaba Maceo en los Mangos de Roque, Mantua, sin contratiempos, el histórico documento que daba por concluida la Invasión al occidente. Acerca de este particular, José Luciano Franco, biógrafo del general Antonio Maceo, apuntó: “Era Sotomayor uno de los más brillantes oficiales de Maceo, valiente y de extraordinaria capacidad, por cuya razón se le confiaba una misión que requería excepcionales condiciones para cumplirla cabalmente”.¹⁰⁴

En su ofensiva, Vargas tomó rumbo a Santa Lucía, La Palma, Playa Esperanza, Berracos, La Mulata y Las Pozas, invadió prácticamente todo el norte de la provincia de Pinar del Río. Allí, combinó con eficiencia sus conocimientos y dotes de

¹⁰⁴ José Luciano Franco: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*. Tomo III. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 51.

 militar, cohesionó una aguerrida tropa que, incansable, combatía al enemigo combinando la guerra de guerrillas, con principios de la guerra regular. En febrero de 1896, al quedar constituido el 5to Cuerpo del Ejército Libertador, el general Antonio Maceo lo nombró jefe de la 1ra Brigada, con la que combatió casi a diario en el norte pinareño.

Vale destacar que Maceo empleaba a Vargas lo mismo como instructor militar que como jefe de infantería, de caballería, de ingeniería o en la artillería, arma esta última en la que fue nombrado jefe de la brigada de artillería del 5to Cuerpo del Ejército Libertador, unidad que se hacía operativa cuando ocupaban alguna pieza al enemigo o la recibían de las expediciones mambisas. Poco antes de la invasión, Vargas, a solicitud del general Antonio Maceo, había elaborado un informe sobre el empleo de la artillería en campaña, que sirvió al jefe cubano de guía para redactar las bases de la organización de la artillería en el Ejército Libertador.

Un ejemplo de su versatilidad e iniciativa lo constituye la preparación ingeniera del campamento mambí en las lomas de Cacarajícara, donde el 30 de abril de 1896, tuvo lugar un encarnizado combate con las fuerzas españolas, que resultó victorioso para las armas cubanas. Allí, además de organizar el sistema ingeniero para la defensa de la posición, se dio a la tarea de inventar un rústico cañón que se destruyó al efectuar el primer disparo.

Las obras fortificadas construidas por Vargas en Cacarajícara constituyen uno de los ejemplos más enaltecedores del empleo de la ingeniería en la historia del arte militar cubano. Al respecto, su ayudante, el comandante Rogerio Caballero, relataba:

[...] por disposición del Brigadier Sotomayor, se construyeron los parapetos, con los pacíficos, para las trincheras de Cacarajícara,



teniendo necesidad de hacer grandes excavaciones para construir los fosos y además, se desmontaron muchos árboles de madera dura para utilizarlos en dichas trincheras detrás de los parapetos, quedando todo a la perfección, pues no hay que dudar que dicho Brigadier poseía conocimientos militares, los cuales adquirió en una academia militar en Chile, su patria natal.¹⁰⁵

Otra de las acciones en la que tuvo un desempeño determinante, fue en la batalla de Ceja del Negro, el 4 de octubre de 1896, una de las más sangrientas y reñidas acciones de la Guerra del 95.

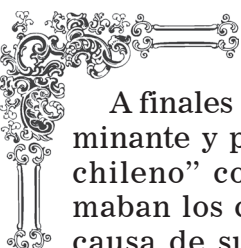
De la estimación y alta consideración que el Lugarteniente General Antonio Maceo sentía por Vargas Sotomayor, dio fe también el comandante Rogerio Caballero, ayudante de Vargas, quien escribió en su diario de operaciones: “[...] mientras que el brigadier Sotomayor fue Jefe de la Brigada Norte, casi siempre las fuerzas de dicho Brigadier operaban agregadas al Cuartel General, pues no hay que dudar que el General Maceo, sentía alta estimación por dicho Brigadier [...]”.¹⁰⁶

Teniendo en cuenta sus sobrados méritos y sus perspectivas como jefe, el 8 de abril de 1896 fue ascendido al grado de general de brigada por los destacados servicios prestados durante la invasión y en la cruenta y difícil campaña de Pinar del Río. Su diploma de general fue firmado, el 16 de diciembre de 1896, por el presidente de la República de Cuba en Armas.¹⁰⁷

¹⁰⁵ Rogerio Caballero: *Diario de operaciones* (inédito). Museo municipal de Candelaria.

¹⁰⁶ *Ibidem*.

¹⁰⁷ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del Partido Revolucionario Cubano. Documentos de la Delegación, no. 1, letra ll.



A finales de noviembre de 1896, víctima de una fulminante y penosa enfermedad, murió “el brigadier chileno” como amistosa y afectuosamente le llamaban los cubanos. Alrededor de la fecha, lugar y causa de su deceso, existen diferentes versiones. Algunas fuentes lo señalan como ocurrido el 9 de noviembre de 1896, y otras, el día 21 del mismo mes y año. En cuanto al lugar, unas refieren que ocurrió en la finca Oleaga, en el rancho San Lucas, de Bahía Honda,¹⁰⁸ otras en el campamento La Madama, en la finca Boucourt, barrio de Ceiba, en el término municipal de Cabañas y una tercera en la prefectura de Bocú, o en algún lugar cerca de ella, donde fue enterrado por sus asistentes y una pequeña escolta que tenía.¹⁰⁹ Llama la atención que en la tercera versión, la de su ayudante, el comandante Rogerio Caballero, este refiere que murió de una enfermedad, pero nada comenta acerca de la locura que otros han tratado de potenciar.

Por lo general se dice que su muerte se debió a un repentino y fulminante estado de locura provocado, según algunos, por haberse enamorado perdidamente de una joven campesina pinareña,¹¹⁰ y en opinión de otros, por la sorpresa que le dieran los españoles en su campamento de Tapia, la que llamó la atención de sus compañeros de armas, en especial del general Antonio Maceo, quien

¹⁰⁸ Antonio Iraizos: “Sobre los generales del 95”. En revista *Cúspide*. 15 de enero de 1939, p. 4.

¹⁰⁹ Rogerio Caballero: *Ob. cit.*

¹¹⁰ Consultados varios psiquiatras acerca de si la locura pudiera presentarse de manera tan imprevista y fulminante en un hombre de 27 años para que, como desenlace, provocara incluso la muerte inmediata, la respuesta fue negativa y se inclinaban a pensar que los síntomas de enajenación mental supuestamente manifestados en Vargas pudieron estar motivados por alguna otra patología, acompañada de *delirium* como consecuencia de fiebres altas o alguna afectación cerebral.



consideraba a Vargas un jefe bravo, astuto, temerario, y de sobrada lealtad como para dejarse sorprender por el enemigo.

Inspirado en su historia, en 1948 el periodista cubano Antonio Iraizos publicó un artículo titulado “El brigadier chileno que murió de amor”,¹¹¹ en el que, aunque reconocía sus indudables méritos militares, potenciaba la idea de la apasionada aventura romántica con una campesina vueltabajera, como causa de la supuesta locura del general Pedro Vargas Sotomayor.

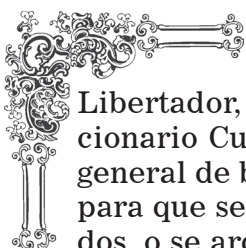
Como epitafio al trágico fin del desdichado patriota chileno, el general de división José Miró Argenter, jefe del Estado Mayor de Maceo y compañero de armas de Vargas, escribió:

Sotomayor, jefe muy intrépido, empezó a dar señales de trastorno mental y murió, a los pocos días, completamente loco, en las lomas de el Rubí. Era natural de Chile, teniente de la Armada de aquella república, hombre de mucho ánimo, y de probada lealtad. Le empezó la locura por cuestión de unos amoríos dos o tres días antes de la sorpresa que le dieron los españoles en Tapia. Nadie en su tierra ha preguntado por él jamás: ni deudos ni amigos, ¿estaría solo en el mundo? ¡Pobre Sotomayor! Ahora sería muy difícil encontrar sus míseros despojos, enterrados en la soledad de la manigua no se sabe por quién, sin cruz ni montón de piedras que señale el reducido promontorio a los amigos que fueran a exhumarlos.¹¹²

Poco después de su muerte, el mayor general Pedro Díaz Molina, jefe del Sexto Cuerpo del Ejército

¹¹¹ Antonio Iraizos: *Penumbras del recuerdo*. Molina y Cia. S. A. Impresores. La Habana, 1948, pp. 160-164.

¹¹² José Miró Argenter: *Ob. cit.*, p. 657.



Libertador, envió al delegado del Partido Revolucionario Cubano en Estados Unidos, el diploma de general de brigada de Pedro Vargas Sotomayor “[...] para que se entregue a sus familiares si son conocidos, o se archive en esa delegación”.¹¹³ Dicho diploma descansa aún en los fondos de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano, que atesora el Archivo Nacional de Cuba. Nadie jamás reclamó sus méritos, sus haberes, ni pensión por méritos de guerra. La historia lo había dejado en el olvido.

El 13 de junio de 1986, un grupo de funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba, apoyados por las autoridades del municipio de Bahía Honda, en Pinar del Río, inauguraron un simbólico obelisco a la memoria del general Pedro Vargas Sotomayor, cerca del lugar donde debió ser enterrado, en las estribaciones de El Rubí, elevación situada al norte de la provincia de Pinar del Río, donde tan brillantes combates ofreciera a los colonialistas españoles. La ocasión fue sublime y emotiva. Atravesando los agrestes parajes de la sierra de Guaniguanico, llegó al lugar aquel pequeño contingente que buscaba a Vargas y lo sentía por doquier. Rubén Calderío, combatiente internacionalista cubano, de 75 años de edad, quien hizo la marcha tras la leyenda del héroe, impactado, contemplaba como a la sombra de aquellos montes, donde alguna vez Vargas derrochó bravura y coraje, una joven chilena colocaba sobre los hombros de un pequeño pionero cubano, la pañoleta que lo acreditaba como tal.

Desde entonces, en peregrinación patriótica, visitan hoy los niños de la región, al general chileno que dio su vida por la independencia de Cuba.

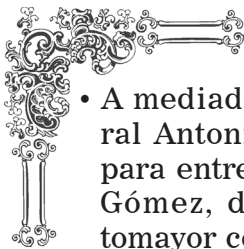
¹¹³ Boletín del Archivo Nacional de Cuba. Año XXII, enero-diciembre, 1923, no. 1-6, p. 200.



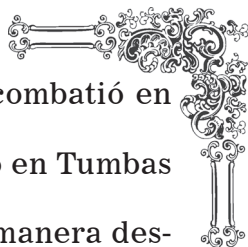
*Aproximación mínima a una hoja
de servicios del general de brigada
Pedro Vargas Sotomayor*¹¹⁴

- En agosto de 1895 arribó a Cuba.
- El 31 de agosto de 1895 se destacó en el combate de Sao del Indio, provincia de Oriente.
- El 22 de septiembre de 1895, fue nombrado coronel, jefe instructor de la columna invasora. Ese día partió en la invasión hacia el occidente desde Mangos de Baraguá.
- El 11 de diciembre de 1895, atacó con sus fuerzas a los españoles destacados en El Manacal, provincia de Las Villas.
- Se destacó por su valor en el combate de Mal Tiempo, el 15 de diciembre de 1895. Su desempeño fue resaltado en el orden del día.
- Combatió en Coliseo, el 29 de diciembre de 1895.
- Participó en la toma del poblado de Güira de Melena, el 4 de enero de 1896.
- En la batalla de Las Taironas, el 17 de enero de 1896, tuvo una actuación decisiva.
- Tras la batalla de Las Taironas, recibió la orden del general Antonio Maceo, de invadir la costa norte de la provincia de Pinar del Río, la cual ejecutó al frente de destacados jefes de la región como Carlos Socarrás, Pedro Delgado y Manuel Alfonso. Invadió Tenerife, Bramales, Malas Aguas, Dimas, Santa Lucía, La Palma, Berracos, La Mulata y Las Pozas.
- Combatió el 5 y el 6 de febrero junto al general Antonio Maceo en el asedio al poblado de Candelaria.

¹¹⁴ No hemos podido encontrar, en los archivos cubanos, la hoja de servicios del general Pedro Vargas Sotomayor. La presente aproximación constituye solo una ínfima parte —aunque representativa—, del accionar militar del incansable soldado chileno.



- A mediados del mes de febrero, al pasar el general Antonio Maceo a la provincia de La Habana para entrevistarse con el General en Jefe Máximo Gómez, dejó hasta su retorno, al coronel Sotomayor con su Regimiento de Tiradores, al frente del grueso de las tropas en Pinar del Río, para activar las acciones militares en la provincia. Lo nombró jefe de la 1ra Brigada del 5to Cuerpo.
- El 29 de marzo tomó parte en el ataque al poblado de La Palma.
- El 31 de marzo de 1896, participó en el ataque a San Diego Núñez.
- El 8 de abril de 1896 fue ascendido a general de brigada.
- El 26 de abril de 1896 tomó parte en el combate de La Lechuza, en Pinar del Río, donde dirigió la artillería del 5to Cuerpo del Ejército Libertador.
- El 30 de abril y 1ro de mayo combatió contra la fuerte columna del general español Julián Suárez Inclán, en Cacarajícara.
- El 10 de mayo de 1896, el Consejo de Gobierno de la República de Cuba en Armas, ratificó la propuesta del General en Jefe de otorgarle el grado de coronel con que venía combatiendo desde el 22 de septiembre de 1895.
- El 23 de mayo de 1896 acompañó al general Antonio Maceo en el ataque al poblado de Consolación del Sur, provincia de Pinar del Río.
- Entre abril y junio de 1896 tomó parte en varios de los combates librados en las lomas de Tapia.
- El 25 de julio de 1896 atacó el ingenio fortificado América, cerca de Bahía Honda.
- El 25 de agosto se incorporó a la pequeña columna que acompañó al general Antonio Maceo a recibir la expedición del general puertorriqueño Juan Rius Rivera por la playa de María la Gorda, ubicada en la península de Guanahacabibes, en el extremo occidental de la isla de Cuba.



- El 24 y el 25 de septiembre de 1896 combatió en Montezuelos.
- El 26 de septiembre de 1896 combatió en Tumbas de Estorinos.
- El 4 de octubre de 1896 combatió de manera destacada en Ceja del Negro.
- En noviembre de 1896 murió, tras fulminante enfermedad, en las estribaciones del lomerío de El Rubí, al norte de la provincia de Pinar del Río.
- El 16 de diciembre de 1896, el Consejo de Gobierno de la República de Cuba en Armas le ratificó el grado de general de brigada con antigüedad de 8 de abril de 1896.

*Relación de combatientes*¹¹⁵

General de brigada Pedro Vargas Sotomayor
Teniente coronel Arturo Lara y Dinamarca, *el león chileno*

Comandante Ricardo Elizari López, *el padre chileno*

Comandante Manuel R. Marcoleta

Capitán Carlos Dublé Alquízar

Capitán Federico Gabler

Capitán José Lino Varas

Capitán Carlos Bounocore

Teniente Juan Adolfo Brunet

Alférez J. Luis Ahumada

Soldado José Betancourt Sánchez

Francisco Paneque Sánchez

¹¹⁵ Los nombres que aparecen en esta relación pertenecen a combatientes cuya presencia en los campos de Cuba Libre ha sido verificada por fuentes documentales cubanas y cuentan con jerarquía militar en el Ejército Libertador.

En la Maniqua

Carlos Dublé

Versión anotada e ilustrada





Prólogo a la presente edición

El libro En la Manigua publicado en Valparaíso, Chile, en el año 1900, por el chileno Carlos Dublé Alquízar, capitán del Ejército Libertador cubano, es por diversas razones un libro extraordinario y singular; sobre todo, porque no fue Carlos Dublé quien lo escribió, sino quien lo narró de manera apasionada y deslumbrante, al periodista Emilio Rodríguez Mendoza¹ —su verdadero autor y prologuista— quien se enamoró de la historia, que disfrutó, asumió, interpretó y vivió con la misma fascinación que el protagonista. Es, por lo tanto, un libro a cuatro manos, o más bien, a dos almas: la del testimoniante y la del escritor; ambos, enfermos de patriotismo.

Aun en este vertiginoso siglo xxi, tiene el libro un magnetismo tan conmovedor, que resulta muy difícil que quien lo tome en sus manos se separe de él. Se trata de una narración sublime, sincera, apasionada, que se saborea desde el primer sorbo como ese buen vino chileno de las praderas de Maipo.

Fue Dublé uno de los jóvenes chilenos hechizados por los ecos gloriosos de la guerra de Cuba. Impaciente, no lo pensó dos veces para abandonar familia, amor y fortuna, por un futuro incierto que podría costarle la vida. Fue uno de aquellos hombres a quienes el representante diplomático de Cuba en Chile, Aristides Agüero, bautizara como “mis chilenos”.

¹ Una de las voces más preclaras de Chile en los albores del siglo xx. Periodista y ensayista, considerado el primero en analizar y denunciar los problemas de su tiempo. Su estilo literario se caracterizó por su agudeza.



Su caso se destaca por su resolución y patriotismo. No hay quejas ni lamentos en la obra, solo se palpa su convicción por enfrentar con gallardía, los grandes e inesperados desafíos de una cruenta guerra. Tal parece que Dublé asumía como reto y patrón —amén de sus virtudes—, la condición de coronel de su padre, a quien no podía defraudar.

Por estar implícito en el libro, no es necesario el recuento de la etapa cubana de Dublé, desde su salida de Antofagasta hasta su retorno a Chile como héroe. Baste decir que el libro permite confirmar las preocupaciones del delegado del Partido Revolucionario Cubano con respecto a la participación de combatientes extranjeros en la guerra y la verdad absoluta acerca de la crudeza de una epopeya, en la que un puñado de hombres combatía en condiciones abismalmente desventajosas, contra el ejército colonial más poderoso que España jamás desplegara en el mundo.

Dublé no dudó en resaltar el valor del soldado español, el enemigo quijotesco que, empecinado, se aferraba a la defensa de la última joya de la corona. Al principio no entendió los métodos y formas de hacer la guerra de los cubanos, pero terminó asimilándolos y convirtiéndose en un artista de la lucha guerrillera. Para él era la escenificación helénica de una lucha de titanes. Rodríguez Mendoza, al escucharlo, calificó la contienda de “[...] guerra en que españoles y cubanos no dejaron nada nuevo que hacer ni que decir en materia de heroísmo” y también como “[...] una de las guerras más hermosas y homéricas del siglo! [...]”.

Tuvo la dicha de combatir bajo las órdenes de dos jefes extraordinarios, el joven coronel Néstor Aranguren —la temeridad hecha persona— y el médico y culto general Pedro E. Betancourt Dávalos, con quien concluyó la guerra como ayudante.

No debemos pasar por alto que Dublé combatió en las dos provincias donde mayor concentración y densidad de fuerzas españolas había en Cuba: La Habana



y Matanzas. Por temor a que los insurrectos penetraran en la capital, el ejército español mantenía en constante operación diversas columnas a lo largo de la geografía habanera, a las que sumaba la actividad de las guerrillas volantes. En Matanzas, puerta este de la capital, el incansable general español Luis Molina, no daba tregua. En este particular, el libro adquiere especial significación, pues no abundan en la historiografía cubana, bibliografía y testimonios sobre la guerra en ciertos teatros de operaciones militares.

El mundo entero criticó la espeluznante política de reconcentración, impuesta por el capitán general español Valeriano Weyler y Nicolau, con la cual pretendía impedir el apoyo de la población campesina cubana a los libertadores. De la monstruosidad de aquella política y de los campos de concentración, que costaron la vida a cerca de 300 000 cubanos, la destrucción de la agricultura y, prácticamente, el exterminio de la ganadería, da fe Dublé para la historia.

Contrasta su entusiasmo con el testimonio ofrecido al diario *La Tarde*, en Chile, por Carlos Bounocore el 19 de julio de 1898, tras su experiencia en la guerra de Cuba. Si Dublé es amable, justo, objetivo en el juicio y pródigo en elogios a sus compañeros de armas, en el segundo, solo adjetivos hirientes quedaron del recuerdo de los mambises. Bounocore no comprendió a los cubanos, su idiosincrasia, la complejidad de su mosaico sociocultural, y mucho menos su arte militar.

Se aprecia en el relato el sentimiento de frustración de Dublé, quien, al igual que el Generalísimo Máximo Gómez, sintió la pesadumbre de no poder despedir con honores a sus rivales de ayer; a causa de la intervención oportunista y traicionera de Estados Unidos en la guerra. Al respecto, expresó: “La guerra iba a terminar, íbamos a volver a nuestra tierra, pero dejando a Cuba no en poder de los cubanos, sino de los norteamericanos. Un dejo, una espesa nube de tristeza pasaba en esos instantes por nuestros corazones”.



El libro de Dublé permite ver la guerra desde la óptica de un suramericano, lo que le agrega valor. Hay en la narración, sin embargo, errores en cuanto a nombres y fechas, típicos de los testimonios narrados, no fundamentados en diarios de campaña y anotaciones, sino en el recuerdo apasionado de los hechos.

Resalta y debe tenerse muy en cuenta a la hora de evaluar la obra, la participación en ella como coprotagonista de la historia, del periodista Emilio Rodríguez Mendoza, quien en su imaginación —y en el libro—, viajó a Estados Unidos junto a Dublé, lo acompañó en la expedición, desembarcó con él en Cuba y fue su sombra durante toda la guerra. Hay por lo tanto en esta narración una fuerte carga de subjetivismo.

No es En la Manigua el único testimonio de un combatiente extranjero en las guerras por la independencia de Cuba. Como Dublé, dejaron sus escritos los dominicanos Máximo Gómez Báez, Generalísimo del Ejército Libertador cubano, y también Manuel de Jesús Peña y Reinoso, Lorenzo Despradel y Rodolfo Berges; el catalán José Miró Argenter, general de división; los italianos Orestes Ferrara y Francisco Federico Falco, coronel y comandante respectivamente; el colombiano Rogelio del Castillo y Zuñiga, general de división; los norteamericanos Frederick Funston y John O'Brien, coronel y capitán; y el puertorriqueño Modesto Tirado, entre otros. Sin embargo, el de Dublé tiene la peculiaridad de regodearse en lo artístico, en lo literario, lo que lo hace excepcional. Es, en apreciación de quien escribe, una joya desconocida y poco común, que debe ocupar un lugar muy especial en la literatura de campaña cubano-chilena.

El libro de Dublé, que presentamos a continuación, conserva su prólogo, la frescura del lenguaje original y la ortografía y redacción de la época. No hay correcciones a la dupla Rodríguez Mendoza-Dublé. Solo interviene el investigador, para mayor comprensión del lector, con sus notas aclaratorias y la selección de imágenes e ilustraciones.



Una observación final. Soñar, es una virtud inherente a los seres humanos, aunque no todos tengan la capacidad de la abstracción sublime y mística. Emilio Rodríguez Mendoza, el periodista que entrevistó a Dublé, soñó que había sido mambí y lo fue en alma y espíritu. Para él, que recogió oportunamente para la posteridad las vivencias del héroe, el agradecimiento eterno de la patria de José Martí.

TENIENTE CORONEL RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS
La Habana, septiembre del 2007

Al Mayor General Pedro E. Betancourt,
su antiguo Ayudante de campo,

CAPITÁN CARLOS DUBLÉ
Santiago de Chile, Mayo de 1900.

E. RODRÍGUEZ MENDOZA
(A. DE GÉRY).

EN LA MANIGUA

CARLOS DUBLÉ

VALPARAISO

IMPRENTA DEL UNIVERSO DE G. HELFMANN
CALLE DE SAN AGUSTIN, 39 D.

211978

1900

Portada de la edición original del libro de Dublé.



A modo de prólogo

Considerablemente defraudados han quedado en parte los que contaban con que este siglo no había de irse sin ofrecerles antes, como la tradicional copita de *chartreuse* de todas las buenas comidas, el agradable espectáculo de una matanza jeneral...

Comparado con tales esperanzas, el siglo termina más o menos tranquilamente, reservándole talvez al que viene, al que en estos instantes reciben los franceses entre océanos de luz y torrentes de *champagne*, la grave misión de que cargue con las responsabilidades de una pelotera jeneral.

Ni siquiera los siglos que se van pueden disfrutar en paz de los derechos a la tranquilidad y al reposo que dan los años —estos puntos y comas que pone el tiempo en su lento correr a través de abismos y peñascales. ¡Es que los años y los siglos son legatarios que solo dejan herencias que mucho valen, si se consideran como los únicos pasaportes aceptables para seguir el camino del progreso indefinido; pero cuyo usufructo le cuesta mucha sangre a la humanidad!

Si abrimos la Historia, para enseñarle de una manera pintoresca la lección del día siguiente al más pequeñuelo de los chicos de la casa, mientras el chico se sonríe, vivamente interesado con la figura que hace Marat con su encarnado gorro frigio y el ciudadano Neron cortando cabezas en nombre de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, nosotros como hombres mayores no podremos menos que sorprendernos de la manera cómo terminó el otro siglo y de la manera cómo termina el que agoniza, iluminado por un millón de focos eléctricos...



Los ecos de la *Marsellesa* estremecían todas las fronteras de Europa, vibrando delirantes en las gargantas de las turbas harapientas y redentoras de la primera República, cuya bandera tricolor, inflamando el aire, iba a derrumbar las monarquías absolutas, echando las bases de las repúblicas democráticas, y de los tronos constitucionales.

Hoi, hai un poco de más egoísmo. La espada de Lafayette está en un museo, la universalidad de los principios del 80 háse circunscrito a países y fronteras y el siglo termina dejando que allá mui lejos, a la hora de las sombras, la espada del Sirdar, la espada de Ondurman, se enrojecza de nuevo con la sangre de una pobre República...

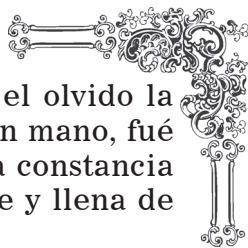
Pero lo que los pequeños no pueden esperar de los principios y del Derecho, se lo confían al progreso mecánico que iguala a pigmeos y colosos, poniendo a los primeros en actitud de respetar por la fuerza lo que los segundos no quieren respetar ni reconocer.

¡Grandioso avance hacia el terreno del Derecho y la equidad!

El Transvaal y Filipinas, defendiéndose victoriosamente de dos colosos, y Cuba conquistando su libertad, prueban que el siglo no ha querido desaparecer sin sancionar que tambien pueden hacerse respetar los débiles.

Y si quereis ver cómo vamos, amables lectores, a los bosques pantanosos, a la ciénaga, a la manigua cubana, que yo trataré de que tan peligrosa expedición nos resulte lo más agradable que sea posible.

Vamos en compañía de un compatriota, de un valiente, del capitán Dublé, que acaba de llegar de Cuba, sin bulla ni ostentación, y trayendo sus despachos, firmados por Máximo Gómez, de veterano de esa guerra en que españoles y cubanos no dejaron nada nuevo qué hacer ni qué decir en materia de heroismo.



Yo no he querido que se pierda en el olvido la historia de ese chileno que, machete en mano, fué a dejar allá en la ciénaga y la manigua constancia heroica de la índole aventurera, alegre y llena de poesía de nuestra raza.

¡Válgame la buena intención y el hecho de que también quiera protestar de la indiferencia con que hemos visto llegar al que fué nuestro representante en una de las guerras mas hermosas y homéricas del siglo!

Ni siquiera la curiosidad ha logrado despertarse alrededor del capitán Dublé, del veterano de la guerra de Cuba! Y, sin embargo, ese veterano de veinte y tres años tenía solo diecinueve cuando concibió y puso en práctica su resolución.

Un buen día abandonó una brillante colocación en Antofagasta; le dijo ¡adios! desde la distancia a las envidiables comodidades de un hogar tan respetable como distinguido; y ¡a Nueva York! a ofrecer sus servicios a la Junta revolucionaria cubana.²

Y a los veinte años, cuando, además del porvenir de un hombre de trabajo se es un mozo bien plantado, también se pueden tener hasta esperanzas, amores, ambiciones y todas las risueñas ilusiones que la juventud pinta a la acuarela...

² Para la fecha, el término Junta Revolucionaria Cubana resulta impreciso. En Nueva York se encontraba la Delegación del Partido Revolucionario Cubano, fundado en 1892 por José Martí, que era la entidad responsabilizada con la representación y organización de la Revolución en el exterior.



I

De Antofagasta a La Habana

Una de las pocas satisfacciones—¡acaso la única!—que suelen proporcionar estas largas y circunstanciadas relaciones de acontecimientos y sucesos dignos de especial recordación, es la de que confundiéndonos, para seguir mejor la relación, con héroes y personajes, nos vemos por consiguiente en la necesidad de intervenir en todo como actores y testigos...

Lo mismo pasó cuando la guerra del Pacífico; a cada nueva batalla, los que se habían quedado aquí repetían invariablemente: ¡la ganamos!

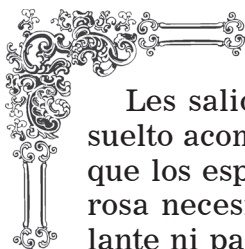
Ese método tan sencillo me va a permitir en este caso hacer una buena parte, la mas cruda de la guerra de Cuba.

En efecto, estábamos en Antofagasta cuando las patrióticas zozobras que inspiraba la suerte de los cubanos era cuestión de un hilo y de un hilo ya al alcance del sable weyleriano.

Carlos Dublé, hijo del famoso coronel de artillería don Diego Dublé Almeida, sentía mejor que nadie esas torturantes inquietudes, y, como coincidió con esto que una de las mas preciosas beldades antofagastinas se permitiera quedarse sin contestarle una carta—lo que parece que suele ser muy frecuente—decidió marchar a Cuba.

Leyó en los periódicos que en un vapor para el norte venían del sur otros dos animosos jóvenes chilenos que también iban a Cuba; y ya entonces, contando con tan buena compañía, su resolución no tuvo vuelta.³

³ Se trata de Carlos Bounocore y J. Luis Ahumada del Canto, sus compañeros de viaje hasta Estados Unidos y de expedición a



Les salió al encuentro a los expedicionarios, resuelto acompañarlos y seguir con ellos; pero resultó que los expedicionarios se habrían visto en la dolorosa necesidad de no poder moverse, ni para adelante ni para atrás, a causa de una inoportuna falta de recursos. Mas como Dublé contaba por fortuna con dos mil pesos pudo seguirse el viaje sobre cubierta y con lo encapillado.

Llegamos, por fin, a Panamá; y es fama que desde los tiempos de California y sus yacimientos auríferos, en aquellas tierras no miran con buenos ojos a los chilenos.

Atravesamos el Istmo en ferrocarril y como Dublé habla inglés perfectamente, por el camino íbamos noticiándonos de todo.

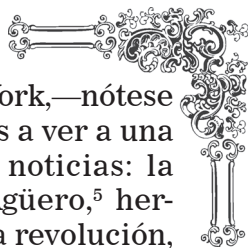
Nosotros mismos nos sorprendíamos de nuestra empresa. Pero sólo por verles la cara a Máximo Gómez y a Weyler, era de ofrecer cualquier cosa. Por desgracia, estaba mui a trasmano el goce de este espectáculo.

De Colón a Nueva York tardamos siete días, que trascurrieron con una rapidez que habríamos sido los primeros en hallar inusitada, si no fuera cuento viejo y mui sabido el de que acortan mucho las horas y el tiempo cuando se van viendo cosas nuevas.

A bordo nos encontramos con dos jóvenes cubanos, que nos recibieron con grandes agasajos al saber que éramos chilenos y que íbamos a pelear por Cuba; eran los hermanos Menocal,⁴ otro de los cuales estaba en la revolución, operando al frente de una división del ejército insurrecto.

Cuba a bordo del *Sommer N. Smith*, que bajo las órdenes del general Rafael de Cárdenas, el 9 de septiembre de 1897 desembarcaron en la playa de Boca Ciega, provincia de La Habana.

⁴ Se refiere al mayor general Mario García Menocal. No ha sido posible determinar el nombre de estos supuestos hermanos del general.



A los pocos días de estar en Nueva York,—nótese que vamos con bastante rapidez,—fuimos a ver a una señora de quien tuvimos casualmente noticias: la distinguida y hermosa doña Caridad Agüero,⁵ hermana del que fué en Chile delegado de la revolución, tan patriota como él y que a su bondad y a su belleza agregaba el encanto de ser mujer y revolucionaria.

¡Qué tipo legendario entre las mujeres héroes han dejado las cubanas!

Un día, una tarde, doña Caridad nos citó a su casa y de ahí se dirigió a la junta revolucionaria, a llevarle al infatigable viejito Estrada Palma⁶ la noble ofrenda de unos cuantos muchachos extranjeros anhelosos de pelear por la redención de Cuba.

La Delegación funcionaba en un barrio atestado de escritorios y oficinas de tabaqueros.—¡El corazón de la revolución latía en el fondo de un barrio esencialmente comercial!

Ahí estaba Estrada Palma, tras un gran escritorio.

¡Cualquiera habría creído que era mas bien un corredor de comercio y no el alma de la guerra separatista!

Conferenciaba en ese instante con el general Castillo Duane,⁷ recién llegado de la Isla.

⁵ Caridad Agüero era hermana del delegado del Partido Revolucionario Cubano en Chile, Arístides Agüero. Procedía de una familia de patriotas de origen camagüeyano. Fue un firme apoyo y tutora de los revolucionarios latinoamericanos, en especial chilenos, que arribaban a Nueva York tratando de dirigirse a Cuba.

⁶ Tomás Estrada Palma se incorporó a la Guerra de Independencia en octubre de 1868. Fue presidente de la República de Cuba en Armas entre 1876 y 1877. A la muerte de José Martí fue electo delegado del Partido Revolucionario Cubano y su representante en Nueva York; fue además un candidato servil e incondicional de los norteamericanos, lo que lo condujo a la presidencia de la República (1902-1906).

⁷ Se refiere al doctor Joaquín Castillo Duany, quien había tomado parte en la expedición del vapor *Rodgers* que en 1881 partió al polo norte al rescate del *Jeannette*. Tras el naufragio del *Rodgers*,

El Delegado nos dió afectuosamente las gracias a nombre de los cubanos.

—Muchas gracias, señores, agregó con su palabra pausada y solemne y que dejaba tras de sí una melancólica vibración.

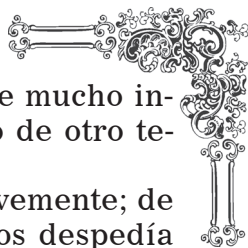
Nos explicó la situación de la isla, y cómo se hacía allí la guerra, terminando por decirnos categóricamente que esa guerra escepcional no era para extranjeros,⁸ que en ella moriríamos fatalmente, víctimas del clima o del plomo enemigo; que él no podía permitir un sacrificio tan jeneroso como inútil; y que, por consiguiente, nos daba de nuevo las gracias, anticipándonos que la Delegación correría con los gastos que demandara nuestra repatriación...

Había terminado.

Cuba nos negaba un sitio al lado de sus hijos, nos rechazaba con altivez, no aceptaba nuestro concurso!... Hai que haberse encontrado ante la crueldad, ante el filo, ante el hielo de una expectativa semejante, para comprender el desaliento horrible que nos hacia brotar el sudor.

Duany vagó durante 18 meses por la región polar siberiana. Fue general de brigada del Ejército Libertador de Cuba en la Guerra del 95 y jefe de Sanidad Militar de la columna invasora; fue compañero del general chileno Pedro Vargas Sotomayor. Pasó a Estados Unidos a desempeñar el puesto de subdelegado del Partido Revolucionario Cubano. Por su experiencia como médico naval, fue nombrado asesor del Departamento de Expediciones, condujo varias personal y exitosamente a la Isla.

⁸ Durante la Guerra del 95, el PRC evitó, como política, el enrolamiento de combatientes extranjeros en las expediciones, aunque no lo prohibió. Se dificultaba la manutención en Estados Unidos de los extranjeros y su traslado a Cuba, adonde debían viajar sin sueldo y sin otra prebenda que el derecho a derramar su sangre. Hubo experiencias negativas de combatientes que no se adaptaron al clima y a la forma de hacer la guerra los cubanos. Algunos, desertaron; otros realizaron reclamaciones al PRC y al gobierno de la República de Cuba en Armas. La inmensa mayoría de los combatientes extranjeros peleó con honor y entereza.



—Por último—le dijimos, después de mucho insistir—somos chilenos y de un modo o de otro tenemos que llegar a Cuba.

El señor Estrada Palma se sonrió levemente; de pié y en silencio tras su escritorio, nos despedía amablemente; tenía su tiempo contado; había terminado, en una palabra.

Corrimos desolados donde nuestro paño de lágrimas, la más caritativa de las caridades, doña Caridad Agüero.

La infatigable señora siguió trabajando por nosotros y días después se nos comunicó, por fin, que estábamos designados para embarcarnos en la primera expedición que saliera para Cuba.

Respiramos! Por fin, ya era cuestión de días y momentos nuestra partida.

Dos semanas después, anonadados ya por la mas mortificante espera, cuando pensábamos, presa de la mayor inquietud, si nos habrían engañado, llegó un comisionado de la Delegación a ordenarnos que nos alistáramos y que a las 3 1/2 estuviéramos en el local de la misma Delegación.

Notábase ahí gran agitación a la hora de nuestra llegada. Se celebraba una conferencia secreta en esos instantes.

A las cinco salimos repartidos en diversos grupos, cuyo total alcanzaría a cuarenta.

Habíamos recibido orden de dirijirnos a uno de los muelles, donde debíamos embarcarnos con las mayores precauciones, a las seis y media, y hacer rumbo a Savannah, en las costas de la Florida.

Se nos reunió y se leyó una lacónica carta de la Delegación de Nueva York, en la cual nombraba jefe de nuestro grupo al capitán Gutiérrez, cubano.⁹

⁹ Al parecer se refiere a Rafael Gutiérrez Marín, patriota cubano involucrado en varias expediciones de la guerra del 95 quien concluyó la guerra como teniente coronel del Ejército Libertador.

—Vamos, se redujo a decirnos; a un punto que todavía no puedo revelarlo.

Empezaba a caer la noche y seguíamos hacia la costa.

Cubanos y chilenos confraternizaban conversando cada cual de su tierra. Y cuando el alborozo salía de tono, levantando la voz, nos decía en el acto el jefe del grupo: “¡Mas despacio y guarda con los espías!...”.

Porque hai que advertir que, en previsión de expediciones filibusteras, los españoles vigilaban todas las embarcaciones que merodeaban por aquellas aguas.

¡Y tenían razon! Porque los cubanos no perdían ni la concha de una ostra, si en ella podía mandarse algún fusil a Cuba.

En Savannah tomamos el tren a Tampa, donde llegamos a las ocho de la noche con un lindo y poético tiempo que no podía menos que recordarnos las noches en que la luna bañaba de lleno los techos antofagastinos, tan plácidos y tranquilos, escluyendo a sus únicos y enamorados pobladores: los gatos.

Nos alojamos en el Hotel *Fifth Avenue*, donde nos esperaba el coronel Méndez¹⁰ con otros treinta expedicionarios.

¡Qué largos y qué monótonos fueron los días que pasamos en Tampa!

A diario, para despistar a los espías,¹¹ salíamos a hacer ejercicios al campo.

¹⁰ Se refiere al coronel Fernando Méndez Miranda, perteneciente al Departamento de Expediciones de la Delegación del PRC, quien condujo a Cuba varias expediciones.

¹¹ Las expediciones cubanas eran fuertemente perseguidas por el espionaje y la policía norteamericanos, en especial por la Agencia Pinkerton. Ello obligaba a los cubanos a realizar verdaderas operaciones de distracción, desinformación y enmascaramiento, con el fin de despistar a sus perseguidores. La salida exitosa de una expedición estaba precedida de toda una operación profesionalmente planificada y sigilosamente ejecutada.



Por fin, una tarde se nos dió orden de alejarnos apresuradamente tres leguas del radio urbano de la pequeña ciudad.

Salimos esa misma noche.

—Muchas precauciones, se nos dijo.

Eran las siete. La arriesgada aventura iba a llegar, pues, a su periodo más interesante.

Tomamos otro tren que nos llevó a diez leguas de distancia, a orillas de un río.

Al llegar, entre las sombras, en medio del más profundo silencio, vimos que se movía algo.

Pertenecían aquellas sombras a los encargados de meternos a las lanchas para salir a las costas de la Florida, operación que se efectuó con mucha rapidez y en medio del silencio más profundo.

Serían las once de la noche, más o menos.

Afirmamos los codos en el borde de la lancha, nos agarramos la cabeza y... nos quedamos profundamente meditabundos.

—¿En qué piensas?—le preguntamos a uno de los compañeros de aventura.

—En Valparaíso—nos contestó.

—“¡En Valparaíso!”.

¡Qué chileno era eso! En ese “Valparaíso” iban todos los recuerdos de las zopapinas del colejio, de los paseos a Playa Ancha, de las peloterías con los gringos y de las apuestas a quien nadaba más.

¡Eran los años que quedaban atrás, que se asomaban a la memoria con la cara llorosa y entristecida de los adioses!

—Y yo en mi casa, dijo otro.

A todo esto sobrevino un nuevo trasbordo y pasamos a un enorme lanchon a vapor en que íbamos a campo raso y a toda máquina, río abajo, en dirección al mar.

A las dos o tres de la mañana llegamos, por fin, a las costas de la Florida. Teníamos ante nosotros el mar y el cielo. Oscuro y silencioso el primero,

tachonado de estrellas, prendidas temblorosamente en el azul, el segundo.

Los corazones podían permitirse ya las libertades del alborozo y como dejando a un lado sus cadenas y mordazas gritaron: ¡viva Cuba!

Nos estrechábamos, uniéndonos en un sólo grupo, abrazándonos, agitando nuestros sombreros.

El viejo lanchon crujía bajo los alborozos tanto tiempo comprimidos.

Al desembocar al mar, nos trasladamos a otro barco de mejores condiciones y seguimos internándonos hasta que llegó la aurora de esa noche inolvidable.

Allá mui lejos, perdidos en el horizonte azul y sereno del mar, se divisaban dos palitos de fósforos...

Era el buque destinado a llevarnos a las playas de Cuba!

¡Qué lejos se veía aun! Tan lejos que ni siquiera buque parecía.

Nos inclinábamos con la mano estendida sobre los ojos para verlo mejor, y hacíamos apuestas para ver quién descubriría primero su nombre. Al acercarnos, la tripulación del vaporcito vivaba a Cuba, recibiéndonos con risas y abrazos y despidiendo a los tripulantes del lanchón que con tan buena suerte nos había conducido a alta mar.

Nos despedimos de esos buenos amigos cuyas fisonomías nos decían tan claro: ¡quién fuera con ustedes!

Una gasa de humo flotaba, ondulando en medio de la transparencia matinal, diciéndonos adios, alejándose en dirección hacia la playa de la Florida.

A bordo del *John Smith*¹²—tal era el nombre, tan popular en los puertos chilenos, de nuestro barco,—estábamos a las órdenes del general Núñez,¹³ el

¹² El buque en realidad se llamaba *Sommers N. Smith*.

¹³ El general de división Emilio Núñez Rodríguez, veterano de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y de la Guerra Chiquita

afortunado argonauta de todas las expediciones a Cuba.



Expedicionarios del Sommers N. Smith.

Al saber que éramos chilenos se interesó vivamente por nosotros y como si supiera que por aquí la primera de todas las amabilidades es una copa, nos invitó con un trago de *whisky*, de *whisky* puro, por más que había líquido suficiente para hacer un buen *whisky*-agua...

Si a algún revolucionario le tenían ganas los españoles, era al jeneral Núñez, cuya ocupación de llevarse metiendo armas, hombres y municiones a Cuba no les hacía ninguna gracia, como fácilmente se comprende.

(1879-1880). En la Guerra del 95 fue designado como jefe del Departamento de Expediciones del Partido Revolucionario Cubano, con la responsabilidad de organizar y conducir a Cuba las expediciones de apoyo logístico al Ejército Libertador. Absolutiza Dublé al mencionarlo como conductor de “todas” las expediciones a Cuba.



Un sinnúmero de veces lo habían tenido a tiro, pero no se sabía cómo lograba írseles de las manos.

En cierta ocasion y estando bajo los cañones de uno de los cruceros de la armada real, se le descompuso la máquina, lo que es lo mismo que olvidarse de andar cuando el tren está encima.

La situación no podía ser más crítica y si no era a punta de tupé no había forma de salvarla. En efecto, el pequeño barco filibustero cargó un cañón—el único con que contaba—y disparó... Pero más bien que no hubiera disparado nada, porque junto con su cañonazo para la risa empezó a desarmarse y hacer agua... ¡Por entrometido y por querer hacer las cosas de los grandes!

Cerca ya de las costas de Cuba, debíamos encontrar otro vaporcito con un cargamento de armas y municiones.

Pero el hecho es que, o no había llegado, o lo habían pillado, o no concurría a la cita.

O no habría podido llegar y, perseguido por algún buque español, andaría haciendo quites por encima de las olas.

Apareció, por fin, y después de amarrar los dos buques, como quien dice de ponerlos hombro con hombro, hermanados en una conspiración comun, entregábale la lentitud del uno a la rapidez del otro su precioso cargamento de 500 rifles, un millón y medio de tiros y doscientos machetes.

Todo aquel mar de las costas de la Florida es tan bajo y transparente que deja ver perfectamente su fondo.

Lo que es una suerte, porque tocó la casualidad de que mientras duraba el trasbordo se cayeron al mar tres cajas de tiros, que quedaron viéndose.

¡Qué porteño no recuerda que Carlos Dublé era uno de los mejores nadadores del Membrillo y Miramar!

Ahí lo probó una vez más. Se tiro de cabeza, atentó las cajas y salió de nuevo a flote a pedir un cordel con



un gancho. En posesión de este instrumento, se volvió a tirar de cabeza, engarfió las cajas y salía de nuevo a la superficie cuando vio una gran sombra que pasaba por encima de él. ¡Era uno de los muchos tiburones que abundan en las costas de la Florida!

Ya con armas, la cosa cambió de aspecto a bordo: nos dieron a cada uno un machete de a vara y media y de cuatro dedos de ancho, un Mauser, doscientos tiros y un revólver naranjero, es decir, con balas más grandes que una de esas naranjas “de a cinco el mono”.

Se organizó el servicio de seguridad, y a fin de que nada faltara para amenizar la travesía, se nos dejó caer un gran temporal.

Dos días después, al anochecer, a las oraciones, como decimos nosotros, divisamos la costa cubana. El corazón empezó a saltarnos presa de una curiosa confusión de penas y de alegrías, de ansiedades y sobresaltos.

Hicimos alto.

—Estamos frente a la provincia de la Habana—dijo un cubano—la conozco, soi habanero.

Como nunca está demás saber las cosas, le preguntamos a uno si no habrían fuertes españoles por ahí.

—Precisamente, frente a nosotros hay dos, nos contestó.

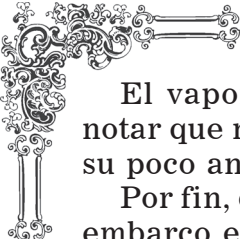
Arriamos un bote y nos tocó ir entre los exploradores.

¡Qué impresiones más extrañas y encontradas al pisar tierra cubana!

¡Iríamos a morir, deseguro! ¡Qué hacerle, después de todo! Estábamos en la aventura y había que seguir.

Íbamos agarrando costa adentro, cuando se rasgaron las sombras con los llamarazos de los fuertes.

Fue tan repentino aquel estampido, que el susto no es para contado. Nos creíamos volando por los aires. Sin embargo, lo único que hicimos fue correr en demanda de nuestro bote.



El vapor se puso en marcha y luego pudimos notar que nos seguía un cañonero español que, por su poco andar, muy luego perdimos de vista.

Por fin, después de varias exploraciones, el desembarco empezó más allá, en una pequeña enseada.

Seis metros más adentro de la playa empezaba el bosque verde y oscuro. Una inmensa red de bejucos y enredaderas se entrelazaban en una confusión de cocoteros y guayabales, sobre los cuales destacábase, bajo el azul del cielo, la esbeltez de la palma cubana, a cuya sombra han nacido las melancólicas habaneras.

Avanzamos unos cuantos pasos y nos encontramos en medio de la Manigua, en un ambiente ligeramente fresco; reina el silencio más profundo y no se escucha otro canto que el zumbido de los mosquitos.

Estamos en Cuba, en esta tierra de bravos y de lindas mujeres!

Los piés se hunden en un terreno húmedo, blando, movedizo, gredoso.

Dos cubanos se suben a las palmas con cordeles de yagua y observan los valles vecinos.

En ese instante desembarca el jeneral Núñez. Viene a decirnos ¡adios!

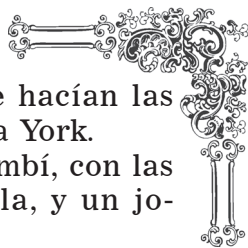
—“Hemos llegado con felicidad a nuestra patria esclava. Antes de manchar vuestros nombres y la bandera de Cuba, espero que murais como cubanos. Recordad que el lema de nuestra patria es “independencia o muerte”.

Nos embargaba la más intensa emoción. Sentíamos que las gargantas se nos anudaban.

Nos abrazó a todos y en seguida ganó de nuevo la embarcación.

El vaporcito que nos había traído y que no volveríamos a ver izó la bandera cubana y se alejó.

¡Estábamos solos!

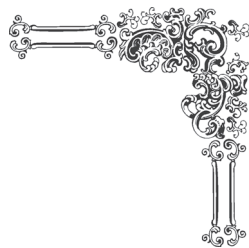


Se nos repartió la ropa de dril que hacían las cubanitas de Tampa, Key West y Nueva York.

Además se nos dió un sombrero mambí, con las insignias de Cuba prendidas en el ala, y un jolongo¹⁴ para las provisiones.

Solo faltaba un último adios a la tierra tan lejana. Un recuerdo! Pero con quién mandárselo! A no ser con alguna de las nubecillas blancas que nos observaban desde el cielo.

¹⁴ Morral. (*Nota de Dublé.*)



II

—*¡Quién va!...*

—*¡España!...*

El panorama era más a propósito para detenerse a admirarlo que para internarse en él. Grandes palmeras festonan por todas partes el horizonte y al pié de estas abren los plátanos sus grandes hojas verdes de aspecto fresco y protector. Una naturaleza lujuriosa, que todo lo invade con olas de verdura de un color intenso, ligeramente dorado por la canícula, se extiende hasta perderse de vista, cerrando la perspectiva con un tupido enmarañamiento, en el cual parece difícil poder internarse.


Tenemos que renunciar a seguir los caminos abiertos en medio de esa robusta flora de aguacates, copihues, parras de árbol, ciruelos tropicales, caimitos, icacos, guayabas y palmas altísimas, majestuosamente dominadoras y cuya copa semeja una cúpula suspendida en la altura, entre el cielo y la vegetación.

Debemos internarnos siguiendo deshechos o pequeños senderos. Vamos en demanda de las fuerzas patriotas que operan en la provincia de la Habana.

Seguimos un perfecto orden de marcha en guerra. Adelante, en descubierta, van seis números haciendo el oficio de exploradores.

Caminamos toda la tarde y de cuando en cuando hacemos alto para comer carne y maiz en conserva.

Pero cada uno de aquellos *lunch* campestres era interrumpido por furiosas tormentas de agua, truenos y relámpagos.



Nada mas imponente que ese espectáculo en medio de la soledad, a tanta distancia de la patria, rodeados por la incertidumbre y el peligro.

¿A donde íbamos?

Lo ignorábamos, contentándonos con seguir adelante y siempre adelante, llevando cada cual en la cabeza un cajon con quinientos tiros, y cortando con nuestros machetes los *bejucos* y enredaderas que nos cierran el paso como diciéndonos: no sigas...

De tal manera se obstruía a veces nuestro penoso avance, que se hacia necesario salir al camino real, donde encontrábamos fresca aun la huella del paso del enemigo en sus exploraciones.

Como sabíamos de antemano que los españoles, para evitar emboscadas, suspendían todas sus operaciones a la cinco de la tarde, reconcentrándose a las ciudades y pequeños centros, suspendimos también nuestra marcha y nos refujiamos como malhechores perseguidos, sobre el barro y rendidos de fatiga, bajo unos grandes aguacates, desde los cuales se divisaba una vieja granja en ruinas.

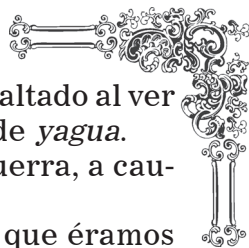
¡Qué bien habría venido algo caliente, siquiera tibio!

A las ocho levantamos nuestro pobre campamento y prosiguió la marcha en medio de la oscuridad más absoluta.

El cielo seguía limpiándose y nublándose a intervalos.

Una luz vivísima rasgaba repentinamente el firmamento. A su paso clareaban nuestras siluetas confundidas siniestramente ente la vegetación arborescente que nos rodeaba por todas partes: era algún rayo cayendo furioso sobre alguna palma, cuya elevación desafiaba la tormenta.

Mui tarde, llegamos a un rancho en que encontramos por fin a un ser viviente. Aunque en verdad solo era semi-viviente: un negro que dormía en una hamaca hecha de sacos.



El solitario mambí se despertó sobresaltado al ver invadido su miserable bohío de hojas de *yagua*.

Era un soldado inutilizado para la guerra, a causa del paludismo y las heridas.

Conoció en el acto por nuestro traje que éramos revolucionarios y su sorpresa fué inmensa.

Ahí, como en sitio mui seguro, lo habia dejado poco antes el coronel Néstor Arangúren¹⁵ en su paso por aquella rejión.

El negro sabia, pues, donde acampaba el coronel y recibió orden de partir en el acto a avisarle que acababa de llegar una nueva expedicion con armas y recursos.

—¿Y si en vez de ir en busca de Aranguren el negro va a prevenir al enemigo?—nos preguntamos.

—Por aquí cerca, a un cuarto de legua—dijo el capitán—en un ingenio de molienda de caña debe haber una fuerte guerrilla española.

—Se llama el ingenio de *Andreita*—agregó.

Sacamos los machetes, con el mas seguro presentimiento de que ya bien pronto iban a entrar en acción; los examinamos y en seguida la fatiga nos rindió en una especie de adormecimiento, del cual salimos al amanecer, cuando ya clareaba indecisamente el día.



*Coronel Néstor Aranguren,
primer jefe de Dublé.*

¹⁵ El coronel Néstor Aranguren y Martínez era uno de los principales jefes habaneros; famoso por su intrepidez, audacia y temeridad, fue conocido entre los cubanos por el sobrenombre de *Bacaché*. Fue bombero y como tal participó en la sofocación del fuego de la ferretería Isasi, el más famoso incendio habanero del siglo XIX.

Se escuchó un lejano ialto, quién va! de nuestras avanzadas.

—Cuba!—contestó una voz.

—¿Qué regimiento?—volvió a preguntar la guardia.

—“¡Maceo!”—contestaron de nuevo.

—“¡Que avance uno!”—dijo el centinela, levantando el rifle.

Sorprendidos con las voces, habíamos corrido a tomar posiciones.

La luz opaca de la mañana por venir nos envolvió en una semisombra, a través de la cual y a la distancia divisamos un jinete, caballero en una enorme mula, de gran sombrero de jipi-japa, bandolera terciada, enormes botas, traje de dril, revólver y machete al cinto. ¡Era Nestor Arangúren, el célebre jefe del “Regimiento de caballería Maceo!”¹⁶ Aparecía como una sombra, como algo imprevisto y fulminante, destacándose erguido y arrogante en medio del silencio y la solemnidad de la aurora.

Se dió a reconocer y siguió avanzando seguido de su escolta.

Entonces pudimos verlo de cerca.

—“En Patria y libertad”—dijo saludando militarmente.

Era alto, delgado y musculoso.

Apenas asomaba un finísimo bigote bajo su nariz de águila, fina, bien modelada, llena de pasión, como sus dos ojos de un negro encendido y fulgurante.

Era Nestor Arangúren.

El bohío estaba al pie de una lomita mui poco pronunciada y nuestros tres centinelas se avanzaban a una cuadra de él.

Recibimos orden de no salir del rancho o bohío y descansábamos confiados en que el ¡quién va! de

¹⁶ En realidad, Aranguren, de solo 24 años de edad, era el jefe del Regimiento de Caballería Habana.



nuestros centinelas nos prevendría a tiempo de cualquiera sorpresa de la guerrilla del ingenio próximo, cuando sentimos tropel de jente a pié.

—¡Alto, quién va!—gritaron los centinelas.

¡Era tarde!

—España—contestaron los soldados del Cuenca, disparando sus rifles.

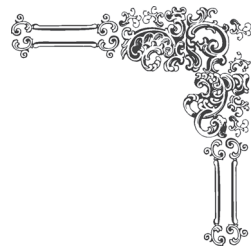
Habían tomado por retaguardia a nuestros centinelas!

Arangúren, empuñando su machete con la derecha y con la izquierda su revólver, dió orden de retirada loma arriba, hacia el interior de la Manigua.

Los tres centinelas, al tratar de replegarse, separados de nosotros por la guerrilla del Cuenca, cayeron de bruces sobre el campo.

¡Eran los tres primeros compañeros de viaje que caían para siempre, veinticuatro horas después del desembarco!

He aquí el primer “¡Quién va!” cubano y el primer “¡España!”—español.



III

Punta Brava

¡Donce de Picadura!

Seguimos internándonos hasta que coronamos la cresta de una lomita que nos habria recordado el San Cristóbal, si no hubiéramos ido recordando al Cuenca...

Arangüen le dió algunas instrucciones al negro que servia de guía.

—A cuatro horas de marcha podremos estar en un campamento bueno y seguros de que encontraremos al regimiento Habana, mandado por el coronel Arango.¹⁷

Seguimos un *trillo*, como se les dice en Cuba a los caminos.

Luego sentimos hambre, mucha hambre; pero las provisiones habían caído en la sorpresa y estarían entre los dientes de los soldados del Cuenca!...

No llevábamos otra provisión que doscientos tiros.

Seguíamos la silenciosa marcha, cuando el negro se paró de improviso y gritó: ¡Cuba!

Era que en lo más paradito de un monte que teníamos al frente se divisaba un centinela, tendido en observación, y que gritaba:

—¡Alto, quién va!

La misma frase, ni más ni menos, que le habia costado la vida a los tres camaradas.

Llegamos a la primera guardia, compuesta por un peloton de hombres descalzos y casi desnudos.

¹⁷ El coronel habanero Raúl Arango Solar era jefe del Regimiento de Infantería Habana.

—¡Diablos! ¡Cómo pueden ser éstos, nos dijimos, los que pelean con un ejército como el español!

Parecía mentira o milagro.

Aquellos pobres, amarillos, enflaquecidos, con la barba crecida y los ojos hundidos, nos miraban con envidiosa curiosidad, como diciéndonos: Regalones!...

Llegamos ante Arango. Era—¡pobre muchacho!—pálido y rubio.

Nos miró como cualquier cosa y dió orden de que nos incorporásemos a sus fuerzas.

Nos tocó, pues, quedar de soldados de la segunda cuarta de la segunda compañía.

La poesía, esa vida aventurera y alegre de las montoneras, todos los atractivos que tanto nos habían encantado desde la distancia, empezaban a desaparecer, a desvanecerse.

Eramos dos soldados, dos simples soldados, humildes, oscuros, que íbamos a quedar de un repente con los huesos largo a largo.

—¿Dónde estamos?—les preguntamos, por preguntarles algo, a otros soldados.

—En la provincia de La Habana y vamos a volver por un camino diverso al mismo sitio en que desembarcamos.

Al día siguiente pasamos por Punta Brava.¹⁸

¡Ahí, ahí no mas, en ese corralito cercado de palmas, murió Maceo!

La casualidad nos topó con uno de los testigos.

—¿Y cómo fue?

El testigo encendió un cigarro de hierba y se quedó un rato en silencio, como compajinando sus recuerdos.

—El general—empezó el narrador—cambió visiblemente de humor desde que pasamos la trocha

¹⁸ Poblado cercano al sitio donde murió Antonio Maceo, Lugarteniente General del Ejército Libertador, el 7 de diciembre de 1896.



de Mariel. Le halló mal olor a la cuestión. Es la cosa: vió claro que la guerra se ponía mas seria que nunca, puesto que Weyler activaba sin descanso sus operaciones para pacificar la provincia de La Habana. Desde luego, en el campamento de “La Merced”, donde debían esperarlo con caballos, tuvo que quedarse plantado más de cuarenta y ocho horas, lo que le daba en todo la contraria a sus planes. Estábamos en la puerta del horno, es decir, a unas cuantas cuadras de Mariel. Eramos veinticinco. Una noche, el jeneral se acercó gateando hasta un centinela español, y cuando ya estaba a un paso de él, saltó como un tigre y lo agarró del pescuezo, sin hacer más ruido que el que dejaba sentir después un cuerpo que caía pesadamente al suelo.¹⁹

A poca distancia del campamento se divisaban grandes humaredas: eran las fuerzas españolas que incendiaban los ingenios y los establecimientos de molienda.

La lluvia no cesaba un instante, manteniéndonos hechos sopa.


De tanto comer caña seca ya no nos quedaba mas que uno que otro pedazo de muela.

—“No tengo caballos”—le oímos decir al jeneral, cruzado de brazos, mirando hácia las líneas españolas.

“Hai que romper la trocha y pasar a tiro limpio”—agregó.²⁰

¹⁹ El malestar del general Antonio Maceo durante su espera en el campamento de La Merced fue real; sin embargo, la referencia a la supuesta acción del general contra el centinela español, tiene tintes de leyenda. Ni el general de división José Miró Argenter, su jefe de Estado Mayor, ni ninguno de los jefes que lo acompañaron en el paso de la trocha de Mariel, recoge el testimonio de esta acción, por demás poco probable, si se tiene en cuenta el control que sobre el general mantenía su escolta.

²⁰ Para este momento, ya el general Antonio Maceo había cruzado la trocha de Mariel a Majana.



A la una de la madrugada de ese día llegó el coronel Sartorio²¹ a conferenciar con él. Al día siguiente seguimos hacia un pueblecito llamado Banes. Por el camino encontramos una familia cubana que iba de paseo. El jeneral estuvo muy amable y recuerdo,—continuó el narrador escupiendo el pucho—que una de las señoras le pidió alguna de las prendas que llevaba encima. Le pasó una pequeña joya diciéndola: “Antes que caiga en manos del ‘tío Weyler’.”

—Yo le enviaré una estrella—le dijo la señora.

Seguimos nuestra marcha y pernoctamos en una colonia del ingenio de Baracoa, y a las tres de la mañana del día siguiente nos dirigimos hacia el lugar en que debían estar reunidas las fuerzas que operaban sobre la línea del oeste.

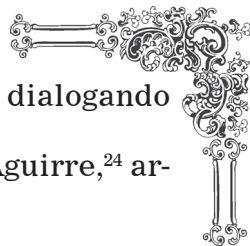
Atravesamos la calzada de Hoyo Colorado y solo al amanecer nos desmontamos. Proseguimos a San Pedro,—San Pablo estaba no muy distante,—donde nos esperaba el brigadier Sánchez.²² Al llegar, el jeneral fue aclamado. Contó sus fuerzas y apretó la cincha... Éramos doscientos cincuenta hombres de caballería y las nueve de la mañana. El terreno estaba cubierto de malezas y lleno de piedras, lo que era malo por si tenía que maniobrar la caballería. Llegó en ese momento el comandante Hernández, pues una columna que había salido de Hoyo Colorado se encaminaba a Punta Brava.

—“Organice el servicio para mañana”—le dijo al jeneral Miró.²³

²¹ Ricardo Sartorio Leal, general de brigada del Ejército Libertador, en los momentos del cruce de la trocha por el general Antonio Maceo, era jefe de la Brigada del Oeste de La Habana.

²² El general Silverio Sánchez Figueras, jefe de la 3ra Brigada del 5to Cuerpo del Ejército Libertador, en La Habana, fungía como jefe del campamento de San Pedro, el día que fue sorprendido y muerto el general Antonio Maceo.

²³ El general de división José Miró Argenter, catalán y jefe del Estado Mayor del Lugarteniente General Antonio Maceo, fue autor de la obra *Crónicas de la guerra*.



En seguida agregó el jeneral, como dialogando consigo mismo:

—“Nada, que si esta noche no llega Aguirre,²⁴ armamos un escándalo”.

—¿Dónde?—le preguntó Miró.

En Marianao.

En seguida se puso a conversar con el mismo jeneral.

—“Cuando lleguemos a Matanzas—le dijo—usted seguirá para el Camagüey con el hijo del jeneral Gómez.²⁵ Me temo que a este muchacho le peguen un balazo el mejor día; ya le han tocado y es mui belicoso”.

—No quisiera separarme de usted, le dijo Miró, quien ya mui luego iba a tener que *mirar* muy bien.

Llamó al jeneral Díaz²⁶ para determinar con él en el mapa la zona de operaciones de la primera division del cuarto cuerpo y en seguida mandó hacer café.

—Léanos el capítulo sobre mi “Compadre Martinete”²⁷ le dijo a Miró. Se refería a una obra inédita de este jeneral.

En esto estábamos cuando se sintieron tiros.

El jeneral pidió su caballo y se puso las espuelas. Las balas empezaban a zumbar a nuestro alrededor. Maceo desenvainó su machete y recorrió el campo de operaciones en todas direcciones.

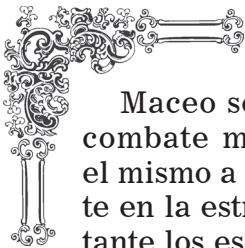
El campo de la accion estaba situado en la finca de “San Pedro” de Punta Brava y tenia hácia el norte dos grandes cercas de piedra y una de alambres.

²⁴ Referencia al mayor general José María Aguirre, a quien esperaba el general Antonio Maceo para atacar la capital del país.

²⁵ El capitán Francisco Gómez Toro era hijo del General en Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez, y cayó en combate defendiendo el cadáver de su jefe, el general Antonio Maceo, el 7 de diciembre de 1896.

²⁶ El mayor general Pedro Díaz Molina, quien poco después fue jefe del 6to Cuerpo del Ejército Libertador; fue compañero del general Pedro Vargas durante la Invasión y la campaña de Pinar del Río.

²⁷ Así le decían a Martínez Campos. (*Nota de Dublé.*)



Maceo se detuvo bajo un palmar para seguir el combate mientras llegaba el momento de entrar el mismo a la refriega. Afirmó la punta de su machete en la estribera y se quedó meditando. En ese instante los españoles atacaban la guardia que vigilaba el camino del noroeste. No se demoraron mucho en arrollarla y con tal ímpetu que Maceo preparó un grupo de sus mejores jinetes.

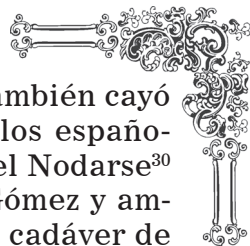
—“¡Al machete!”—gritó, levantando el brazo, picando espuelas, soltando la brida y volviendo la cabeza como para electrizar a su jente.

La carnicería fué horrorosa y en el campo quedaron algunos rifles españoles cortados en dos partes de un solo machetazo.²⁸ Pero la infantería enemiga empezaba a deslizarse por detras de la primera cerca, llegando hasta el frente del palmar a que volvía al galope el jeneral.

Dirigió personalmente el ataque en este punto, y tan pronto como disminuyeron los fuegos, se volvió sobre el extremo opuesto y penetrando por entre dos cercas, se aproximó hasta sesenta metros de las trincheras enemigas, lo que era una temeridad porque, en efecto, como si los españoles lo hubieran visto, el fuego hacíase cada vez mas vivo y nutrido. Lo veíamos como estamos viendo aquellas *yaguas*—prosiguió el narrador señalando unas palmitas.—El jeneral dijo que iba a dar una nueva carga y le ordenó a su ayudante Díaz que “empujara la jente para la izquierda”, tocó en seguida en el hombro con la punta de su machete a Miró y haciendo sonar las espuelas, le dijo: “Esto va bien, jeneral”.

Y en el acto cayó desplomado de su caballo: una bala, atravesándole el maxilar superior, le perforó el vientre. ¡Estaba muerto!

²⁸ En el Museo de La Habana consérvanse varios de estos rifles.
(Nota de Dublé.)



Se inclinó Díaz para reconocerlo y también cayó mortalmente herido.²⁹ Era indudable: los españoles nos habían visto. Llegaron el coronel Nodarse³⁰ y el teniente Gómez, hijo de Máximo Gómez y ambos se derrumbaron de bruces sobre el cadáver de Maceo, en su intento de salvar su cuerpo. El jeneral parecía así un padre rodeado de los hijos que hubiesen corrido a salvarlo.

El mismo general Miró se sintió herido. El caballo de Maceo tenía tres balazos. No quedaba mas que Souvanell³¹ de sus ayudantes. Y, sin embargo, los españoles, haciendo llover el estermínio en aquella zona de la muerte, no avanzaban, como si no hubieran querido perder un solo detalle del terrible drama que observaban desde lejos, porque a Maceo hasta muerto habia que verlo desde lejos. El unico, el último defensor del cadáver del jeneral, se retiró ya herido en busca de jente con que poder llevárselo.

Los españoles avanzaban en ese momento y mui luego estuvieron ante el caudillo muerto, a quien no tocaron, queriendo hacer al más empecinado de sus enemigos el homenaje caballeroso de no tocarlo. Un grupo de veinte hombres cargó sobre el sitio en que habia caído el jeneral y los españoles se retiran dejando en el campo los cadáveres de Maceo y el chico Gómez. Era la oracion.

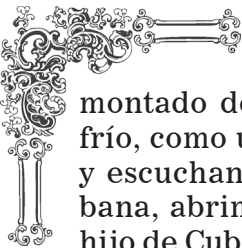
Ibamos a enterrarlos. Alumbrábamlos con algunas velas encendidas. El cielo estaba sereno, sin una nube; solo el corazón de los presentes yo no sé cómo estaria.

Se decidió, sin embargo, no enterrarlos allí y después de sacarle al jeneral su anillo y sus cartas, seguimos con él; caminamos toda la noche, llevándolo

²⁹ El general Pedro Díaz no estuvo entre los heridos en la acción.

³⁰ Alberto Nodarse Bacallao alcanzó el grado de general de división. Fue herido de gravedad en la acción de San Pedro al intentar rescatar el cadáver del general Antonio Maceo.

³¹ Nicolás Souvanell era capitán ayudante del general Antonio Maceo.



montado delante de la silla y sintiéndolo ríjido y frío, como una estatua. Al amanecer, bajo el follaje y escuchando las salvas de las fortaleza de la Habana, abrimos una misma fosa para aquel padre e hijo de Cuba esclava y nos despedimos para siempre. Al lado de ellos quedó velando una palma, que todavia se cubre de albores en la mañana y de oro a la hora del ocaso.

El narrador quedó en silencio, y en silencio, sin decirnos ni una sola palabra, seguimos marchando.³²

En nuestro poder las armas que despues de nuestro desembarco habíamos dejado escondidas, lo que no fué óbise para que los españoles descubrieran una parte, y contando por consiguiente, con municiones en abundancia, cuya escasez era la única causa de que no presentáramos combate con mas frecuencia, nos empezamos a preparar para una grande.

Aranguren le hizo avisar al jeneral Mayía Rodríguez,³³ jefe del departamento Occidental de la Revolucion, que se preparaba para plantarse como un solo hombre en los montes de Ponce de Picadura.

—Así es, pues, que mande, jeneral, cuanta tropa pueda, porque el tropezon va a ser grande,—le decia al gallardo Aranguren al prudente Mayía Rodríguez.

Marchábamos por un valle reverdecido, salpicado de colores que daban gusto, que alegraban el alma. Allá a la distancia, elevando sobre el cielo sus flancos, sombreados por la verdura y tostados por el sol, divisábanse las cordilleras de Ponce de Picadura.

³² La versión narrada a Dublé de la muerte del general Antonio Maceo coincide en los elementos fundamentales con aquel nefasto suceso, aunque es imprecisa en algunos detalles.

³³ El mayor general José María Rodríguez era jefe del Departamento Occidental. Martí lo había calificado como el más virtuoso de los compañeros.



Ese era el punto designado para “hacernos fuertes”, según la espresión tan popular en Chile y tambien en Cuba.

La expectativa de un combate tenia la propiedad de despertar un humor excelente entre las tropas cubanas, las cuales, conjuntamente con sus deseos de pelear, hacian grandes y risueños proyectos gastronómicos, porque la única ocasion en que comian carne era cuando podian arrebatarle en algún combate sus caballos “a los gringos”, como llamaban a sus temibles adversarios.

Frente al valle, los montes de Ponce de Picadura eran sencillamente inaccesibles, intrepables.

Habia que franquearlos por completo para subir a ellos.

Así lo hicimos, en efecto, llegando hasta sus crestas, defendidas por una vegetación tupida y vírjen, a traves de la cual había que abrirse paso a machetazos.

Con el rifle a la espalda y agarrándonos con manos y brazos, piernas y piés, ocupamos la cima, desde la cual se divisaba el valle cubierto con los bajidos y vapores que en inmensa irisación emerjían de la tierra.

Grandes rocas de granito rodeaban las cumbres, formando trincheras que, ni aunque hubieran estado mandadas hacer para esperar a los españoles, habrian sido mejores ni más apropiadas.

Después de distribuir las guardias y vigías y de *chapear* el terreno, se hizo la bandera de Cuba en lo mas alto de una *caña brava*. Llamábamos, pues, a las columnas españolas que circulaban en todas las direcciones de la provincia, sin poder cumplir los deseos del jeneral Weyler de pacificarla por completo.

Se fortificó el camino que por retaguardia daba acceso al monte, construyéndose ahí tres trincheras sucesivas, es decir, paralelas.

Dos días demoraron aquellas operaciones preliminares, dos días durante los cuales fluían de todas

partes partidas cubanas que venían a todo galope a tomar parte en la acción.—Teníamos más de dos mil quinientos hombres.

Y los españoles ¿qué diablos se habian hecho?

Con nuestros cuatro cañoncitos dinamiteros nos parecia tener mas artilleria que los ingleses en el peñón de Gibraltar. ¡Bien es cierto tambien que esos cuatro cañoncitos estaban mandados por el capitan americano Campbell!³⁴

Tambien había llegado una cantidad de jenerales rebeldes: el colombiano Rosas,³⁵ Cárdenas³⁶ i varios otros.

Desde la altura divisábamos el pueblecito de Aguacate, ocupado por los “gringos”, como hemos convenido en que llamábamos a los españoles.

La bandera de Cuba Libre seguía ondeando en la punta de la *caña brava*, desafiando a los españoles.

La caballería se apostó al pie del monte, esperándolos de mampuesto.

Realmente era una desconsideración que nos hicieran esperar tanto. Ni nosotros mismos lo creíamos, porque ellos habían probado en repetidas ocasiones que no eran hombres de esperar ni de estar esperando que les metieran por las narices una bandera rebelde.

Además, nosotros los deseábamos vivamente, por aquello de que sin pelea no había caballo asado...

³⁴ En las filas del Ejército Libertador durante las tres guerras por la Independencia, era común la presencia de combatientes estadounidenses.

³⁵ El general de división Avelino Rosas Córdova, colombiano, había conocido al general Antonio Maceo en Costa Rica. Después vino a Cuba en la expedición del *Bermuday* y tuvo por compañero al chileno Arturo Lara Dinamarca, con quien había naufragado anteriormente en el *Hawkins*.

³⁶ El general de división Rafael de Cárdenas era el conductor de la expedición del *Sommers N. Smith*, en que vino a Cuba Carlos Dublé.



Antes que todo, se necesitaba una docena de caballos asados, con o sin sal...

A las siete y media de la mañana, más o menos, se entiende, los vijías anunciaron que el enemigo se acercaba.

En efecto, aproximábase por nuestro frente una larga columna con vanguardia de caballería.

No serían menos de dos mil los españoles que se acercaban, como si vinieran rectamente a encontrarse con la bandera cubana, que ondeaba en el centro de nuestra posición.

La segunda compañía del Regimiento la Habana, a la cual pertenecíamos, ocupaba una de las trincheras más avanzadas.

Los españoles se acercaron hasta doscientos metros, formando frente a nosotros una larga línea de fuego que aun no empezó hasta que se acercaron más. Sentíamos ya las voces de mando de los oficiales y una lluvia de balas pasó volando i silbando por nuestras cabezas.

—Dublé—le dije a mi compañero—digámonos nuestra última voluntad...

—Cállate m...—me contestó, apuntando el rifle.

—¿Vistes?—me preguntó en seguida.

—¿Qué?

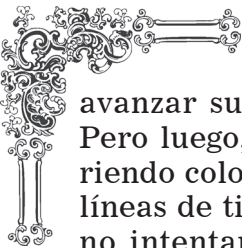
—Un español menos.

Y agazapados tras las rocas disparábamos sin consideración de ningún jénero sobre todo español que asomaba la cabeza.

Ellos hacían fuego por descargas cerradas, mientras tanto que nosotros proferíamos el graneado, que es mucho más cómodo puesto que permite apuntar con toda calma y mala intencion.

El humo ondeaba subiendo del valle a la cumbre y bajando de ésta a aquél. A través de sus claros percibíamos perfectamente las filas enemigas espaciadas ya por los efectos de nuestra mortífera fusilería.

Debieron ver los pobrecitos que su situación iba haciéndose cada vez más crítica, porque hicieron



avanzar su caballería con grandes precauciones. Pero luego, picó espuelas y agachó la cabeza queriendo colocarse bajo el ángulo muerto de nuestras líneas de tiro. Sin embargo, más les hubiera valido no intentar tan temeraria y arriesgada empresa, porque al mismo tiempo que avivamos el fuego, lo suspendíamos momentáneamente, mientras caía sobre élla la macheteada más feroz de que hai memoria.

Era imposible dominar el conjunto de aquel cuadro horrible en que, en medio del humo, se veía el chispear de centenares de sables y machetes culebreando furiosamente en el aire. Había que concentrar la atencion en un punto dado, y no tardamos en fijarnos en dos combatientes que habían quedado un poco distanciados del grueso de la pelea. Eran un negro y un oficial español, batiéndose en duelo a muerte,—duelo mudo i silencioso cuyo desenlace no venía aun, prolongado por la destreza de los dos combatientes.

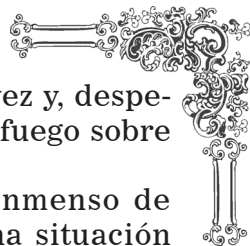
El negro barajaba con lijereza admirable los golpes en cuarto del jinete español, y alzando el cuerpo, después de parar el golpe, tiraba también, pero siempre a la altura de la cabeza. ¡Era un verdadero duelo! La atencion se concentró muy luego en los dos belijerantes cuyas intenciones no era difícil adivinar.

—El negro quiere la jícara—dijeron a nuestro lado.

Y junto con decir esto, el español caía, espada en mano.

El mambí le había volado toda la parte posterior de la cabeza. En efecto, pues, había dejado sin jícara al español.

Entre tanto, el combate continuaba cada vez mas encarnizado, pero el éxito no podía hacerse esperar y los últimos sobrevivientes de la caballería enemiga volvieron grupas dejando a la mayoría de su compañeros en el campo.



La caballería mambí se retiró a su vez y, despedido el terreno, rompimos de nuevo el fuego sobre las raleadas columnas españolas.

Respiramos, sintiendo un placer inmenso de vernos vivos, de estar colocados en una situación inexpugnable, de haber derrotado al enemigo i de haberle hecho tantas bajas.

Estábamos pensando en si acaso sería mejor que nosotros no le hubiésemos dado el bajo a nadie, cuando a unos cuantos pasos de nosotros asomaron las cabezas dos españoles.

Los alcanzamos a ver: eran mozos simpáticos, robustos y sin pelo de barba.

Levantamos los Mauser e hicimos fuego...

¡Qué habíamos hecho!...

—Los habíamos asesinado a treinta pasos de distancia. Y, sin embargo, eran jóvenes como nosotros y con tanto derecho a vivir como nosotros también.

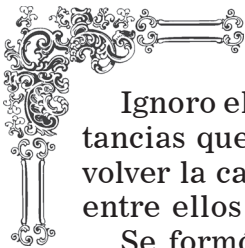
—Los hemos muerto—le dije a Dublé con profunda tristeza.

—¿No serían los de aquella mañana, los del Cuenca?, me preguntó, como queriéndome decir: chico, no seas lesa; ellos también venían a eso, a matarnos.

Los españoles empezaban a retirarse, convencidos de que no podrían asaltar nuestras posiciones.

Se escuchaban toques de cornetas y a medida que el humo principiaba a disiparse y a ralear los disparos, veíamos al enemigo recojiendo sus heridos, algunos de los cuales, al caer instantáneamente muertos, al rodar abismo abajo, habían quedado cabalgando, trágicamente suspendidos, en algun saliente filón de roca.

La caballería mambí salió otra vez a cancha y sus machetes centelleaban de nuevo el exterminio sobre las derrotadas columnas que, sorprendidas por completo, no tuvieron tiempo de formar el famoso cuadro.



Ignoro el número de jícaras que en estas circunstancias quedaran en el campo; pero, en cambio, al volver la caballería, traía treinta y dos prisioneros y entre ellos seis cubanos.³⁷

Se formó en el acto un tribunal para juzgarlos. Presidió Arangúren y el tribunal se constituyó debajo de una palma, a cuya sombra iban a descansar para siempre los traidores.

—Como la jente estaba fatigada con la pelea y el fallo no era dudoso, se les ordenó a los prisioneros cubanos que abrieran un hoyo... por lo que pudiera suceder. Terminaban esta operación horrible, cuando el tribunal sentenciaba de que fueran inmediatamente ejecutados, en presencia de los prisioneros españoles.

Estábamos aterrorizados. No habríamos podido hablar. Se buscaron seis machetes bien afilados y otros tantos brazos bien robustos, y después de parar a los prisioneros junto al hoyo que acababan de abrir, se les dijo que iban a ser ejecutados y que dijeran su última voluntad. ¡Qué resignación la de aquellos infelices!

Se diría que para no padecer mas deseaban salir cuanto antes de Cuba, del mundo...

La resignación mas silenciosa, casi dulce y compasiva, vagaba en sus fisonomías en ese instante horrible en que talvez recordarían las palmas lejanas, el platanar natal, la hamaca de la infancia.

No contestaron una palabra y a una señal del oficial, los seis machetes de retaguardia, dándoles con precisión admirable en la parte posterior del cerebro, les volaba medio cráneo.

Estaba visto: los cubanos tenían una predilección especial por las jícaras...

³⁷ Los prisioneros españoles eran correctamente tratados por los insurrectos. Muchos de ellos incluso se pasaron a sus filas. En cambio, los cubanos al servicio de España, una vez aprehendidos, eran condenados a muerte.



Hambre y todo se nos espantó por completo después de esta operación terrible.

En seguida se mandó un emisario al pueblo cercano para que los españoles vinieran por sus prisioneros y sus heridos.

Al anochecer, el hambre, disipando de una manera absoluta los nubarrones de pesimismo, de pena y de tristeza que emergían de nuestro corazón, mostrándonos la tranquilidad ya lejana y a que acaso no volveríamos más, nos hizo acercarnos a una fogata en que asaban un gran trozo de carne de caballo.

Nos sentamos ante el fuego, cruzando los brazos sobre las piernas. Una misma luz nos bañaba a todos en una lumbre rojiza que fijaba vagamente nuestras pupilas en el fuego.

Nuestros nervios se sublevaban en una irresistible crisis de sentimentalismo después de las emociones terribles del día.

Y al fin de todo, ¿por qué estábamos ahí?

Y entre la ceniza del fuego parecía reaparecer aquella última carta sin contestación... Un movimiento inconsciente nos hizo mirarnos el traje sucio y ya casi destrozado: tenía manchas de sangre...

¡Cómo y dónde podría habernos saltado esa sangre!...

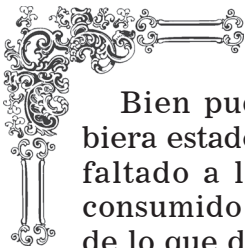
En ese instante nos pasaron un gran trozo de carne.

Después de aquel banquete de carne de caballo, llegó preguntando por nosotros al campamento un individuo de unos treinta y dos años, alto, bien hecho y de un aspecto poco tranquilizador.

—¿Ustedes son chilenos?—nos preguntó.

Y al contestarle que sí, nos abrazó con efusión, diciéndonos que él también era chileno y que se llamaba Manuel Marcoleta.

De tal manera que no éramos los únicos “chilenitos” que prestaban su cooperación a la causa cubana.



Bien pudimos decir entonces, si el humor hubiera estado mejor, “ya somos tres”; pero habríamos faltado a la verdad, porque el pobre Marcoleta, consumido por la fiebre, ya no era ni una sombra de lo que debió ser. Estaba gravemente enfermo de paludismo, y a poco de estar con nosotros cayó al suelo tiritando de una manera incontenible.

Lo llevamos donde pudiéramos hablar y cambiar ideas sin que fuéramos oídos. Porque necesitábamos hablar y explicarnos entre compatriotas, ya que, al fin y al cabo, no teníamos otro testimonio de la nacionalidad de Marcoleta que su propia aseveración.

—Aquí he venido—nos dijo—a pelear por esta causa justa.

Marcoleta era uno de los tantos oficiales en cuyo pecho prendió de una manera incontenible el amor a la causa cubana. Dejó a un lado todo porvenir, galones, estudio y familia; se echó a la espalda un modesto equipaje, y se subió a la cubierta de un vapor a Panamá y de ahí a Nueva York.

¡Qué estenuado y sin fuerzas estaba!

Nos dijo que en Chile había dejado una novia con quien se casaría si volviera.—El pobre soltó el llanto.

—Pero, lo que es yo, no vuelvo, tengo la seguridad, estoi mui enfermo, agregó. En este mismo monte, prosiguió, está Federico Glaber, teniente en Chile del regimiento número 2 de infantería y que tan buenos recuerdos dejó de su guarnición en Angol, como alegre y festivo fuera del cuartel, y cumplidor como un diablo dentro de él. ¡Pobre rucio Gabler!... ¿Ustedes no lo conocen? Es así: alto, de bigotico rubio, ojos azules, pera, echadito para atrás y mui bravazo. Está muriéndose y no pasará de hoi o mañana.

¡Pero, qué noticias nos estaba dando nuestro recién llegado compatriota! Nos volvíamos oídos escuchándolo, mientras soplábamos el fuego con nuestros grandes sombreros de jipi japa.



Abstraídos a veces con sus tristes relatos, nos quedábamos inmóviles, y en la oscuridad, la cual disipábase de cuando en cuando, bañándonos en fugaces tintes rojizos, al ajitar de nuevo los sombreros.

—Y en la campaña, ¿cómo le ha ido?—le preguntamos.

—Bien, nos contestó, mostrándonos una gran herida que por falta de medicinas no había podido curarse y que, como todas las heridas en Cuba, a causa del clima, empezaba a agusanarse, en completo estado de putrefacción.

Le dí un topón por debajo a mi compañero:

—¡Dónde nos hemos venido a meter Dublé, por Dios!...

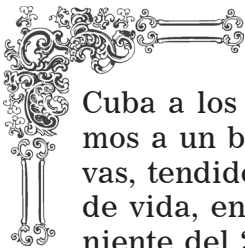
Marcoleta se espolvoreó tierrecita en su herida y en seguida nos preguntó si teníamos tabaco. De buenas ganas le hubiéramos dado; pero de dónde *pecata mea*, si hacía una cantidad de días que no conocíamos otro humo que el de la pólvora.

Como una de las cosas que con más rapidez desarrolla la vida de campaña es la franqueza, empezamos a tutearnos como viejos amigos:

—Mira, Marcoleta, le dijimos, nosotros quisiéramos ver al pobre Glaber y hacer algo para salvarlo.

Marcoleta se sonrió melancólicamente.

Pero no nos conformamos con el escepticismo de su sonrisa y pedimos permiso al capitán de nuestra compañía para ir a ver al compatriota enfermo. Se nos concedió, como era natural, y partimos inmediatamente, alejándonos de las guardias a unas cuantas cuadras de distancia. Y gracias a Dios que el capitán Gabler no estaba mui lejos, porque a haber sucedido así, habríamos tenido que renunciar a verlo, pues era imposible avanzar a causa de que nos oponían dos impenetrabilidades: la de la noche y la del tupido manigual en que habían dejado al infortunado y valeroso patriota. Seguimos avanzando por un trillo ciego, como llaman en

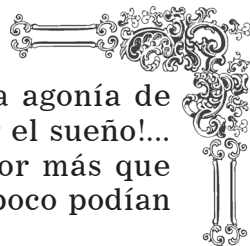


Cuba a los caminos impracticables, y por fin llegamos a un bohío en esqueleto, en una de cuyas cuevas, tendido en unos palos y dando apenas señales de vida, encontramos al antiguo y pundonoroso teniente del 2do de línea. ¡Y en qué estado lo encontramos! De aquel apuesto teniente de grandes ojos azules y bien plantado como nadie, y del cual conserva sus dos o tres recuerdos el apasionado corazón de alguna angolina, no quedaba más que un esqueleto, sobre el cual pegábase la piel amarillenta y exhausta. A través de la barba crecida y abrupta, multiplicábanse los insectos más asquerosos, y a través de sus labios, anhelosamente entreabiertos por la fiebre, descubríanse las encías taladas por la caña. Ni él nos reconoció a nosotros, ni nosotros a él. Y mal podría habernos reconocido, puesto que no abría los ojos. Nada habíamos hecho por él ni nada nos restaba por hacer. ¡Triste impotencia!

—¡Adios, Gabler!—le dijimos, sabiendo que no nos habría de oír sino en la eternidad, y nos alejamos en silencio, de vuelta al campamento, en que todo estaba listo para esperar, al amanecer, el segundo ataque de los españoles. Eran las nueve de la noche. Una hora después un negro vino a darnos aviso de la muerte de Gabler. Salimos de nuevo del campamento para cumplir con él los deberes de cristianos: lo envolvimos en una hoja de yagua y así, con nuestros últimos adioses, se lo entregamos a esa tierra empapada en sangre.

La noticia de la derrota de la columna española había llegado ya a la Habana seguramente, porque desde las diez de la noche sentíamos patente movimiento de trenes entrando apresuradamente, traídos a revienta calderos por Weyler. Ahí venía, pues, el desayuno con que nos iban a obsequiar al día siguiente mui de alba.

Y nosotros que, con las encontradas impresiones de aquella tarde y aquella noche en que de las



ejecuciones habíamos pasado a ver la agonía de un compatriota, no podíamos conciliar el sueño!...

Afortunadamente, los españoles, por más que tuvieran muchas ganas de pelear, tampoco podían tenerlas todas consigo.

Estábamos sentados pensando,—serían las doce de la noche—cuando percibimos una sombra que se acercaba. Nos quedamos quietos y sin respirar, después de echar mano a los *revólvers*. La sombra se acercó más y más y casi al pasar a nuestro lado pudimos reconocer a Arangúren que se deslizaba como un fantasma, recorriendo el campamento.

Tras un sueñecito que pasó por nosotros como una ráfaga refrescante, la aurora y el sol empezaron a asomarse i a decirnos ¡buenos días! entre vapores de oro y a través de yaguas, platanares y cafe-tales.


En el campamento no había más que una corne-ta; pero como era preciso que los españoles creye-ran que eran muchas para que se imaginaran que teníamos la mar de jente, la pobre y abollada cor-netita iba, alborozada y traviesa, de un extremo a otro tocando regocijada diana en todos los rinco-nes de nuestro escarpado campamento.

Ya era tiempo: a las seis de la mañana distin-guíamos perfectamente tres grandes columnas es-pañolas que venían hacia nosotros.

La fiesta iba a estar interesante y luego vería-mos si la bandera cubana seguiría o nó braveando en lo alto de la *caña brava* en que flameaba.

Nuestra caballería subió la loma por la parte sud-este, donde teníamos plantadas las trincheras triples y se colocó a 250 metros de la última, en emboscada.

Siguió avanzando una de las columnas españolas, mientras las otras dos agarraban por el este con las más manifiestas malas intenciones de flanquearnos. Pero no tenía, por fortuna, aquella posición por dón-de acercársele.



A corta distancia, como quien tira naranjas con la mano, rompió el fuego la artillería con tiros poco certeros.

Entre tanto, la infantería nos entretenía haciéndonos descargas cerradas para dar tiempo a que sus dos columnas nos flanqueras.

Los cubanos, por su parte, no tardaron en comprender el movimiento y seguros de poder rechazarlos, redoblaron las fuerzas parapetadas tras las trincheras triples y se quedaron sin decir... estos fusiles son nuestros. La táctica del silencio, hasta en las batallas y cuando los enemigos están frente a frente, suele dar buen resultado.

De cuando en cuando, de entre los arbustos salían algunos jinetes, sobre los cuales disparábamos en seguida.

Eran sus más temerarias avanzadas reconociendo nuestras posiciones a cincuenta o sesenta metros.

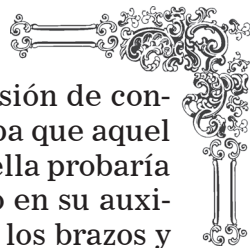
Salir de aquellos matorrales para acercársenos y pulsearnos equivalía a la heroicidad de una muerte segura.

En una de estas salidas distinguíamos perfectamente a un oficial español de alta graduación. Avanzó solo, y con admirable tranquilidad sacó su anteojó y empezó un minucioso reconocimiento ocular.

—¡Qué calma chicha la del tío ese!—me dijo Dublé.

Sin embargo, como no estábamos para dejarnos tomar el pelo, le hicimos algunos disparos tan certeros que su caballo cayó en el acto arrastrándolo en la caída.

El valiente oficial empezó a hacer esfuerzos inauditos por querer desasirse para retirarse; pero todo era inútil, y aplastado por el peso de su animal, seguía preso y esperando la muerte. Veíamos perfectamente cómo daba vuelta la cabeza en demanda de auxilio y aun más, lo que parece mentira, hallándonos en guerra y con enemigos de un valor tan sin necesidad de pruebas como el español, dejamos nosotros



de hacer fuego, reservando a otros la misión de concluir con aquel valiente. Pero dicho estaba que aquel cristiano no moriría ese día y que su estrella probaría ser de la mejor calidad. Se acercaba uno en su auxilio... Pero de repente soltó el rifle, abrió los brazos y cayó de espaldas con todas las apariencias de querer conservar esa posición por los siglos de los siglos. Se acercó otro, lo mismo. ¡Qué horror! Aquello era una cacería humana, dramática, trágicamente interesante; pero fría, calculada y sin las exaltaciones y sacudidas de los verdaderos combates.

Mejor era volver la cara, no ver, apuntar a otra parte. Y al volver a mirar, vimos que un soldado español corría hacia el jefe aplastado por su caballo y arrancándolo de un tiron volvía a internarse con él en el bosque.

El tiroteo era ya jeneral en esos instantes y por vanguardia, retaguardia y flancos rodeábamos una cintura de fuego: lo que los españoles llamaban un *copo*. Sin embargo, los cubanos no estaban dispuestos a dejarse copar tan fácilmente: colocaron un cañón a vanguardia, otro a retaguardia y uno en cada flanco, y empezaron a hacer fuego certero, mui pausado.

—¡Fuego lento! decían los oficiales, dando ellos mismos el ejemplo.

De este modo, los cubanos aprovechaban tiro a tiro todos los cartuchos que con tantos sacrificios les enviaban de Tampa, Key West y Nueva York.

Los españoles, en cambio, cegados por su valor temerario disparaban enfurecidos, haciendo derroche de municiones. ¡Cómo que las tenían en abundancia! Un verdadero cerco de fuego nos encerraba por todas partes. Y un cerco tan estrecho y compacto, que podíamos ver perfectamente los fogonazos y el incendio que producían en los arbustos y yaguas secas.

Aquello era horrible, sin salida y sin cuartel. Un ruido espantoso, no interrumpido ni un instante,

sin ninguna solución de continuidad, nos ensordecía por completo! Las llamas parecían, ayudando a los españoles, querer trepar al cerro para desalojarnos y barrernos.

Era el primer combate en que nos encontrábamos. ¡Ya sabríamos lo que era eso en adelante!

La bandera insurrecta, descollando entre el humo y las peñas, trémula, alborozada, seguía sacudiéndose con palpitaciones de vida, allá mui arriba, entre las transparencias de la mañana, en lo alto de la *caña brava*.

—Ya se me arde el cañón—le dije a mi compañero.

—Apunta y estate callado—me contestó.

¡Y yo, que sentía unos deseos tan incontenibles de hablar y de encomendarme a Dios en alta voz, a gritos, aunque me llamaran cobarde!

¡Quién sabe si no hablaría más!

Y al hablar así, sentía en las mandíbulas una trabazón estraña, y a lo largo de las piernas un frío de todos los diablos. Si sería eso a lo que llaman miedo!

Pero en seguida, una inmediata reacción me enardecía, envalentonándome hasta el punto de ponerme de pié tras la enorme piedra en que estábamos ocultos.

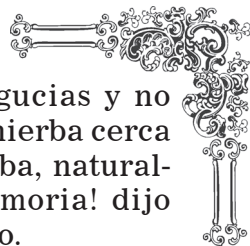
Sentí un gran golpe en la espalda.

—Nos han tomado por retaguardia, pensé volviéndome en actitud de cargar a culatazos: un oficial cubano iba a indicarme por medio de un segundo planazo que no era de pié sino oculto como debía estar en las trincheras.

Me agaché sin replicar y el oficial, a su vez, siguió su interrumpida ocupación de disparar sin descanso.

Volví a sentir deseos de hablar con alguien y de fumar un cigarro.

Me acordé que al pobre Gabler le habíamos encontrado un poco de tabaco en un bolsillo, y en el acto torcí un cigarrillo en un pedacito de hoja de



yagua. ¡Pero cómo prenderlo! Ah! argucias y no valentía quiere la guerra: acerqué una hierba cerca a la boca del cañón de Dublé y la hierba, naturalmente, prendió en el acto.—¡A su memoria! dijo soltando la primera bocanada de humo.

—Dublé, estamos rodeados por todas partes y creo que será mucha la suerte si escapamos de esta.

—Pasa una puchada, me contestó.

El combate era jeneral. Pero por fortuna los españoles eran rechazados por todas partes con grandes pérdidas.

Sentíamos sed, estábamos fatigados y con las manos quemadas con el recalentado cañón de nuestros rifles.

La banderita cubana seguía en lo alto. La mirábamos de cuando en cuando para arriba, como para que nos devolviera las fuerzas que se nos iban.

También se iba el día.

El fuego hacía cada vez menos vivo y más o menos a las seis de la tarde cesó por completo.

Los españoles se retiraron un poco y acamparon ahí mismo, sobre el pucho, como se dice vulgarmente.

¡Qué porfía la de sacarnos de ahí donde estábamos tan bien!

La fiesta comenzaría a la mañana siguiente, al amanecer, con los primeros rayos del sol.

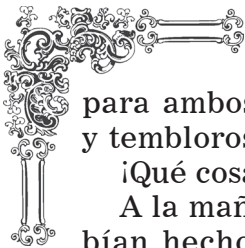
Se nos mandó recojer las municiones de los muertos y heridos españoles y mui luego le pusimos nuevas cuerdas a la guitarra, es decir quedamos con parque abundante para el día siguiente.

Empezábamos a dormirnos cuando sentimos clara y distintamente en el campamento español los toques de lista y retreta.

¡Pasaban lista!

¿Y cuántos faltarían? ¿Cuántos habrían enmudecido para siempre, defendiendo los derechos de la patria tan lejana?

En seguida las cornetas españolas, que en el día habían tocado a la carga, hicieron vibrar en el aire,



para ambos campamentos, las notas melancólicas y temblorosas de silencio.

¡Qué cosas tiene la suerte, el destino, el capricho!

A la mañana siguiente los españoles, que no habían hecho otra cosa durante toda la noche que recibir refuerzos, y cuyos toques de silencio eran un simple engaño, se presentaron en un número tal que ya no abrigamos dudas de que nos sacarían sin remedio.

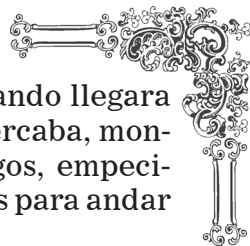
Un suceso para nosotros inesperado y del cual no pudimos menos que alegrarnos infinito, vino a introducir la variedad al final de aquellos tres días de pelea. Como el bizarro Aranguren había perdido unos cuantos hombres de su caballería, le mandó decir al coronel Arango que le enviara dos muchachos de línea.

Le mandaban pedir dos hombres de línea y nos envió a nosotros, que así y casi de improviso nos íbamos a ver transformados de infantes en apuestos jinetes!

Pero antes de irnos y abandonar momentáneamente las filas del “Rejimiento La Habana”, su coronel no quiso decirnos ¡hasta luego! sin darnos un documento que acreditara que habíamos sido buenos soldados. ¡Algo era algo!

Y antes que tuviéramos tiempo para entregarnos a las risueñas expectativas a que era propicio nuestro salto del suelo al pobre y matado lomo de un caballo que luego comprendimos que era absolutamente anti-revolucionario,—dada su resignada lentitud y su profundo y filosófico desprecio por las espuelas y el rebenque,—el fuego reanudóse por todas partes más graneado y ensordecedor que nunca.

El humo ondeaba de nuevo envolviendo los abismos y picachos en ondulantes mantillas. Se nos atacaba por todas partes: por cielo, loma y tierra, cerrándonos cualquiera retirada. Porque, al fin, al tercer día de resistencia, llegaba el momento de la suprema apelación a las piernas.



¡Qué aflicciones se nos esperaban cuando llegara el momento de la retirada, que ya se acercaba, montados en aquellos pacientísimos jamelgos, empecinados y rebeldes a toda clase de alicientes para andar lijero!

Y el fuego encendíase, avivábase cada vez más, amenizado ahora por las granadas que cruzaban en todo sentido, estrellándose con furia inaudita en las rocas que caían desgajadas a los caminitos de la falda.

El monte se estremecía, queriendo hundirse con asaltados y asaltantes. Las bayonetas españolas asomaban ya entre las rocas.

En efecto, pues, la cosa se ponía fea de veras. Nuestro fuego causaba grandes estragos al enemigo; pero, su avance sobre las escarpadas laderas que iba salpicando de sangre y a las cuales sólo podía trepar agarrándose simultáneamente con dientes y uñas, continuaba imperturbable, como queriéndonos significar a las claras que costara lo que costara ese día nos mandaba cambiar con viento fresco o caliente de Ponce de Picadura.

Uno de sus batallones se estrellaba furioso e inútilmente contra las rocas en que se había parapetado el “Rejimiento La Habana”, mandado por aquel peine de Raúl Arango.

Trataban los españoles de subir por donde mismo habíamos subido nosotros; pero todo, inclusive el más grande de los heroismos, resultaba inútil e infructuoso.

¡Y lo peor era que los españoles, para subir, tenían que hacer uso de sus manos, dejando el rifle a la espalda, y para otra ocasión en que el camino fuese más espedito! Con este motivo, bien justificado por cierto, se ponían furiosos, rabiando con su característico vocabulario.

Hai que advertir que en Cuba hai un animalito sumamente feo, y al cual se ha convenido en llamarlo *aura*.

Pues bien, cuando la furia de los españoles llegaba al bemol y al do, les gritaban a los cubanos:

—C..., salgan a cancha, hijos de mono y *aura*!

Los cubanos, que emplean un vocabulario popular, pariente mui cercano del nuestro, les contestaban a su vez:

—Pa' tu madre!

Y como los españoles son los hombres que más respetan y quieren a la madre, contestaban entonces más furiosos que nunca:

—C..., no menteis a la madre!

A todo esto, en una carga de flanco, me mataron el caballo y volví a quedar a pié... ¡Y en qué momentos! cuando el pobre jamelgo, comprendiendo la gravedad del momento, empezaba a olvidarse temporalmente de sus hambres y cansancios atrasados.

Volvimos al "Rejimimiento La Habana" el cual empezaba a replegarse en busca de retirada, aprovechando la oración que principiaba, y con ella la suspensión de las hostilidades.

Ibamos a internarnos de nuevo en la Manigua, después de tres días de combate.

Había que ir a acampar los más lejos posible, a fin de imposibilitar la persecución al día siguiente, cuando los españoles tomaran, por fin, tranquila posición de las ensangrentadas rocas de Ponce de Picadura,³⁸ en las cuales no dejábamos otro rastro que los apagados rescoldos de nuestros improvisados vivacs.

A las tres de la mañana llegamos al campamento del "Inglés", donde acampamos haciendo en el acto gran guardia y colocando caballería a nuestra retaguardia.

En seguida se mandaron dos descubiertas hacia el pueblo de Sabanilla, a fin de que trajeran noti-

³⁸ De estos combates de Ponce de Picadura, existe escasa referencia en la bibliografía militar cubana.



cias del número a que ascendía la guarnición española, a la cual Arango y Aranguren le habían echado el ojo para desayuno de la mañana siguiente.

Pero los españoles, sospechando oportunamente nuestras intenciones, habían reforzado la guarnición, de lo que fuimos advertidos por un patriota del pueblo.

Y como no había objetivo fijo ni pueblo desgarnecido o con poca guarnición sobre qué caer, se ordenó la dispersión por compañías, saliendo cada una de ellas a operar y campear por su cuenta y riesgo.

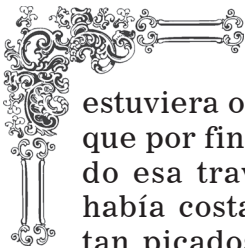
La nuestra tomó para los montes de La Cámara. Partimos a la oración y ahí llegamos entre gallos, ladridos y media noche. Y digo entre ladridos, porque al acercarnos no dejó de llamarnos la atención el hecho de escucharlos a esas alturas. No le dimos, sin embargo, importancia al hecho, que la tenía y de gran trascendencia, como va a verse mui luego.

El campamento estaba situado entre dos laderas, en que encontramos algunas carretas abandonadas desde la interrupción de la zafra. Colgó su amaca el que la tenía y a esa hora y a esas alturas se mandó *forrajear* a un cañaverallito que estaba pegado al campamento. Sentíase el *chapear*³⁹ de nuestra jente cuando a corta distancia resonaron, unos detrás de otros, cuatro tiros.

—El enemigo! dijimos, corriendo a las armas! Llegaban en ese momento los que habían ido en busca de caña y todos nos replegamos al campamento.

¡Habíamos caído en una trampa, en un *copo* en toda forma!—Los españoles, al sentir que nos acercábamos, habían abandonado el campamento coronando las alturas para dejarnos llegar y rodearnos enseguida. Eso se veía claro, por más que la noche

³⁹ Corte en la caña. (*Nota de Dublé.*)



estuviera oscura como boca de lobo. De tal manera que por fin nos iban a copar toda la banca, vengando esa travesura de Ponce de Picadura que les había costado tanta jente y que los había dejado tan picados...

¡Estábamos cercados!

Y tan cerca, tan mano a mano, tan a calzón quitado estábamos, que españoles y cubanos pasamos entretenidos insultándonos toda la noche.

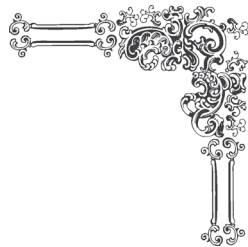
Aquello habría sido divertido si no hubiera estado por delante, con tanta boca abierta, la expectativa de que al día siguiente, mui de mañana, nos tocaran a todos una aria de violin en el pescuezo.

Durante la noche, más de quince exploradores olfateaban por todas partes viendo si podríamos salir de alguna manera del círculo en que estábamos.

Volvió uno de ellos, diciendo que había un *trillo* por donde escapar. No salimos por fortuna, y más vale así, porque el *trillito* ese era otra treta de los españoles para coparnos mejor.

¡Más valía echar un último sueñecito! Pero quién iba a poder dormir!

¡Cuántos recuerdos tiernísimos acudían a nosotros, llorando a mares, diciéndonos hasta mañana, adios, adios para siempre! Y sin embargo, lo que prueba de una manera elocuente que una cosa es el sueño y otra el cansancio, cabeceábamos a mas y mejor.



V⁴⁰

Con la horea a la rastra

La madrugada se acercaba más y más y con ella el momento de la batida total e irremisible.

¡Había que tomar algún partido, intentar algo y no resolverse a la impotencia y a que nos echaran tranquilamente la sogá al cuello.

Mas por hacer algo, que por otra cosa, nos echamos a andar en cuatro pies, es decir, en tres, porque llevábamos en una mano el revolver.

Ibamos en demanda de ese caminito que quedaba libre, segun el explorador.

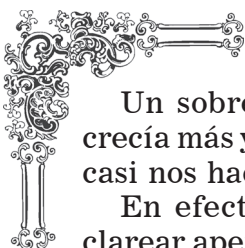
Avanzamos con las mayores precauciones, conteniendo la respiración y toda clase de ruidos. El menor rumor nos dejaba inmóviles, con el dedo en el gatillo y con los ojos mui abiertos escrutando en las sombras.

Nada más terrible que esa marcha entre la oscuridad, con un enemigo implacable que nos rodeaba por todas partes, que nos espiaba con cuidados esquisitos y que iba a hacer que nosotros canceláramos *ipso facto* sus descalabros de Ponce de Picadura.

—¿A qué vamos a ser nosotros los que la pagamos por junto y al contado?

Cuando se avanza así, las sombras mismas parecen agitarse, forjando formas humanas que tambien avanzan con inaudito sijilo. Una yerba, una caña parece un soldado, un centinela...

⁴⁰ En el texto original consultado se produce un salto en la numeración de los capítulos del III al VI.



Un sobresalto indescriptible, una angustia que crecía más y más a medida que se acercaba la aurora, casi nos hacía desear el desenlace por venir.

En efecto, la aurora se acercaba empezando a clarear apenas, elevándose como un vapor tenuísimo emergiente de entre los bosques y palmeras que se elevaban a la distancia.

A medida que el día avanzaba, los peligros eran mayores. Había, pues, que afrontar cualquiera situación, la primera que viniera.

Decidimos seguir, y en efecto seguimos. Un momento despues nuestras avanzadas se ponían en contacto con los españoles y sonaban los primeros tiros. También nos habían descubierto!...

Quisimos volver atrás, pero era tarde.

Estábamos en la planicie y muy luego pudimos imponernos, con la *tranquilidad* con que uno toma conocimiento de esas cosas, que estábamos cercados por todas partes, en un gallinero, pelado, o, más bien dicho, casi completamente pelado.

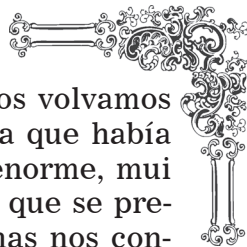
Los tiros arreciaban por vanguardia, y retaguardia, y por ámbas partes también escuchábamos los gritos de los españoles diciéndonos que nos preparáramos a comer tierra.

—Ahora verán, tíos mambises, cómo les va ir!— agregaban, disparando a unos cuantos metros sobre nosotros. Y por cierto que ningún tiro hubieran perdido, a no ser porque solo empezaba a clarear, mui débilmente aun.

No había más que prepararnos para que nos zurcieran en toda forma!

El capitán Garfías, jefe de nuestra compañía, teniendo en cuenta que ni municiones teníamos, decidió dar el sálvese quien pueda y ordenó, en efecto, que cada cual agarrara por la calle del medio.

Empezamos a dispersarnos en pequeños grupos, que se retiraban agazapados, sin hacer ruido, como ánimas en pena.



—Compañerito, adios, pues, y que nos volvamos a ver, le dijimos a un compañero de fila que había peleado a nuestro lado. Era un negro enorme, mui tranquilo i que, seguramente, debía ver que se presentaba mui mala la cosa, porque apenas nos contestó.

Nos echamos al suelo, pegamos el oído a la tierra, como si fuera ésta a confiarnos algun secreto, y Dublé y yo seguimos dispuestos a correr la misma suerte.

—La cuestión es que no nos pesquen vivos—me dijo Dublé.

—Por nada de este mundo!

Al fin y al cabo nunca ha sido agradable la expectativa de morir ahorcado; pero nunca mas terrible y amenazadora que en aquella alborada tan risueña y llena de poesía, en que palmas y platanares, verdeando áureamente a la distancia, parecían temblar, besados por la primera luz de esa aurora tranquila y apacible.

—¿Traes el machete?—le pregunté a Dublé.

—Está aquí.

Tenía una confianza ilimitada en el brazo de mi compatriota, a quien en la última carga de Ponce de Picadura lo había visto caer como un rayo sobre tres soldados españoles, los cuales quedaron secos en un instante.

Aranguren vió de cerca esta hazaña y saludó militarmente a Dublé, diciéndole:

—*All right!*

¡De nada valdría todo esto! Estábamos perdidos irremisiblemente; pero con pérdida y todo no estábamos dispuestos, de ningún modo, a dejarnos cojer según los dictados del Evangelio.

También iba con nosotros un mulato probadamente guapo! Era el mulatito Reyes!

—Más lijero!—nos dijo.

Comprendimos, sin necesidad de que nos lo dijera, que era más práctico que nosotros, i lo seguimos sin chistar. Continuamos casi corriendo, saltando

verbas y matorrales. A unos cuantos pasos de un camino se tiró al suelo. Nos acurrucamos todos juntos y con el dedo en el gatillo. Volvimos a escuchar, sosteniendo la respiración. Escuchamos clara i distintamente el ruido de algo que se acercaba paso a paso, con precaución, no queriendo hacer ruido. Eran los españoles! Percibíamos con toda claridad el ruido de sus caramayolas.⁴¹ No cabía duda! Se acercaban por el camino que teníamos a cinco o seis pasos.

Había llegado el momento!

Algo como un prolongado escalofrío empezó a pasearse a lo largo de nuestras piernas.

—Atajen, atajen!—oímos decir a la distancia. Eran los gritos de los españoles en su cacería de cubanos.

El día había llegado por completo.

Confundidos con la alta hierba en que nos ocultábamos, gozábamos de la ventaja de ver y no ser vistos.

¡Si sería nuestro último goce!...

No hai para qué jurar que todos teníamos los ojos mui abiertos y los dientes mui apretados.

Ni tampoco que no se hablaba ni una palabra; pero cuando vimos aparecer un oficial español por el camino, se sintió un leve ruido: eran nuestros *revólvers* que le apuntaban.—Si alguna vez sabrá ese oficial lo cerca que estuvo de la muerte!

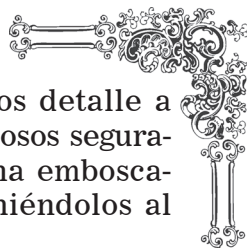
Pero disparar habría sido la mayor de las imprudencias: era venderse, decir vengan a sacarnos y, por consiguiente, dar por uno la vida de todos.

El mulato nos miró echando huracanes y borrascas por cada ojo.

En seguida miró su revólver y volvió a quedar inmóvil, sin pestañear, hipnotizándonos con su impasibilidad.

Los españoles avanzaron unos cuantos pasos e hicieron alto.

⁴¹ Cantimploras.



Quedamos mirándolos, observándolos detalle a detalle. Miraban para todas partes, recelosos seguramente, de caer de un repente en alguna emboscada. Algunos cargaban sus rifles manteniéndolos al hombro.

Entre ellos había un negro enorme y terriblemente feo. Lo juro que no he visto nada más horrible; y ojalá el susto de aquel instante de agonía no me haga jurar en falso. Como más conocedor del terreno, se agachó, miró para todas partes y al percibirnos abrió desmesuradamente los ojos, pero sin decir nada.

Un irresistible instinto de conservación nos hizo hacer un movimiento para huír, pero el mulatito Reyes nos obsequió con una segunda mirada, que nos dejó tan petrificados como los ojos del negro que acababa de descubrirnos.

En Cuba se tenía siempre la vida en un pelo, ipero cuándo pudo ser más delgado ese pelo que esa ocasión!

Por fin, los españoles siguieron su marcha. ¡El negro no había querido delatarnos!—¡Nobleza de negro!

A la distancia venía otra compañía española; pero entre la que se acercaba y la que se iba quedaba un pequeño espacio libre.

El mulato Reyes dió un gran salto diciendo:
—Sígueme, Dublé.

Y disparamos nuestros *revólvers* a boca de jarro sobre los españoles, y como relámpagos atravesamos el camino y nos tiramos de cabeza en la Manigua, y a punta de cuchillo empezamos a cortar bejucos, para poder internarnos más rápidamente.

Repuestos los españoles de la sorpresa, nos dispararon una lluvia de balas que pasaban silbando y quebrando cañas y echando hojas al suelo.

¡Nos habíamos librado!

Nos contamos y, por fortuna, de nuestro grupito no faltaba nadie.

—Sigamos a la derecha, dijo Reyes, e iremos a caer a Matanzas.

Anduvimos todo el día y a más de media noche llegamos a un pequeño destacamento cubano, al mando de un señor Bolaña,⁴² cuya misión era tener en perpetua comunicación a las fuerzas que operaban en las provincias de la Habana y Matanzas.

—Sea como sea—dije yo—hai que pedirle algo a este señor Bolaña.

—¿Y no tiene cualquier tonterita que mascar?

Nos miró con la más desdeñosa indiferencia...

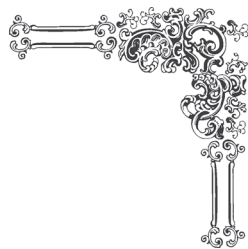
—Voi a mandar, dijo, una comisión donde el general Betancourt.⁴³

Y nos echó el ojo.

Aceptamos con gusto la idea de pasar a incorporarnos a un regimiento de los que operaban en Matanzas, donde llegamos al día siguiente.

⁴² Se refiere al coronel del 5to Cuerpo del Ejército Libertador, Francisco Javier Bolaños.

⁴³ Concluyó la guerra con el grado de mayor general. Era médico cirujano y jefe de la 1ra división del 5to Cuerpo en la provincia de Matanzas. Se convertiría en el jefe directo de Dublé.



VII

Lomas del Purgatorio

No tardamos mucho en encontrarnos con un Regimiento de caballería cuyos oficiales y soldados nos hicieron un regimiento de preguntas.

Sólo sabían en globo, en pelotón, lo que acababa de pasar en la Habana, que era la provincia a la cual le tenía más ganas el Capitán General.

¿Pero qué iba a hacer él, ni nadie, si de cada yagua y de cada cañaveral salía, machete en mano, un insurrecto?

La revolución cubana, fomentada o nó por los yanques,⁴⁴ había llegado a ser algo incontenible y resultado inevitable de situaciones dadas. Y ahí en no fijarse en eso, en no tomar en cuenta que sofocar la revolución era como tomar chicha en canasta, estuvo la errona de los españoles, a los cuales debemos reconocerles que sus esfuerzos y sus sacrificios en esa tremenda guerra colonial no han sido hasta ahora igualados por nacion alguna. A los mismos gringos, con ser como son, ahí los tienen todos cortados y maltrechos unos cuantos campesinos que han reducido la guerra a su más simple espresión; al ciudadano que defiende su suelo y su hogar; sus chiquillos, su quiltro, su siembra, la tumba de sus padres, toda esa grandiosa reunion de afectos que sintetiza la palabra Patria.

⁴⁴ En Chile, según explicara Arístides Agüero al delegado del PRC Tomás Estrada Palma, era criterio acentuado que la guerra de Cuba era instigada por Estados Unidos con fines anexionistas.

Pero, en fin, dejemos paréntesis a un lado y sigamos nuestro cuento.

Quisimos, decía, hablar cuanto antes con el jeneral Betancourt, jefe de las fuerzas que operaban en Matanzas, batiéndose tarde y mañana con el mejor de los jenerales que España envió a Cuba: Molina,⁴⁵ quien no dirigía las operaciones desde su cuartel jeneral, como otros, sino que él mismo salía a cancha para darse el placer de oír silbar las balas.

Tenían los españoles dos ganas, pero enormes: dominar la insurreccion en la Habana y Matanzas,



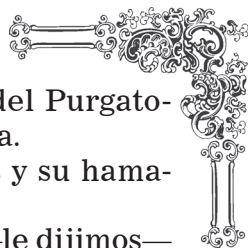
El implacable general español Luis Molina.

simultáneamente, porque resultaba que nada se conseguía con matarla en la primera si quedaba viva en la segunda, por cuanto, si los derrotaban ahí, corrían a rehacerse acá.

Mantener la insurreccion en esas dos provincias, era lo mismo que estar dentro de la casa de los españoles, lo que, por otra parte, era bastante difícil y peligroso.

Desde luego, había que encomendarle esa delicadísima mision a un hombre tan atrevido como sagaz. ¡Ese era Betancourt, esa especie de águila de ojos negros y penetrantes, cejas cerradas, marcando la más persistente obstinación, y nariz aguileña por cuyas ventanillas palpitantes sale ardiendo el aire de fuego y llamas en que vive el corazon!

⁴⁵ El general Luis Molina de Olivera era malagueño. Su actividad militar fue tan intensa, que del grado de comandante que tenía en 1895, alcanzó el de general de brigada a comienzos de 1897. Tuvo entre los cubanos fama de valiente, enérgico y a la vez represivo.



Acampaba a la sazón en las Lomas del Purgatorio con su Estado Mayor y su caballería.

Estaba en su bohío cuando llegamos y su hama-ca pendía de dos árboles.

—Venimos de la Habana, mi jeneral,—le dijimos—contándole cómo habíamos llegado a Matanzas después de la retirada de Ponce de Picadura.

—Incorpórense—nos dijo—jugando con su gorra de dril en que lucían dos estrellas de jeneral de division,—en algún regimiento de infantería, o esperan que vaya alguna comision a la provincia de la Habana.

Pero qué ganas íbamos a tener de volver a la Habana! Nos dimos por felices con podernos quedar ahí y en la tarde de ese mismo día nos incorporamos al regimiento “Betances”.

El jeneral se interesó mucho por nosotros inmediatamente que supo que éramos chilenos y hasta llegó a tanto su liberalidad que nos ascendió a sargentos... ¡Algo era algo, y es por algo por lo que siempre se principia!

La cuestion era ser siquiera alférez, para tener asistente y no andar uno mismo de Herodes a Pilatos buscando forraje, yerbas y caña.

Una tarde el jeneral nos hizo llamar.

—Si de aquí no salimos con un galon, le pasa raspando—le dije en el camino a Dublé.

—He tenido buenos informes de ustedes, nos dijo. Los felicito y ahí tienen—agregó pasándonos unos papeles—sus nombramientos de alféreces de mi Estado Mayor.

Salía, pues, lo que habíamos pensado.

—Véanse con el jefe de mi escolta—agregó—para conseguirse caballos.

Los caballos eran un elemento realmente escaso entre los cubanos, y con ser que tenían un talento especial para sustraérselos a los españoles...

En efecto, Escobar, jefe de la Escolta de Betancourt nos dijo que perdiéramos cuidado, que él tenía

que ir a la “Mocha”,—pueblecito de los alrededores,—y que de allá no se venía sin caballos y bueyes para los heridos, que los teníamos en gran número.

—Pero hombre—le dijimos—qué mejor oportunidad para que nosotros mismos vamos a escojerlos y a dejar a pié a algunos españoles.

Y al día siguiente montamos en la tarde, ya próxima la noche, y nos pusimos en marcha.

—¿Ven ustedes aquello? nos dijo Escobar.

—Sí, son luces.

—Pues ahí está “La Mocha”.

Y nos detuvimos. La operacion no era del todo fácil, porque aquello debía estar tupido de centinelas y avanzadas.

—En una de estas aventuras nos dan el bajo el día menos pensado, me dijo Dublé.

Escondimos nuestros caballos en la manigua y empezamos a acercarnos.

Eran las diez de la noche, mas o menos.

“La Mocha” estaba rodeada de fuertes y no tardamos mucho en oir los alertas de los centinelas.

Al llegar a este punto de mi relato, debo confesar que sentí vivísimos deseos de tirar de la chaqueta a Escobar y decirle:

—Hombre, no sea usted bárbaro... Volvémonos.

Pero no era posible que todo un ayudante de Betancourt creyera que nos achicábamos así no más. Seguimos andando.

Y tanto anduvimos, que llegamos, por fin, a un corral alambrado.

Casi al lado se divisaba un monton negro y encima un soldado paseándose. Casi apostaria que sentimos perfectamente olor a tabaco y ganas de fumar.

Escobar sacó un alicate, empezó a cortar alambres y muy luego estuvimos dentro del corral y en la agradable compañía de bueyes y caballos.

—Andar listos y rápidos—nos dijo Escobar.

Y junto con decir esto, se sintió un tiro.



Pero, por desgracia para ellos y por fortuna para nosotros, nos habían descubierto tarde, porque ya habíamos enriendado un buen caballo. Nos íbamos, pues, sin caldo, es decir, sin bueyes; pero, en cambio, llevábamos buena presa...

Galopábamos en dirección al campamento, cuando me preguntó Dublé qué nombre le iba a poner al caballo adquirido con tanta facilidad como peligro.

—¿Qué nombre le voy a poner?

—¡El Cólera!

Me imaginaba la rabia que le estaría dando a los españoles la quitada de los caballos, cuando—íbamos en marcha—el jefe detuvo su animal, sujetó la rienda, levantó la cabeza, echó mano al machete y nos dijo: ¡listos!...

¡Como si hubiera olido las cosas aquel bárbaro!

Era una columna española que se acercaba! Un segundo después apareció el enemigo en marcha de camino, con el rifle al hombro y fuma que fuma.

—Bueno, algunos de estos—pensamos—no volverán a fumar mas.


Un negro ensartó una bandera de Cuba en un coligüe y pasándosela al capitán gritó: ¡ahora!

Y partimos a toda rienda y como almas que lleva el diablo caímos sobre la sorprendida columna española.

Hai cierto vértigo, cierta inconsciencia en esos momentos. Sin embargo, recuerdo perfectamente que en uno de los rápidos incidentes de aquella lucha cuerpo a cuerpo, le pesqué a un español su rifle, el frío de cuya bayoneta acababa de sentir en una pierna.

Le sostuve con la izquierda y con la derecha le dí en un hombro, pero con tal fuerza y en tal forma que ví en el acto que su cuerpo, casi dividido en dos, caía ante mi caballo, que seguía encabritado y echando chispas.

Nadie erraba machetazo y, con todo, con sorpresa y demas, nos veíamos rodeados y sin salida.



Miré para atrás y como buscando el campamento divisé a un caballo con un negro a la rastra, prendido de los estribos y sin poder soltarse.

—Retirada! gritaba el capitán, volviendo rienda.

Estábamos rechazados en toda la línea y los españoles, serenos y seguros de sí, nos gritaban que volviéramos por otra.

Nos salió al encuentro Betancourt, quien ordenó al galope. Anduvimos cerca de una legua y de un repente el jeneral, cerrando las cejas, gritó con voz vibrante:

—Machete!

Acababa de divisar una nueva columna española. En medio del silencio, solo se escuchaba la carrera desenfrenada de la carga.

El jeneral iba adelante, erguido, con el machete en alto, impelido por el viento de la carrera.

¡Soberbia figura!

Así iba cuando se inclinó ligeramente, al mismo tiempo que su caballo rodaba de costado.

Lo vimos caer; pero con su machete firme. Pasamos por encima de él y al volver la cabeza, oímos que nos decía:

—Nadie mire para atrás.

Estaba herido.

Al volver de la carga, yo y otro ayudante recogimos al jeneral casi de encima del enemigo, que nos seguía de cerca sin conformarse con dejarnos escapar.

El jeneral debía sufrir horrorosamente.

—Pueden dejarme—dijo disparando su revólver.

Al levantarlo, se tomó con fuerza de nuestro brazo e hizo un nuevo esfuerzo para disparar. Pero no pudo: estaba desangrándose.

De cuando en cuando nos deteníamos, disparábamos y seguíamos, hasta que dejamos a salvo al jeneral.

Antes que todo, llamó a uno de sus ayudantes y le dijo:

EN LA MANIGUA



—Al alférez Dublé que se le extiendan despachos de teniente, por la acción de hoi.

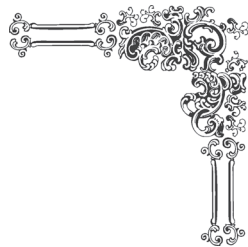
—Ya eres mi jefe,—le dije al bravo Dublé.

—Ví mui cerca a los españoles—me contestó.

Yo mismo le diligencié otra estrella para la bandolera y nos retiramos a descansar.

—Ya, con dos estrellas, me van a ver los españoles cara de cabecilla—me dijo Dublé.

Un minuto después derrochábamos los ronquidos, y al día siguiente, 7 de Febrero de 1898, estrenamos la nueva estrella con un gran combate.



VII⁴⁶ *Aranguren*

Un silabario y una horea...

Si de gran combate me he atrevido a calificar el que tuvimos al día siguiente de andar en buen caballo, es porque en realidad el estrellon, no fué tan sencillo. Mal podía haberlo sido siendo que en esos mismos momentos operaban en Matanzas treinta y cinco mil españoles, que cruzaban la provincia en todos sentidos, buscándonos día y noche y atreviéndose hasta llegar a las mismas ciénagas de Zapata, región tan mortífera que a ella no ha podido nunca acercarse un extranjero sin que haya caído víctima de mortal paludismo.

Era el momento culminante de la guerra. Peninsulares y cubanos comprendían que el mundo entero tenía fijos los ojos en las ensangrentadas y orgullosas banderas del *Non plus ultra* y de la estrella de Bayamo.⁴⁷

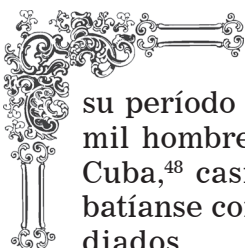
Las operaciones hacía ya meses que habían entrado en un período de tremenda actividad.

Las columnas españolas cruzaban la provincia en todos sentidos, hormigueando por lomas y trillos.

La Manigua misma,—el principal refugio de la insurrección—era barrida y constantemente trasegada por las balas españolas. La insurrección alcanzaba

⁴⁶ En el texto original consultado aparece dos veces el capítulo número VII.

⁴⁷ Sitio donde se dio el grito de insurrección. (*Nota de Dublé*).



su período más cruento y difícil. Sus treinta y cinco mil hombres, esparcidos de Baracoa a Santiago de Cuba,⁴⁸ casi desnudos y hambreados, inconocibles, batíanse como espectros entre selvas y bohios incendiados.

La reconcentración ideada por Weyler empezaba a dar sus frutos y el país entero presentaba el aspecto de la más horrorosa desolación. Todas las familias mambises, concentradas en las ciudades y poblados, habían dejado, para que no pudieran proporcionar hombre no recursos a la revolución, sólo ruinas y cenizas tras de sí.

La órden se cumplía con todo rigor y el que no se había acogido a las ciudades corría el peligro de recibir la temible visita de seis u ocho balas.

Corrían, pues, vientos de la más cruel incertidumbre para los cubanos y su causa, ya que aquello no era una guerra sino tremenda partida de caza, jugada entre enemigos implacables.

Comprendían los españoles que si no ahogaban luego la revolución estaban perdidos y por consiguiente, redoblando sus esfuerzos, activaban más que nunca sus operaciones, operando con más teson que en parte alguna en las provincias de la Habana y Matanzas. No era raro, por consiguiente, que ya no pudiéramos vivir sin tener tres o cuatro encuentros por día.

Las horas ya no podían contarse sino por el número de combates que en ellas tenían lugar.

En el primero de los encuentros del 7 de Febrero de 1898, destrozamos una pequeña columna.

Dicho se estaba, por lo demás, que no pasaría ese día sin que conociera de cerca las balas enemigas.

En efecto, al trasmitir una órden sentí que una brasa ardiendo se me metía a la pierna derecha: era la cápsula de un Mauser...

⁴⁸ Debió decir, de Baracoa al cabo de San Antonio, que son respectivamente los extremos este y oeste de la Isla.



Entre los prisioneros que tomamos ese día había diecisiete cubanos al servicio de España, y como la orden del generalísimo rebelde era la de fusilar sin proceso a todo natural del país al servicio del enemigo, se les notificó la pena y se les ordenó que abrieran ellos mismos un hoyo bien grande y bien hondo...

No abro nada—dijo uno sentándose en el suelo. Un mambí le destrozó en el acto el cráneo con la culata de su rifle.

Los otros empezaron su silenciosa y postrera tarea, mientras a corta distancia un grupo de oficiales cubanos discutía la forma en que debía procederse a la ejecucion.

Como había que seguir adelante ántes que llegara alguna columna española, un oficial apuraba a los prisioneros para que llenaran luego su tarea.

—Hai que economizar las balas—decía uno de los de aquel consejo que discutía en presencia de los prisioneros la forma en que debía llevarse a cabo la ejecucion.

Pero como al machete habría sido una verdadera carnicería, se optó por la bala, en vista del número algo crecido de los prisioneros, uno de los cuales, al finalizar su trabajo, arrojó a un lado el palo con que había estado cavando su propia tumba, y dijo en alta voz y limpiándose el sudor:

—Ya está...

No he visto una tranquilidad más estupenda.

Hubiéramos querido retirarnos, alejarnos, no ver esa escena horrorosa, implacable, real y que, sin embargo, parecería un delirio de sangre.

Pero nos retenía un extraño hipnotismo, que nos sujetaba, inmovilizándonos. Además, la herida de Dublé lo imposibilitaba por completo para moverse.

Casi por la fuerza, pues, teníamos que ser testigos de la terrible escena.



Guerrilla volante de Matanzas. Nótese en ella la presencia de combatientes de raza negra.

Relampagueos de tigre llameaban en los ojos de ese puñado de negros próximos a morir.⁴⁹

Se acercó a ellos un oficial, seguido por un grupo de jinetes montados, sacó su machete y les dijo en alta voz:

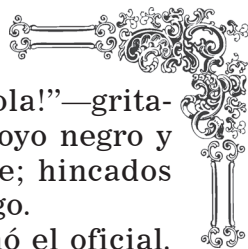
—“Ustedes van a ser fusilados por traidores a Cuba Libre”.

Los negros se arremolinaron furiosos, como queriendo embestir, y prorrumpieron en gritos casi ininteligibles.

—Vean, así mueren los cubanos fieles a España —gritaba uno levantando los brazos en actitud desafiante.

Nada más terrible que esas postreras exaltaciones de la pasión y de la ira en esos hombres que ya iban a enmudecer para siempre.

⁴⁹ Fue política de España desde la Guerra de los Diez Años crear fuerzas compuestas de hombres de la raza negra, a quienes vestía y pertrechaba correctamente, para contraponerlos a los cientos de combatientes negros del Ejército Libertador, mal vestidos y peor alimentados. Aquellos combatían fiel y bizarramente en defensa de la corona. El capitán general Valeriano Weyler y Nicolau tenía a varios de ellos en su escolta.



—“¡Viva España, viva Cuba española!”—gritaban fuera de sí, metidos unos en el hoyo negro y fangoso en que ya iban a derrumbarse; hincados otros, suplicando que los mataran luego.

—Griten viva Cuba Libre!—les intimó el oficial.

—Viva España!—contestaron.

Y ese grito, el último de fidelidad al Rei y a la patria comun, que se lanzara también en el último pedazo de un derruido imperio colonial, se estinguíó, enmudeció para siempre, entre el trágico ruido de estertores; entre sangre, entre hermanos ejecutando a hermanos, entre hombres que caían de bruces, entre los leves y flotantes copitos de humo que se elevaban al cielo azul, llevando a la pobre España el último latido de fidelidad que recibiera en la tierra de Colon.

Así continuaba la guerra de Cuba.

Sin embargo, algunos españoles no omitían esfuerzos por atraerse a los revolucionarios a las filas de la autonomía, ideada por el infortunado Cánovas del Castillo.⁵⁰

Pruebas al canto.

Había en la Habana, provincia en que operaba el más simpático y atrevido de los cabecillas cubanos, Arangúren, un distinguido comerciante español, pacífico autonomista que disfrutaba tranquilamente de sus millones.

Se llamaba Ruiz y ocupaba el puesto de Superintendente del Cuerpo de Bomberos.

Qué sé yo cómo,—ni hace al caso—,es el hecho que el señor Ruiz había empezado siendo preceptor, lo que le proporcionó el placer de enseñarle a leer a Arangúren en una de las escuelas de la Habana.

Con este motivo, le tomó un gran cariño al futuro cabecilla que, andando los años, había de dejar a

⁵⁰ Antonio Cánovas del Castillo era presidente del gobierno español y famoso por acuñar la frase de que por Cuba, España debía entregar “hasta el último hombre y la última peseta”.

un lado el silabario español para blandir el machete cubano.

El señor Ruiz no ahorra sacrificios a fin de atraerse a Aranguren a las enflaquecidas filas de la autonomía. Cuando supo que su apuesto y temible discípulo andaba cerca de la Habana con gruesas partidas insurrectas, logró hacer llegar a sus manos una carta en que el antiguo maestro le pedía al niño rebelde que le concediera una entrevista.

Aranguren, que era el tipo mas correcto y educado, le contestó con la mayor cortesía que no podía concurrir a la cita; temiendo que le fuera hablar de autonomía, lo que lo pondría en la dolorosa necesidad de cumplir la orden, dada por Maceo poco antes de morir, de ahorcar a todo el que fuera a hacer proposiciones de paz.

La respuesta no podía ser ni más cortés ni más clara.

Insistió, sin embargo, el señor Ruiz, enviándole a Aranguren una segunda carta, en la cual le reiteraba su deseo de hablar con él, y le indicaba además el sitio en que podrían verse.

Aranguren se fué entonces donde Mayía Rodríguez y le consultó detenidamente sobre el particular.

—¿Qué le parece?—le dijo—¿Voi o no voi?

—Vaya, le contestó Mayía encojiéndose de hombros, y si le habla de autonomía, cumpla la orden de ahorcar a quien venga a proponer avenimiento.

—Está bien—pensó Aranguren y se retiró muy contrariado y lleno de incertidumbres a su campamento, no porque jamás hubiera soñado con aceptar proposiciones de paz, sino porque podía ser terriblemente doloroso para él el verse de repente en la necesidad de ahorcar a quien le había puesto el silabario entre las manos.

—¡Sería terrible!—pensaba aquel temible y temerario cabecilla de veintidos años, sin pelo de barba, de corazón jeneroso y lleno de tempestades.



Y seguía meditabundo, cabizbajo, pensando, en fin, en si no sería mejor no aceptar la peligrosa invitación de su antiguo maestro.

La conferencia tendría lugar al día siguiente. Al anochecer, como de costumbre, Nestor Arangúren se alejó del campamento, internóse como un fantasma en dirección a un pobre y escondido bohío, a través de cuyas cañas y carrizos⁵¹ divisábase una débil luz, al lado de la cual esperaba una mujer que sentía por él la dramática pasión que pueden inspirar ciertos hombres.

Nunca había concurrido más triste a esa cita misteriosa a que tantas veces, después de combatir hora tras hora, llegaba alegre y sonriente como un chiquillo.

Un día cayó como un rayo con cien de sus mejores jinetes sobre un convoy en que tomó prisioneros a más de cuarenta jefes y oficiales españoles, entre los cuales había coroneles y comandantes del mismo Estado Mayor del Capitán General.

Esta sorpresa, llevada a cabo a las mismas puertas del centro de todos los recursos del poder peninsular, causó la más honda impresión en la Habana, donde jente prudente y previsora empezó a discutir en los cafés y en todas partes la posibilidad de una sorpresa a la misma capital.

Las avanzadas e imaginarias nocturnas se redoblaron, la vigilancia se redobló también y toda la guarnición durmió desde ese día arma al brazo.

Sin embargo, la conducta de Arangúren con sus copetudos prisioneros no había dejado nada que desear en materia de cortesía y de atención: hizo ejecutar en el acto a unos cuantos soldados cubanos que iban en la comitiva, les dijo a los españoles que esa medida no era sino el cumplimiento de una orden del General en Jefe, los invitó en seguida a recorrer su campamento, que estaba muy

⁵¹ Planta gramínea.

cerca, y después el mismo, dejándolos en libertad, fué a encaminarlos un poco.

Los españoles se quedaron sorprendidos y el señor Ruiz no quiso saberse otra cosa que ese rasgo de altiva caballerosidad de su antiguo discípulo, para pensar que era de lo más fácil atraerlo a las filas autonomistas.

¡Pobre señor Ruiz!—Mejor habría sido que tal idea no hubiera pasado por su cerebro, tan crédulo y bondadoso: no conocía el carácter de Arangúren. Y por cierto que si lo hubiera conocido no habría ni siquiera intentado esa temeraria entrevista, en cuya víspera, como si el corazón le anunciara algún presagio, llegó el cabecilla triste y cabizbajo al bohío en que una mujer lo esperaba sobresaltada y llorosa, temiendo, como siempre, no volverlo a verlo más.

—¿Qué tienes?—contaba después el asistente que le preguntó al llegar.

Se llamaba Lola: en Cuba, la tierra de las palmas y las habaneras, no hai otra cosa que Lolas de ojos tan negros que de ellos ni Campoamor, que ha sido quien mejores, cosas ha dicho de los ojos de mujer, ha sabido qué decir.

Le contó el caso y ella le dijo que fuera no más y que si le hablaban de autonomía, montara a caballo y le dijera al personaje en cuestion:

—No sea lesa, señor Ruiz...

¡Consejo de mujer, y de mujer enamorada!...

—No—le contestó riéndose Arangúren—te juro que ahorco al que me hable de autonomía.

Al día siguiente partió a la entrevista.

Estaba resuelto.

Iba acompañado de dos ayudantes y una escolta de cuatro soldados escojidos.

En el sitio convenido de antemano, esperaba ya el señor Ruiz, sólo y vestido con su gran uniforme de Superintendente del Cuerpo de Bomberos de La Habana.



Se adelantó a recibir a Aranguren y ambos personajes se abrazaron en silencio y así permanecieron durante un largo rato, como si no se atrevieran a salir de su embarazosa situación.

Aranguren esperaba impasible.

—He seguido desde lejos sus hazañas—le dijo por fin el señor Ruiz, estrechándole efusivamente las manos.

—Gracias. Se ha combatido y se tendrá que combatir mucho.

El diálogo seguía difícil y trabajosamente, caracoleando alrededor del verdadero objetivo de aquel encuentro extraño.

—Habrà recibido muchas heridas durante la campaña... ¡Qué guerra más terrible; esto no puede continuar y un avenimiento se hace indispensable! Mi antiguo discípulo, mi amigo—continuó el señor Ruiz—haga usted lo que pueda en este sentido.

—Cambiemos de conversación o me retiro—dijo severamente Aranguren, bajando la pierna del arzon en que la tenía, irguiéndose de nuevo como ante su tropa.

—Pero a qué hemos venido si no es a hablar de esto y a tratar de hacer algo por Cuba... Bastaría, no lo olvide, que un solo cubano como usted aceptara la autonomía para que siguieran muchos—prosiguió el señor Ruiz, conmovido, casi llorando y estrechando entre sus brazos al cabecilla.

Había llegado el momento terrible.

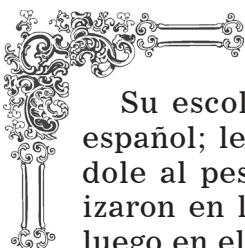
Aranguren se desprendió bruscamente y dijo con voz de trueno a sus ayudantes:

—“¡Cumplir la órden!”.

Y se alejó para no presenciar la terrible escena.

—Nestor Aranguren, mi discípulo, mi hijo, qué es esto—gritaba el señor Ruiz.

El cabecilla seguía impasible, sin volver la cabeza, sintiendo tal vez que una ola de lágrimas azotaba su corazón de niño. ¡Sacrificios del deber!



Su escolta se apoderó en el acto del jeneroso español; le arrancó el cuello de la casaca; echándole al pescuezo un cordel de hojas de yagua, lo izaron en la palmera más próxima, prendiéndole luego en el pecho un letrero en que decía “Por venir a hacer proposiciones de paz.”

Tuvo este hecho repercusion universal y la indignacion de los españoles no se contuvo ni en límite ni en medida.

Se puso a precio la cabeza del tremendo guerrillero, quien, como para probar que a nada ni a nadie le temía, continuó operando en el mismo distrito occidental en que había ordenado el ahorcamiento del señor Ruiz.⁵²

Las columnas españolas lo buscaban hasta entre las hojas de las palmeras y guasimas. Pero todo era inútil, y cuando ellos menos se lo esperaban, oían una voz de trueno que gritaba:

—“¡Al machete!...”.

¡Era la voz de Arangúren!

⁵² En torno a la decisión del coronel Néstor Aranguren de ejecutar al teniente coronel español Joaquín Ruiz por traer al campo insurrecto proposiciones de paz sin independencia –autonomía–, el enemigo divulgó múltiples historias para desacreditar el virtuosismo del jefe cubano, que fue siempre un cumplido caballero. Aranguren conoció a Ruiz en los momentos en que ambos trabajaban en el canal de Albear y allí habían establecido una relación de afecto y respeto que aprovechó este para acercársele. No es por tanto precisa la información de que Ruiz fuese una especie de preceptor de Aranguren. El ajusticiamiento de Ruiz sacudió a la opinión pública habanera e incluso internacional, que tildó al patriota cubano con los más duros e hirientes calificativos. A partir de entonces, contra él se lanzó una virtual cacería que traería como consecuencia su muerte el 27 de febrero de 1898. Fue tal el ensañamiento, que luego de ser acribillado, lo mutilaron al arma blanca. Su cadáver fue conducido como trofeo de guerra por varios pueblos de los alrededores de la capital, para después ser lanzado al suelo, en los portales del Palacio del Segundo Cabo como escarmiento popular y satisfacción de la soldadesca.



Y en seguida, en la noche, esa especie de fantasma, personaje que empezaba a ser para los españoles mitad real, mitad fantástico, se encaminaba feliz al bohío de Lola. Pero un día tuvo la imprudencia de darle un planazo al mulato que la cuidaba.

—¡Esta sí que me la pagas!—pensó el negro, por cuyo cerebro acababa de pasar sonriéndole la idea de la venganza.

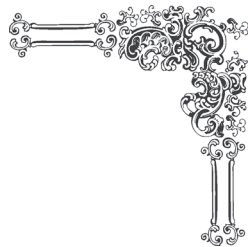
Salió un día al encuentro de las columnas españolas, a las cuales les comunicó el paradero nocturno de Arangüren.

Esa misma noche y cuando éste ya ni recordaba el incidente con el mulato, se encaminó, como siempre, confiado y alegre, al bohío, el cual no tardó en atravesar a balazos el enemigo.

Se apagó la luz que había en el interior. Era tarde! Cuando los españoles penetraron al interior del rancho, los rayos de luna que penetraban de través por las ramas del techo iluminaban indecisamente el rostro ensangrentado del cabecilla y su enamorada Lola.



*Cadáver del coronel
Aranguren.*



VIII

La vida en la Manigua

De Dublé a un amigo

Querido amigo: Si supieras, o te imaginaras si-
quiera, las circunstancias realmente escepcio-
nales en que te escribo esta carta, cuyas líneas mal
trazadas y poco rectas no han hallado otro sitio en
que estenderse que en los bordes de un periódico
caído por ventura a mis manos; si todo eso supieras
o sospecharas, no podrías menos que creer que
mucho me he acordado de los míos y de tí al tomar la
resolución de escribirte esta carta, que acaso no
llegue nunca a tu poder, que talvez no tenga con quien
enviarla a Nueva York y que es mui probable que no
salga de mi bolsillo, por no tener a quien ser confiada...

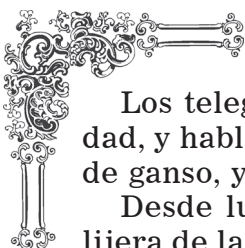
Imáinate desde luego las dificultades para pro-
veerme de papel, lápiz y sobre!...

Salió el primero de las márgenes de un diario
yanke, llegado quién sabe cómo a nuestro campa-
mento; el segundo lo proporcionó el mismo jeneral
Betancourt, en cuyo afecto voy ganando más y más
terreno; y el tercero lo inventó el ingenio, que, de-
jando humildades a un lado, te diré que no ha muer-
to por completo con las penalidades horribles del
hambre, la fiebre y las heridas.

¡Qué vida, chico!

En razones de peso podría fundarme para creer
que de esta aventura no escapo, y de la cual tanto
tendria que contarte.

¡Qué van a imaginarse por allá lo que es esta guerra!



Los telegramas, como tú sabes, poco dicen verdad, y hablan, en la mayoría de los casos, por boca de ganso, y por cierto que no de ganso capitolino.

Desde luego, y ántes de entrar a hablarte a la lijera de la vida en la Manigua, te diré, para que te formes una idea gráfica de la situación nuestra, que en Cuba hai trescientos mil soldados españoles, doscientos cincuenta mil peninsulares y el resto formado por cubanos afectos a España.

Figúrate, pues.

Las cosas han llegado a una situación tan crítica que yo ni siquiera me imagino cómo vamos a salir de ella. Anuncian que luego llegarán de España nuevos refuerzos y la reconcentración, ideada y llevada a efecto por Weyler, empieza a dar sus frutos: todo el país está asolado y de este afeite jeneral no queda otra cosa en pié, en toda la isla, que las melancólicas palmas, de muchas de las cuales penden los esqueletos de los ahorcados en ellas.

En Matanzas, donde estoi al lado del Jeneral Betancourt, hai cerca de cuarenta mil soldados—¡y nosotros somos cinco mil y tantos!—que no nos dejan ni a sol ni a sombra.

Sólo se ven ruinas e ingenios incendiados y cuyos escombros humean días y días; ranchos, *bohíos* y plantaciones, todo ha sido arrasado, y la jente, obligada a reconcentrarse en las ciudades, donde el hambre hace los estragos mas horrorosos.

No hace muchas noches uno de nuestros exploradores logró entrar a Matanzas con comunicaciones de nuestro Jeneral para el Comité de la ciudad, y pudo percibir, confundido con las sombras y la oscuridad, un olor a cementerio y hospital al aire libre, en que, en espantosa promiscuidad, confundíase la podredumbre de los muertos con los harapos y la agonía de los vivos... ¡Eran las calles de Matanzas, atestadas de reconcentrados!

Camino, lomas y bosques son constantemente recorridos por interminables partidas de fuerzas

EN LA MANIGUA

de las tres armas, en contacto perpetuo con otras divisiones volantes prontas a correr en su auxilio.

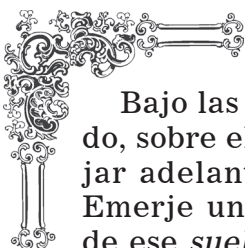
Las sorpresas, como tú puedes comprender, se hacen cada vez más difíciles, de tal modo que tenemos que refugiarnos en las ciénagas y en la Manigua, donde pasamos días y semanas en espera de las municiones, que se han agotado por completo, aventurándonos muy rara vez a alejarnos del único y terrible refugio que va quedándonos. El Jeneral, cuyos nervios no están hechos para la inmovilidad, habla poco y está más sobrio que nunca.

Hace varios días que estamos en plena Manigua y, lo que es peor, sin saber a punto fijo cuándo saldremos de ella, porque ya puedes figurarte que no tiene nada de agradable esta vida.

A las seis de la tarde se tocan los pitos para ir a *forrajear*. Al sentirlos, los españoles, que también suspenden todas sus operaciones a esa hora, arman una algazara infernal, como riéndose del forzado escondite en que estamos.

Un rato después los asistentes vuelven con agua y caña, yucas, malangas, guagüies y nánies,⁵³ lo que no es tan fácil encontrar, porque los españoles queman hasta las raíces que puedan servirnos de alimento. Cuando el día empieza a pardear, como dicen en nuestra tierra, divísanse a través de las cañas las pequeñas fogatas del rancho: son los negros asistentes cocinando las *viandas*! que han podido recojer en la tarde. No sé qué lejano recuerdo de Chile me trae esta operacion tan animada en nuestros campamentos, por el ingenio de los rotos, que se aviva a esa misma hora, cuando las tripas van a cobrar sus cuentas atrasadas e insolutas. Nosotros observamos desde nuestras hamacas, pendientes de las grandes cañas, esta operacion.

⁵³ Tubérculos alimenticios, que en Cuba también son llamados viandas.



Bajo las hamacas hai un fangal espeso y profundo, sobre el cual no se puede dar un paso sin arrojar adelante algo pesado en que afirmar el pié. Emerje una atmósfera fría, densa como un vaho de ese *suelo* inhospitalario e implacable.

De repente se siente un ruido bajo la hamaca. Sacamos la cabeza para observar. ¡Es un enorme y pacífico caiman que nos observa amistosamente con sus ojos inmóviles y tranquilos!

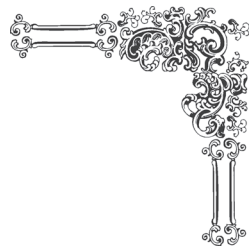
¡Qué soledad, qué quietud en estos bosques tan raros, en que se vive bajo un eterno techo de enormes hojas verdes!

Una de estas tardes, el asistente llega contento y feliz con el cacharro del rancho: nos trae una *jutia*,⁵⁴ lo que a estas alturas tiene la importancia que tenia una buena empanada cuando nuestras cimarras a Playa Ancha y Las Zorras.

Pero como no todos los dias se encuentra una *jutia*, el asistente recorta de cuando en cuando un pedazo de nuestras sillas para echarle alguna presa al agua o *caldo* del cacharro.

En fin, querido amigo, hasta luego; abrazos a todos los míos y ruega a Dios que algún día tenga la felicidad de dárseles muy estrechos a mis padres y a tí.—Carlos.

⁵⁴ Rata. (*Nota de Dublé.*) Se trata de un roedor de gran tamaño que abunda en los bosques de Cuba. No es, como refiere Dublé, una rata.



IX

Adios, Escobar!...

Creo que ya he dicho, ciñéndome a la más rigurosa verdad histórica, que el jeneral Molina, jefe de las fuerzas españolas en Matanzas, era uno de los jefes más activos y valientes de los que peleaban en Cuba. Digno adversario de Betancourt, había jurado no salir de la provincia sin dejar tumbados y comiendo tierra al jefe rebelde y a todos los que operaban bajo sus órdenes.

La dificultad de dar exacto cumplimiento a tal juramento no arredraba al atrevido jeneral, quien parecía ya en vísperas de cumplir su terrible promesa.

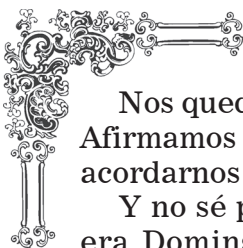
Después de la temporada en que los combates al arma blanca y las escaramuzas habían llegado a sucederse tres y cuatro veces por día, vino un período de relativa calma, de silencio: era que la insurrección se acogía a la Manigua para tomar aliento y seguir su terrible cruzada.

La persecucion era tan activa e incansable, que en no pocas ocasiones tuvimos que meternos a las mismas ciénagas de Zapata, donde en el acto salían a recibirnos los caimanes, los mosquitos, las fiebres y todo jénero de paludismos mortíferos.

Ahí pasábamos días y semanas con el fango hasta el pecho y acampados en los escasos bajos que lográbamos encontrar.

—¿Te imaginaste alguna vez en la que veníamos a meternos?—le dije un día a Dublé.

—No embromes la paciencia—me contestó.



Nos quedamos pensativos, sin hablar una palabra. Afirmamos los codos en las rodillas y nos pusimos a acordarnos de nuestra tierra tan querida.

Y no sé por qué tuve la extraña intuición de que era Domingo.

—Me parece que hoy es día de fiesta—le dije a mi compañero.

—Tanto dá; ¿pero en qué mes estamos?

—Hoy es Domingo—agregué, ratificando mis cálculos,—y estamos en el mes de Abril.

Volvimos a quedar en silencio y con las manos en las rodillas y como eran las nueve o las diez de la mañana, sospecho que a los dos nos parecía ver patente la hora de la misa en el Espíritu Santo: las muchachas de manto, con las manos metidas bajo la alfombra doblada para librarlas del frío y en las torres tocando hechas un contento las campanas...

¡Pero qué lejos estaba todo eso!

—¡Para poesías estamos!—le dije a Dublé, como saliendo de un sueño.

—Mira!—agregué mostrándole las heridas profundas que me habían hecho en las piernas los palos de la Manigua, invisibles en las marchas nocturnas.

Vinieron a comunicarnos que acababan de morir dos compañeros de fiebre palúdica, como advirtiéndonos cristiana y oportunamente que fuéramos echando la barba en remojo.

¡Ya la teníamos!

Después merendamos majases⁵⁵ asadas sin sal.

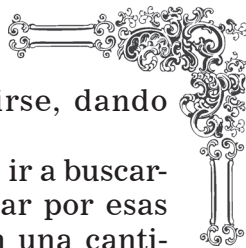
—Mira! me dijo riéndose Dublé.

Me mostraba un limón.

Culebra con agrio, algo era algo; como quien dice pejerreyes en salsa...

En esto estábamos cuando sentimos ruido; era un grupo de soldados españoles extraviados en la

⁵⁵ Culebras. (*Nota de Dublé.*)



ciénaga, donde no tardaron en hundirse, dando gritos desesperados.

—Pobrecitos!—pero quién les metía el ir a buscar-nos hasta ahí mismo! Porque para andar por esas rejonas había que ser mui práctico en una cantidad de cosas, la primera y la más primordial de las cuales era andar siempre al trote, para no darle tiempo a las piernas que se enterraran por completo.

Uno de esos terribles días de la Manigua llegó donde nosotros el mismo jefe de la escolta de Betancourt.

—Ola, comandante, ¿cuándo saldremos de este infierno?

Escobar nos quedó mirando un buen rato, como si no quisiera darnos tan luego el gusto de alguna buena noticia.

Por fin habló:

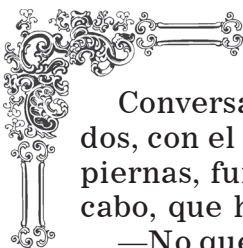
—El jeneral me acaba de llamar para comunicarme que la jente se le muere y que necesita bueyes y caballos.

Ahora—continuó—la operacion se hace cada vez más difícil. He salido varias veces con diez o doce hombres y he logrado meterme en algunos pueblos; pero con tan poca fortuna que siempre me han rechazado o descubierto.

Su estrella de matrero empezaba a eclipsarse y el jeneral le hacía continuas bromas diciéndole que ya no servía para nada y que pronto lo mandaría a cuarteles de invierno.

Con este motivo, el valiente Escobar se pasaba los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio ideando la manera de dar algun malon en grande. ¡Pero cómo diablos, si ya no se podía dar paso sin encontrarse con los españoles, los cuales daban ocho a cuatro que antes de quince días la revolucion quedaba sofocada en toda la provincia.

¿No había oído él mismo una noche la conversacion de un reten, hasta el cual había llegado arrastrándose por el suelo?



Conversaban con el cuello de sus capotes alzados, con el rifle tendido horizontalmente sobre las piernas, fumando y formando rueda alrededor del cabo, que hablaba con gran solemnidad.

—No quedan más mambises que en la ciénaga... Los demás, c... están comiendo lechugas por el tallo.

Escobar, indignado al oír esto, disparó los cinco tiros de su revólver y las emplumó como alma que lleva el diablo.

Un día le dijo el jeneral que parecía que se hubiera acobardado.

—Está bien—contestó—o me matan o mañana hay bueyes en el campamento.

¿De tal manera que el pobre Escobar iba a morir por traernos a nosotros un buen bocado?...

—Si le parece lo acompañamos—le dijimos.

Aceptó y, en efecto, esa misma noche nos pusimos en marcha.

—La cosa es difícil como un demonio —nos dijo;— pero estoi herido en mi amor propio. Ha llegado mi último día.

—Al suelo—nos dijo mas allá.

Entregamos los caballos a un asistente y seguimos a tientas, tratando de que ni nosotros mismos nos sintiéramos los pasos.

—¿A dónde estamos?—le pregunté al oído.

—Casi encima de los fuertes del “Cotorro” —me contestó pegando sus labios a mis orejas.

Se detuvo para orientarse mejor y volvió a acercarse a mis orejas:

—Estamos a cuatro o cinco cuadras del “Cotorro”...

—Alerta!...

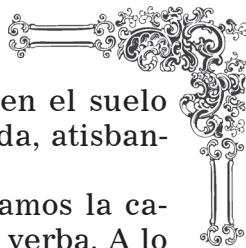
—Uno...

—Alerta!...

—Dos...

—Alerta!...

Era el grito de los centinelas, tan lúgubre y melancólico en esos sitios y a esas horas.



—Esperemos—me dijo tendiéndose en el suelo entre las yerbas, con la cabeza levantada, atisbando y en perpétua observacion.

Percibimos ruidos de pasos y agachamos la cabeza perdiéndonos por completo en la yerba. A lo lejos se divisó una sombra en marcha.

—Es una patrulla—murmuró Escobar levemente.

—En efecto, comandante—le dije—si nos acercamos nos dan el bajo. El valiente guardó silencio.

—Si tal sucede y usted tiene tiempo sáqueme de este bolsillo una carta, con que ando desde que empezó la campaña, y se la entrega al jeneral. En ella hai un anillo; era de mi padre.

Y ahora—continuó—manos a la obra; ya es tarde y los españoles deben estar desprevenidos o durmiendo.

—Dios lo quiera!—le dije estrechándole la mano.

Seguimos un poco y luego me dio orden de que me quedara ahí listo y esperándolo.

Oímos de nuevo el alarido de los centinelas:

—Centinela, alerta... uno!...

—Alerta... dos!...

Estábamos casi encima del fuerte.

Perdí por completo de vista a Escobar y me quedé solo en medio del campo y de la noche. Instintivamente apretaba con fuerza la cacha de mi revólver.

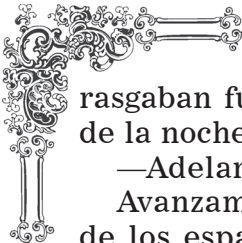
—Andrés—le dije al asistente—listo...

Me había quedado con mi asistente, Andrés Hernández, un muchachito de diez y seis años, que me quería entrañablemente y que no se conformaba con no estar donde yo estaba.

—Si ves bueyes, arréalos.

Nos acercamos un poco más, escondiéndonos detrás de una cuba, de tal modo que pude ver perfectamente cuando Escobar entró a un corral seguido de seis de sus mejores peines.

Junto con entrar, los españoles corrieron a cortarle la retirada; un segundo después seis fogonazos



rasgaban furtivamente las sombras impenetrables de la noche: Escobar se batía casi cuerpo a cuerpo.

—Adelante!—le dije a mi asistente.

Avanzamos unos cuantos pasos y ya mui cerca de los españoles, que seguramente no esperaban un ataque por retaguardia, disparamos nuestras Winchester.

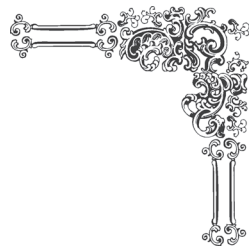
El enemigo, que a causa de la oscuridad no podía conocer el número exacto de los que había en el corral, se imaginó que a su vez estaba cercado y retrocedió dejando libre la puerta, por donde vimos salir en el acto tres hombres, en uno de los cuales reconocí a Escobar, viniéndose machete en mano encima del enemigo. Pero antes de llegar hasta él y a una descarga del enemigo, cayó de espaldas mortalmente herido, seguramente.

Todo estaba concluido.

Sentía un peso enorme en el corazón por no haber podido hacer nada por aquel amigo tan valiente y bueno.

—Qué hacerle!—me dije.

Y disparamos de nuevo nuestras carabinas, retirándonos. En ese momento todo el fuerte se ponía en movimiento y su guarnición, creyéndose en medio de un asalto, hacía a las sombras un nutrido fuego de fusilería.



X

Recuerdos de un poeta

Volvimos a la Manigua, pero con un amigo menos. Ya no volveríamos a ver al pobre Escobar, que fue nuestro mejor amigo durante la guerra.

Y todos los días uno menos! La misma Manigua estaba atestada de enfermos y moribundos.

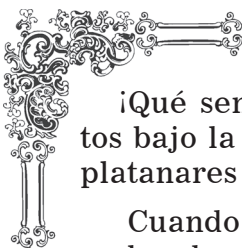
Una tarde, uno de ellos nos mandó llamar para hacernos un encargo. ¡Todos nos hacían encargos, como si creyeran que nunca iba a tocarnos nuestro turno, que acaso ya vendría en camino desde el caldeado cañón de algún Mauser español.

No conocíamos al incógnito legatario, a quien apenas podíamos distinguir entre las sombras, con la barba enormemente crecida, el rostro descolorido, los ojos cavernosamente sumerjidos en las órbitas y el pelo mui largo.

—A ustedes no les pasará nada, y como yo—nos dijo—no saldré de aquí, les confío estos versitos para que los conserven y los publiquen alguna vez, si les parece. Son escritos en la Manigua, y por consiguiente, recuerdos.⁵⁶

Apenas, a la última claridad del día que se iba, pudimos leer algunos.

⁵⁶ El combatiente poeta citado por Dublé, era el puertorriqueño Francisco Gonzalo Marín, *Pachín*, teniente del Ejército Libertador, auxiliar de despacho del General en Jefe Máximo Gómez, fallecido en la manigua cubana a finales de 1897 a causa del paludismo. Marín dejó inconcluso al morir un libro de poemas que llevaba por título “En la arena”. Fue uno de los espíritus románticos más elevados de la guerra de Cuba. Su muerte causó conmoción entre los cubanos, en especial en Gómez.



¡Qué sentidos, qué hermosos esos versos escritos bajo la sombra de las palmas cautivas y de los platanares cuyo susurro parece un sollozo!⁵⁷

Cuando un pueblo no tiene una bandera,
bandera libre que enarbole ufano,
en pos de un derecho soberano
y el patriotismo, la gentil quimera:
si al timbre faltan de su gloria entera
bríos de combate en contra del tirano,
la altiva dignidad del ciudadano
o el valor instintivo de la fiera;
con fé jigante y singular arrojo
láncese al campo del honor fecundo,
tome un lienzo, al azar, pálido o rojo,
y al teñirlo con sangre, el iracundo
verá cambiarse el mísero despojo
en un trapo que asombre a todo el mundo.

—¡Es un pedazo del alma de la pobre Cuba!—le dijimos.

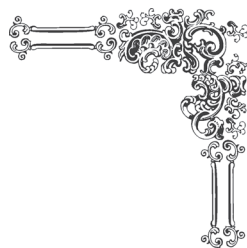
—Pero los que a mí me gustan mas por lo sencillos son estos otros, nos dijo suspirando:⁵⁸

Ya voi a echarme a la mar!
Abordo el buque mambí
con el ansia de alcanzar
bien las costas de Pinar
o la Punta de Maisí.

Me dejo prendas hermosas
atrás, de inmensa cuantía.
¡Suponed si son preciosas
cuando en medio de esas cosas
me dejo a la madre mía!

⁵⁷ Este poema de Pachín Marín se titula “El Trapo” y fue dedicado por su autor a Puerto Rico.

⁵⁸ Este poema de Pachín Marín se titula “En el Barco” y fue dedicado a su madre.



Pero allá tengo también,
y voi a encontrar ilesos,
laureles para mi sien,
hombres para Borinquen
y de mi hermano los huesos.

No me brinde en copa de oro
la juventud su tesoro
ni el pária su infausta suerte,
que yo me voi a la muerte
prometida a quien adoro.

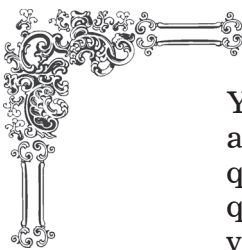
Con cuánta satisfacción
bajo el cubano pendon
se saciara mi deseo
combatiendo en la lejión
fantástica de Maceo!

O con qué delicia estrema,
con la estrella de Mambí
como fúljida diadema
caeré luciendo el emblema
de la tierra de Martí.

Al mirarme luchador,
madre, sentirás dolor,
pues cambia tu mozalbete
por el pomo de un machete
su corona de cantor.

Mas si yo te tengo a tí
como a mi madre y mi dios,
tengo otra madre ¡ai de mí!
La patria en que yo nací,
madre ingrata de los dos!

Ya verás, noble señora,
tras una espléndida aurora
surjir de pronto a la vida
una gente redentora
y una tierra redimida.

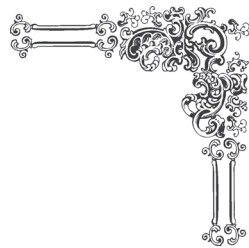


Y has de ver idicha sin tasa!
al fin de la ardua pelea
que nuestros campos abrasa,
que es mas santa nuestra casa
y mas linda nuestra aldea.

¿Y ese poeta iba a morir?
Se quedó como en medio de un sueño.
—Quisiéramos que en nuestra tierra conocieran
esos versos. ¡Pero es tan difícil que volvamos!
—Lléveles esta canción, agregó.⁵⁹

De mi existencia en el erial sombrío
no encuentro un árbol donde reposar,
ni hay un labio que bese el labio mío
acíbar y amargura sin dejar.
Soy un triste viajero del desierto,
planta azotada por el aquilón...
ave sin nido, náufrago sin puerto,
hombre sin ideal, sin corazón;
tú puedes, sin embargo, mis agravios
en esperanza de dicha convertir,
puedes besar mis ardorosos labios
haciéndome de dicha sonreír.
Mas, si piensas de nuevo abrir la herida
cicatrizada ya por la aflicción,
déjame planta, náufrago sin vida,
hombre sin ideal, sin corazón.

⁵⁹ De esta canción de Pachín Marín, no existen referencias anteriores.



XI

¡Por no reconcentrarse!

No todos los cubanos obedecieron la terrible orden de la concentración. Muchos corrieron a las filas de la revolucion, marcharon otros a las ciudades y, por fin, no pocos se internaron en la Manigua, ocultando sus bohíos en impenetrables espesuras.

No era, pues, del todo difícil, ni tampoco tan fácil, encontrarse en la misma ciénaga con guajiros tai-mados que no habían hecho pito de caso de la orden de Weyler.

Estando acampados en un bosque de Matanzas, encontramos un campesino que no había querido acercarse a ninguna poblacion de puro miedo de morirse de hambre.

Ahí vivía el pobre guajiro, sirviéndonos en lo que podía y ofreciéndonos de cuando en cuando ratas y algún buen trago de café.

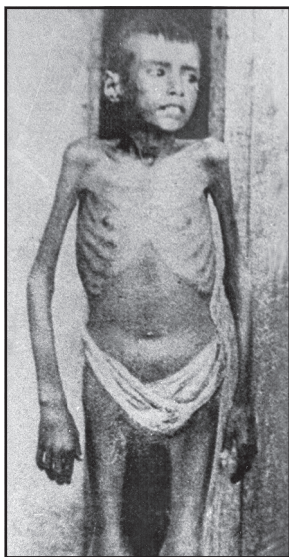
Una tarde, de vuelta de un reconocimiento, nos internamos en su busca en la verde espesura.

No tardamos en llegar; pero cuál no sería nuestro espanto al ver en un rincon, tapado con un poncho y hecho pedazos, al pobre guajiro.

A su lado estaban, muertos tambien y pudriéndose al aire libre, dos mulatitos de seis a siete años; mas allá, sobre un monton de ramas, la madre con una chiquitina pegada al pecho nauseabundo, y a un lado, sentadita, desencajada, casi desnuda, la hijita mayor del bohío cambiado en cementerio, espantaba con una rama las bandadas de aves de rapiña que revoloteaban alrededor de los cadáveres.

—¿Has visto nada mas horrible?—me preguntó Dublé.

No pude contestarle y tomando a la chiquitina, que lloraba con el quejido más triste del mundo, entre los brazos la llevé al campamento.



Efectos de la reconcentración de Weyler entre la población cubana.

No sé qué sinnúmero de ideas revoloteaban por mi cerebro, incoherentes, confusamente y que venían a rematar en la monotonía de este estribillo, entre cuyas sílabas y palabras me parecía ver volar las aves de rapiña del bohío del guajiro:

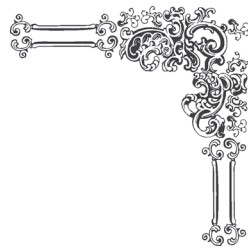
—¡Esta es la guerra!...

—¿Cómo le ponemos á la chiquitina?—me preguntó Dublé.

—María.

—Bueno, que se llame María.

Pobrecita, hija del hambre y del horror!



XII

Marcoleta y Lara

Recibimos, cuando menos lo pensábamos, una comisión para la Habana y marchamos inmediatamente, acampando al día siguiente en la sierra de Calabriganga, donde vino a vernos Marcoleta, devorado por la fiebre y con un brazo en completo estado de descomposición.

Llegó donde nosotros y, no pudiendo tenerse en pié, se dejó caer en el suelo.

Lo montamos en nuestro caballo y le prometimos no abandonarlo hasta que mejorara.

Anduvimos cuatro días con él; pero el pobre ya no podía mas y al llegar al término de nuestro viaje nos rogó que lo dejáramos con el asistente.

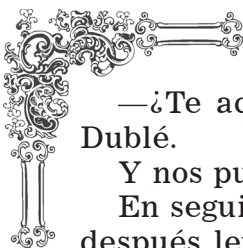
Volvimos dos días despues y Andrés salió a encontrarnos, llorando a mares, diciéndonos que Marcoleta había muerto la noche ántes sin decir una palabra, sin lanzar una sola queja—que era lo mejor en aquellas circunstancias en que lo único positivo era encomendarse a Dios y hacerse una cruz en el estómago...

Andrés había envuelto el cadáver de Marcoleta en dos grandes yaguas.

Procedimos a hacer un hoyo. Trabajamos en silencio y, cuando concluimos nuestro trabajo, miramos el cadáver del compatriota, del cual nos íbamos a separar para siempre.

Dublé y yo tomamos a Marcoleta de los piés y la cabeza y lo echamos a la tumba que le había abierto nuestro cariño.

No podíamos aguantar la pena.



—¿Te acuerdas de algún rezo?—me preguntó Dublé.

Y nos pusimos a rezar una oración.

En seguida empezamos a echar tierra al hoyo y después levantamos encima una especie de pirámide de *piedras*.

—Si salvamos con vida de la revolucion, volveremos por aquí—me dijo Dublé cuando nos alejábamos.

Y en efecto, volvimos, pero jamás pudimos dar con la sepultura del pobre Marcoleta.

Íbamos ya lejos, cuando paré el caballo, suspendí la rienda y me empiné en los estribos para divisar por última vez el montón de piedras bajo cuyo peso descansaba mi compatriota:

—¡Adios Marcoleta!...

—Anda—dijo Dublé y seguimos nuestro camino en el más profundo silencio.

Los pensamientos mas tristes seguían tras nosotros.

¡Caracoles!... ¡Si ya iríamos siendo los únicos chilenos que en Cuba quedaban vivos!

—Mira—me dijo Dublé pasándome un diario español de la Habana que había caído por casualidad en sus manos.

Era un periódico en que, bajo epígrafes mui gordos y letras mui grandes, daban cuenta de la muerte del “infame cabecilla chileno Dublé.”

—Chico,—le dije—convendría que fueras a rectificar...

¡Nos acordamos de los remitidos de *El Ferrocarril*!

—Arturo Lara—me dijo luego Carlos—no sé dónde pára ni qué suerte habrá corrido.

Lara mandaba medio regimiento de infantería, y *por su bueno (sic)* se había conquistado el nombre de “El león chileno”.

¡En qué oleadas de satisfacción nos bañábamos al sentirlo llamar así!

Tenía muchas heridas, una de ellas en el pecho. A poco más, ya podría descontar un año por cada herida, sin contar las cicatrices.



Contaba veintiocho años y era hijo de un capitán de los tiempos de don Manuel Bulnes.

Conforme Lara oía nombrar a Chile, decía que no había cosa como esta tierra, y en prueba de ello andaba poniendo a cada rato su vida en un pelo.

—Hermanos,—nos dijo en una ocasión en que por casualidad nos encontramos con sus fuerzas—hermanos, si volvemos a Chile, van a ponerse muy contentos por allá al saber que nos hemos portado bien.

¡Y qué sería de él!

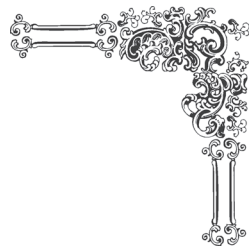
No tardamos mucho en saberlo. Muy enfermo ya de fiebre, y recién llegado de una larga marcha, acampó, hizo amarrar su hamaca y ordenó el servicio de seguridad. Por desgracia, merodeaba por ahí una columna española, que descubrió el rastro y se puso el dedo verticalmente sobre los labios para quedarse callada por el momento, a fin de hacerles ánimo a los cubanos, es decir, pillarlos sin perros.

Pero las ganas eran tantas que los españoles no pudieron contenerse, cayendo antes de que las avanzadas estuvieran colocadas.

Fue tan súbita la sorpresa, que Lara no tuvo tiempo para otra cosa que para enderezarse en la hamaca y gritar:

—“Nos pillaron m...”

Y junto con decir ésto, el pobrecito caía de boca, acribillado a balazos.



XIII

La intervención

Se aprovechó de una oportunidad el Jeneral Betancourt y dijo:

—Otra vez para Lomas del Purgatorio...

Como quien dice para Chimbarongo o Quilicura...

¡Qué pena daba vernos!

Ya no éramos ni soldados, ni nada, sino la misma muerte en botella,⁶⁰ paseándose machete en mano por los chamuscados campos cubanos.

Eso no era andar en campaña, sino en pena.

Y para parecernos más con las ánimas, íbamos a Lomas del Purgatorio...

Sin embargo, no por estar en el Purgatorio los españoles nos dejaban en paz. Allá fueron a buscarnos y de ahí salimos entre llamaradas y machetazos.

¡Hasta el Purgatorio les parecía un sitio demasiado cómodo para nosotros!

Sin embargo, luego empezaron a pasar horas y semanas sin recibir ni por asomo la visita de ellos.

¡Qué podría ser!



El mayor general Pedro E. Betancourt, último jefe del capitán Dublé.

⁶⁰ Dicho chileno. (*Nota de Dublé.*)



¿Se habrían quedado dormidos?

¿O estarían aburridos de tanto trasegar en busca nuestra?

Nos hacíamos una infinidad de conjeturas que iban avivándose cada vez más, porque era realmente extraño que ya no nos visitaran con la amable frecuencia de antes.

Algo muy grave debía ocurrirles.

Estaba una mañana nuestra infantería en un camino al pie de Lomas del Purgatorio, cuando vimos que venía a todo golpe un jinete mambí, que meneaba desaforadamente los brazos.

Nos pusimos de pié haciendo toldo con las manos para verlo mejor: en efecto, era un mambí; y, para más señas, disparaba su rifle, apuntando al aire.

Por sus movimientos y ademanes, más parecía un loco; pero con locura y todo, había despertado de tal modo nuestra curiosidad, que no veíamos la hora de tenerlo cerca, cuando lo sentimos gritar: “¡Viva Cuba!...Se acabó la guerra”.

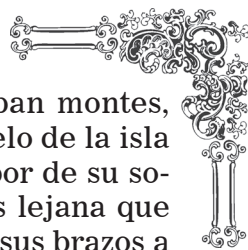
Nos quedamos perplejos.

Lo rodeó por completo la infantería y le intimó que se expresara con más claridad.

—Se acabó la guerra!—volvió a gritar—¡Se metieron los Estados Unidos!

Entonces lo comprendimos todo: era la noticia de la intervención! El Tio Sam se había puesto su estrellado *chaquet*, había mandado moverse a sus acorazados cetáceos y dicho, por fin: esto se ha acabado...

La guerra iba a terminar, volvería la paz, volveríamos a nuestros hogares y Cuba sería libre... Un júbilo infantil, un deseo de correr, saltar y abrazar y sacudir a todo el mundo, se apoderó de nosotros e imitando al mambí empezamos a disparar tal número de tiros, que las fuerzas insurrectas que estaban acampadas a nuestra retaguardia principiaron a retirarse, creyendo que eran los españoles los que llegaban de nuevo.



Gritos de incontenible alegría llenaban montes, valles y Manigua. Parecía que todo el suelo de la isla se estremeciera íntegro en el primer albor de su soñada libertad, que acaso ahora esté más lejana que nunca... Los más grandes tomaban entre sus brazos a los más chicos, suspendiéndolos en el aire.

Todo el mundo disparaba sus rifles, como si desde ese instante ya no hubiera más necesidad de economizar proyectiles.

El emisario fué llevado a presencia del Jeneral, para quien traía instrucciones escritas de parte de Mayía Rodriguez.

Luego lo supimos todo: los yanques bloqueaban la isla y se preparaban para desembarcar en ella.

—¿De tal modo que no seremos nosotros los vencedores, sino los yanques?—nos preguntamos con Dublé.

La guerra iba a terminar, íbamos a volver a nuestra tierra, pero dejando a Cuba nó en poder de los cubanos, sino de los norte americanos. Un dejo, una espesa nube de tristeza pasaba en esos instantes por nuestros corazones.⁶¹

Las instrucciones del Jeneral Mayía decían que podíamos acampar a quinientos metros de cualquier ciudad y, en efecto, esa misma mañana partimos hacia Matanzas y acampamos en sus cercanías, en la quinta “Yugayo”, donde echamos la pierna arriba y empezamos a darnos aires de dueños de casa. ¡Y teníamos razón! Porque todo fué sentir nuestras tripas la visita del pan, para empezar a sentirse orgullosas y exigentes. ¡Debilidades humanas!...

Después vino el tasajo, y a renglon seguido una verdadera epidemia de indigestiones, de resultas

⁶¹ Dublé fue, como la inmensa mayoría del pueblo cubano, víctima del proceso de frustración que significó la intervención norteamericana en la guerra de Cuba, en los momentos en que la balanza militar y la iniciativa de las acciones, se inclinaba al lado cubano. El triunfo era cuestión de tiempo. Estados Unidos amargó el sabor de la victoria.

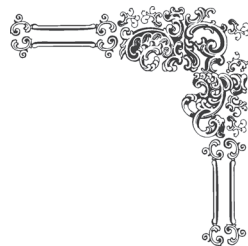
de las cuales no pocos pararon los pies antes de ver el término de la funcion.



*Entrada de las tropas cubanas a la ciudad de Matanzas
el 20 de enero de 1899.*

Disponer de tan buen *menu* y andar tan mal trajeados! No podía ser o, por lo menos, era una aberracion, porque a los banquetes no se asiste en mangas de camisa, y nosotros vivíamos en perpétuo banquete.

Muy conveniente era, pues, ver modo de componernos un poco.



XIV

Gran mundo... en la Manigua

En ésto estábamos pensando, cuando empezó a llegar al campamento, heraldos de la hermosura, de la elegancia y del amor; interminable procesión de familias y muchachas que llegaban vivándonos, arrojándonos flores y besos, que también es otra clase de flores, según dicen.

No necesito dejar constancia del gusto que nos daba cuando oíamos que las cubanitas llegaban al campamento preguntando por los *chilenos*.

Y cuando nos veían tan jóvenes, tan sin pelo de barba, no querían creer que éramos nosotros, porque nos atribuían una série de hazañas fabulosas y de machetazos homéricos.

¡Qué lindas eran! Nos quedábamos con tantos ojos abiertos mirando sus luceros más negros que el café y mucho más revolucionarios que nosotros.

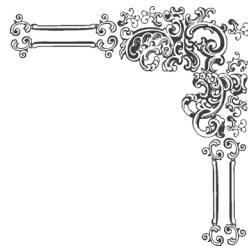
¡A cuántas podría recordar! ¡A cuántas que nos han hecho pensar tantas veces en volver a Cuba!

Evacuaron, por fin, los españoles a Matanzas, y entonces nos tocó entrar triunfalmente más de cinco mil hombres al son del himno de Bayamo y de la marcha de Washington. Fue el día de los arcos de triunfo, de los himnos y las flores para los heroicos y aporreados revolucionarios de Matanzas.

Día y noche nuestro campamento era visitado por las familias, y luego empezaron a organizarse paseos al campo, a los antiguos campamentos y a los sitios históricos.

—¡Qué hermoso es decirle a una chiquilla que mira asustada, llevándose la manecita a la boca:

—Aquí peleamos tres días; ahí murió Arangúren; acá sorprendimos un convoy; más allá ahorcamos a un traidor..



XV

¡A la Habana! Máximo Gómez

Recibimos orden de trasladarnos a la Habana y agregarnos al cuartel jeneral de Máximo Gómez, quien—imudanzas de la suerte!—ocupaba la hermosa quinta de “Los Molinos”,⁶² residencia habitual de los capitanes jenerales españoles.

Si Weyler llega a ver ahí al jeneralísimo rebelde, se cae muerto de rabia después de haberse tirado sus escasas patillas.

“Los Molinos” son una gran quinta poblada de árboles gigantescos, de aquellos que inspiraron la romántica y si es no es (*sic*) lugareña fantasía de don Francisco de Camprodon, el de *Flor de un día*.

De tal manera que íbamos, pues, a ver por segunda vez a Máximo Gómez.

La primera ocasión en que lo vimos fué después de mucho andar, contramarchar, sacar el cuerpo y escaparnos por aquí y por allá. Nos acercábamos, sirviendo de ayudantes al coronel Fonts,⁶³ al campamento de la brigada de Villa Clara,—uno de los lugares mas hermosos de la Isla y que es, al mismo tiempo, uno de los que mas recuerdos evoca.

Por ahí, mui cerca, en Manayanabo, se habían batido los patriotas desde la mañana a la noche, al

⁶² La llamada quinta de “Los Molinos” era en realidad una finca de recreo, campestre, situada en La Habana extramuros. Los capitanes generales habitaban en el palacio de ese nombre situado en la plaza de la Catedral.

⁶³ Coronel Ernesto Fonts Sterling, Secretario de Hacienda del gobierno de la República de Cuba en Armas.

mando de Serafín, del incomparable Serafín Sánchez.⁶⁴

En la noche de aquella cruenta jornada se emprendió la más triste de todas las marchas, llevándonos los heridos a cuestras y teniendo a veces que taparles la boca para que sus justos ayes no nos delataran. Caminábamos por las famosas quebradas de Barrabas. ¡Inolvidables, en verdad!

Beatificado por esta clase de recuerdos y bautizado con la mejor sangre cubana estaba el campamento a que arribábamos y en que íbamos a ver al patriarca de la revolución.

¡Como si adrede hubiera querido acampar en esos sitios santos, en que cada monton de tierra un poco levantada significa que ahí yacen los restos de algún héroe!

Ahí estaba el que empezó la guerra sin más armas ni bandera que la llamita inestinguible de su fé; el que dirigió el tremendo macheteo de Palo Seco y los combates de Naranjo, Moja Casabe, las Guásimas y la Sacra; el que repasó las trochas españolas en 1875 y trajo otra vez la guerra a las Villas y Colón; el que desembarcó en Oriente con Martí y sublevó en seguida el Camagüey, y venció luego en Mal Tiempo y Coliseo; el que efectuó, por fin, la invasion de un extremo a otro de la isla y el que, con ojo de lince, no miró nunca bien la intervención americana.

Seguíamos al coronel, a quien le manifestamos que deseábamos divisar al jeneral.

—Vengan—nos dijo.

Y continuamos avanzando hacia un miserable ranchón abandonado, lo que en Cuba llaman una *casa de tabaco*. Ahí estaba Máximo Gómez;⁶⁵ cerca de

⁶⁴ El mayor general Serafín Sánchez Valdivia era uno de los principales jefes del Ejército Libertador, veterano de las tres guerras. Murió en combate el 18 de noviembre de 1896.

⁶⁵ El mayor general Máximo Gómez Báez, dominicano, General en Jefe del Ejército Libertador. Fue el maestro en artes de la



él descansaba su ayudante Soler, más allá el doctor Perez Abreu⁶⁶ y mas allá aun algunos centinelas hacían la guardia. En un ángulo, bajo modestísima tienda, en una hamaca descolorida, veíase una ropa de dril, unos anteojos y una gran pera y un gran bigote blanco... ¡Máximo Gómez en descanso!

Era indescriptible el respeto que inspiraba ese soldado sin bordados ni aparatos!

A poco se sentó en su hamaca y se acercó su asistente con un candelero mambí.

El jeneral llamó al brigadier Vega⁶⁷ y empezó a conversar con él mientras se hacía su sencilla *toilette*.

Tendió en seguida el asistente un hule en el suelo, sobre él puso los platos con la comida, consistente en malanga y res cocida, y, como algo extraordinario, se le trajo un par de huevos duros.

Observábamos en silencio y cuadrados militarmente, hasta los menores rasgos de esa cara lijamente curtida, de esterioridades al parecer óceas, profundamente surcada de arrugas que simulaban cicatrices, de ojos pequeños y vivaces, de boca incontrastablemente inmóvil y envuelta en una revuelta nube blanca en que confundíase el bigote y la enorme pera militar.

Después de recibir al coronel Fonts, se nos presentó al jeneral.

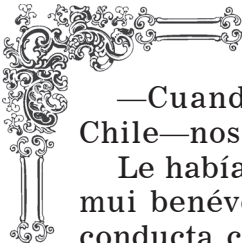
—A la órden —le dijimos llevándonos la mano a la pequeña bandera cubana de nuestro guarapon de jipi-japa.

Pareció agradarle nuestra apostura militar y se sonrió lijaramente.

guerra de generaciones de jefes cubanos, incluido el general Antonio Maceo. Los cubanos lo veneraban. Al concluir la contienda, no quiso asumir cargos públicos.

⁶⁶ El coronel Gustavo Pérez Abreu era médico del Cuartel General de Máximo Gómez.

⁶⁷ Se refiere al mayor general Javier de la Vega Basulto.



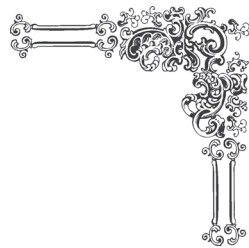
—Cuando concluya la guerra hablaremos de Chile—nos dijo.

Le habían advertido que éramos chilenos y algo mui benévolo debieron agregarle sobre nuestra conducta cuando se dignaba recibirnos.

Ya conocíamos, pues, al jeneral cuando llegamos por segunda vez hasta él. Pero no se acordaba de la primera ocasion en que nos había visto, allá en los días más tremendos de la guerra.

En el gran vestíbulo de los bajos de la quinta de “Los Molinos” habían muchas banderas cubanas y americanas, ante las cuales se detenían con silencioso respeto los centenares de personas que iban a visitar al jeneral, en cuya casa reinaba perpetua alegría, de que él se sustraía dejando a los otros en completa libertad.

—Quedan agregados a mi Cuartel Jeneral—nos dijo.



XVII

Un abrazo inesperado

¡Y qué sería del jeneral Molina, el infatigable jefe español que había operado en Matanzas!

¡Como habían rodado tempestuosamente los sucesos desde los días implacables en que nos juraba guerra a muerte, sin cuartel, a bandera negra.

¡Pobre jeneral!

¡Qué ingrato había sido el Destino con sus sacrificios!

¡Qué hacerle! No había tenido él la culpa, y, sobre todo, ambos beligerantes habían peleado como no puede pelearse mejor!

Después de nuestra entrada en Matanzas lo divisamos varias veces. Era chiquito, de unos cuarenta y tantos años, y de barba negra y completamente cerrada.

Solía vestirse de paisano y pasar por nuestro campamento.

En una ocasión, estando los asistentes del jeneral Betancourt dándole de beber a tres hermosos caballos, se acercó a ellos y les preguntó:


—¿De quién son?

—Del jeneral Betancourt—contestó el mambí que los tenía.

—¿Qué jeneral es ese?—tuvo la imprudencia de preguntar.

Y el mambí, que lo había reconocido, le contestó en el acto:

—Un jeneral que lleva sus condecoraciones debajo de la ropa, en el pellejo.



El jeneral Molina se retiró y días después se embarcó en un buque español, de donde no quiso salir hasta partir a España.

Allí se instaló esperando el momento de dejar para siempre las aguas cubanas, en que flotaban todavía, hechos astillas, los restos ensangrentados de los barcos peninsulares, cuando fondeó un buque yanke, que nos apresuramos a visitar, y que ancló tan cerca del español, que los oficiales del jeneral Molina nos veían perfectamente, observándonos con evidentes muestras de curiosidad. Por fin podíamos mirarnos de cerca y sin peligro!

—Pasen aquí!—nos gritaron con amable caballerosidad.

Ambos habíamos peleado de una manera tan honrosa para la raza, que tenían deseos seguramente de vernos de cerca y acaso de estrecharnos la mano. Abundábamos nosotros en el mismo deseo, de tal modo que los oficiales revolucionarios que habíamos ido a visitar el buque yanke no tuvimos el menor inconveniente en aceptar la invitación:

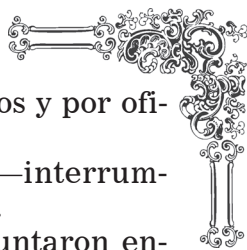
Nos saludaron militarmente y nos preguntaron en seguida si desde el principio de la revolución habíamos operado en Matanzas.

Toda la tripulación del buque español se agrupó a nuestro alrededor, mirándonos con creciente curiosidad de piés a cabeza.

No era difícil adivinar, como ustedes comprenderán, que entre ellos y nosotros había en ese instante algo de forzado y tremendo que no se decía pero que se adivinaba: en esos rostros entristecidos por el llanto del desastre, descubríase un dejo amargo: el mirar ya resignadamente recriminatorio con que España, desangrada e inerme, nos decía: sois mis hijos y habeis contribuído a sacrificarme.

Se asombraban de que la revolución tuviera oficiales decentes en sus filas.

—Entonces—les dijimos—ustedes han estado en un gran error, puesto que el ejército de la revolución



era mandado por jenerales instruidísimos y por oficiales de lo mejorcito de Cuba.

—Lo que en Chile llamamos futres—interrumpimos nosotros, metiendo el cucharón.

—¿Ustedes son chilenos?—nos preguntaron entonces.

—Justamente, y de allá venimos a incorporarnos a las filas rebeldes, porque juzgamos que la libertad de Cuba es el complemento de la emancipación americana. Y así—proseguimos—como reconocemos que ustedes estaban en su derecho defendiendo su última y mejor colonia, permítannos que también creamos que los cubanos y sus amigos defendían una causa santa.

—Aquí no se discute—dijo una voz acentuada y áspera.

Todos volvieron la cabeza: era el jeneral Molina.

Nos presentaron a él, y, conducidos a la cámara del buque, uno de nosotros, de los que acabábamos de hacernos guerra a muerte, dijo con profunda emoción, con voz casi temblorosa:

—Señores, por España y por Cuba.

Nos estrechamos las manos en profundo silencio.

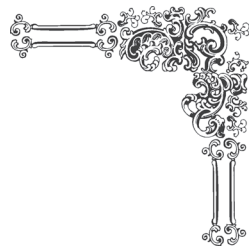
—Por Chile—dijo un oficial español.—He estado por allá empleado en una casa de comercio de Valparaíso.

—Que sea entonces porque cuanto antes volvamos—le contesté abrazándolo.

Imaginábaseme mentira lo que estaba viendo, porque mentira en realidad parecía esa repentina y súbita extinción del odio que a españoles y cubanos nos separaba un momento antes. ¡Es que corría por nuestras venas la misma sangre generosa que ha hecho de España la tierra clásica de la hidalguía!

—Señor, quisiéramos llevar algún recuerdo de usted—le dijimos al jeneral.

Sacó una tarjeta y escribió:—“Para España la vida, para Chile el corazón”.



XVII *¡Adios a Cuba!*

Los españoles habían abandonado totalmente la isla. Quedarnos mas tiempo, era para que cierta cubanita nos dejara encadenados para siempre en esa misma tierra que habíamos contribuido a libertar. Había llegado, pues, el momento tristísimo del iadios!

Mui bien, pues, continuábamos pasándolo, y tan bien que al recordarlo no podemos menos que suspirar, permitiéndonos entornar los ojos, sacudir la cabeza y ponernos ambas manos sobre el corazón, como en las escenas mas culminantes de los dramas que en las ciudades del campo y durante la temporada de vacaciones suelen representar los aficionados...

Tan positivamente bien, que al recordar aquellos tiempos, sonriendo allá sumamente lejos, perdida entre la bruma de la distancia, vemos aparecer a Lolita Morales con sus grandes ojos de terciopelo y su mantilla blanca,—nube adormecida y en eterno ensueño sobre dos soles de luto, como diría Campoamor.

El gobierno americano, recién establecido en la isla, nos había proporcionado buenos destinos, pero que por desgracia no podíamos desempeñar a causa de que las fiebres se nos venian encima dos o tres veces por semana.

Pensábamos, pues, que era tiempo de volver a nuestra tierra, cuando un día nos comunicó el Cónsul de Chile en la Habana que tenía orden de nuestro gobierno para facilitarnos pasaje hasta Valparaíso.

¡Cuánto sentíamos dejar esa tierra de nuestras primeras y acaso últimas aventuras!

Los ojitos de Lola, cuyo retrato lo miramos cuarenta y cuatro veces al día, parecían decirnos:

—Quédense, no se vayan...

Pero había que volver; y desde luego empezamos nuestros preparativos de viaje, partiendo para Matanzas a despedirnos del jeneral Betancourt y los compañeros de campaña, entre los cuales hai algunos que no podremos olvidar, por mucha que sea la ceniza que espolvoreen los años sobre nuestras cabezas: Padrines, Zaragoitia, Pablo Esplugas y tantos otros.

Después de un paseo organizado en nuestro honor, se nos ofreció un banquete, al cual asistieron todos los oficiales del Estado Mayor y los ayudantes del jeneral Betancourt, quien nos abrazó dándonos las gracias en nombre de Cuba.

¡Era un magnífico banquete, espontáneo, fraternal y sabroso resarcimiento de los tiempos en que comíamos bejucos, raices, caimanes (cuando repicaban mui fuerte), ratas una vez al año y carne de caballo allá por la muerte de un Obispo.

Aquello era para hincharse—no solo con el banquete sino con todas las finezas de la sociedad y periódicos de Matanzas.

Volvimos a la Habana y esa misma noche nos encaminamos a la calle de la Calzada del Cerro, número 775. ¡Ibamos a despedirnos de Lolita Morales, la más linda de las habaneras.

Una pena irresistible nos anudaba la garganta, poniéndonos en el caso de usar tirabuzon para sacar las palabras.

—Quién sabe si algún día voi a Chile—nos dijo.

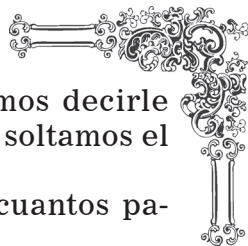
—¡Antes volveremos nosotros por aquí!

Nos miró fugazmente, como diciéndonos:

—¿Y se van!...

—No, ya no los volveremos a ver—agregó.

Al despedirnos no nos hallamos con valor de decirle qué día nos marchábamos.



—Antes de irnos volveremos—pudimos decirle a duras penas, porque si hablamos mas soltamos el llanto.

Cuando nos hubimos alejado unos cuantos pasos, me dijo Dublé:

—No tengo valor para irme.

¡Estaba enamorado!

—¿Crees—me preguntó—que debería volver a despedirme personalmente?

—No; seria mui penoso.

—¡Para qué diablos habrán echado mujeres al mundo!—agregó suspirando.

—¡Es la verdad!

Un momento después nos encaminamos al muelle, donde nos esperaba una cantidad de muchachos que habían hecho con nosotros la campaña. ¡Cuánto corazon tiene toda esa jente! Nadie hablaba una palabra, para que no lo traicionaran las lágrimas. Andres, mi asistente, lloraba a mares, no conformándose con quedarse sin mí.

—Si vuelvo—le dije—voy nada mas que a ver a mi familia para estar de vuelta en tres o cuatro meses mas.

A bordo, Dublé se encerró a solas en su camarote, para tomarse el trago mas amargo: la última carta con la promesa de volver.

El vapor iba a partir; gruesas columnas de humo, elevándose sobre el azul del cielo, proyectaban una mancha negra y flotante sobre el oro rosado y las ponientes languideces del día próximo a irse.

¡Qué triste es partir a esa hora de lejanías, de recuerdos, de penas y de encantos!

Doraba el sol las palmas tan esbeltas y serenas y cuyas copas, inundadas de oro, semejaban oriental muchedumbre de doradas cúpulas.

El toque de las campanas de las torres esparcíase sobre la ciudad, casi blanca y bañada en una apoteosis de luz melancólica y ensangrentada, como un mar de sangre y de lágrimas.

¡Cómo se agolpaban los recuerdos a esa hora de las vaguedades y los ensueños!

Sonó, por fin, prolongadamente el silbato del vapor y su quilla empezó a hundirse entre penachos de oro y de espuma.

El sol se hundió por completo, divisándose apenas tras una fantástica decoración de palmas entretejidas de nubes.

Y afirmados en la borda, agitábamos nuestras gorras, dando el último adiós a la ciudad, que se perdía en la sombra.

Bibliografía

- Aldunate Herman, Eduardo: *El ejército de Chile. 1603-1970. Actor y no espectador en la vida nacional*. Biblioteca Militar. Comandancia del Ejército. Departamento Comunicacional. Chile, 1993.
- Archivo Nacional de Cuba: Fondo Delegación del PRC.
- _____: Fondo Donativos y Remisiones.
- _____: Comisión Revisora y Liquidadora de los haberes del Ejército Libertador.
- Armas, Ramón de: "El apoyo chileno a la Revolución Cubana de 1895". En revista *Araucaria de Chile*. Santiago de Chile, 1974.
- Bacardí Moreau, Emilio: *Crónicas de Santiago de Cuba*. Tipografía Arroyo Hermanos. Santiago de Cuba, 1924.
- Biblioteca Histórica Cubana: *La Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*. Cinco tomos. Editorial Habanera, La Habana, 1932.
- Biblioteca Nacional "José Martí". Sala Cubana. Colección Manuscritos.
- _____: Colección Vidal Morales.
- _____: Colección Montoro.
- _____: Colección Ponce.
- Boletín del Archivo Nacional de Cuba: Año XXII, enero-diciembre, 1923, no. 1-6.
- Caballero, Rogerio: *Diario de operaciones*. (inédito) Museo municipal de Candelaria.
- Camps y Feliú, Francisco: *Espanoles e Insurrectos*. La Habana, 1890.
- Carrillo Morales, Justo: *Expediciones cubanas*. La Habana, 1930.
- Casasús, Juan J. E.: *La emigración cubana y la Independencia de la patria*. Editorial Lex, La Habana, 1953.

- Castellanos G., Gerardo: *Panorama Histórico. Ensayo de cronología cubana desde 1492 hasta 1933*. Ucar, García y Cía, La Habana, 1934.
- Céspedes, Carlos Manuel de: *Las Banderas de Yara y Bayamo*. Editorial “Le Livre Libre”, París. MCMXXIX.
- _____: *Manuel de Quesada y Loynaz*. Imprenta “El Siglo XX”. La Habana, 1925.
- Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba*. Tres tomos, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2004.
- Dublé, Carlos: *En la manigua*. Valparaíso. Imprenta del Universo de G. Helfmann, 1900.
- Franco, José Luciano: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*. Tres tomos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- _____: “Pedro Vargas Sotomayor. Presencia solidaria de Chile en la Revolución Cubana”. En periódico *Granma*, 19 de marzo de 1973, p. 2.
- García del Pino, César: *Expediciones de la guerra de Independencia. 1895-1898*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- Gay-Calbó, Enrique: *Las banderas, el escudo y el himno de Cuba*. Sociedad Colombista Panamericana, La Habana, 1956.
- González Barrios, René: “Molina Derteano. Mambí peruano”. En periódico *Granma*, 9 de noviembre de 1990.
- _____: *Almas sin fronteras. Generales extranjeros en el Ejército Libertador*. Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1996.
- _____: “Mambises chilenos”. En periódico *Trabajadores*, 11 de noviembre de 1996.
- _____: “Un mambí chileno con Maceo en la invasión”. En revista *Verde Olivo*, no. 46, 20 de noviembre de 1986.
- _____: *Cruzada de libertad. Venezuela por Cuba*. Ediciones Verde Olivo. La Habana, 2005.
- Granda, Manuel J. de: *Memoria Revolucionaria*. Santiago de Cuba, 1926.
- Iraizos, Antonio: “Sobre los generales del 95”. En revista *Cúspide*. 15 de enero de 1939, p. 9.

- _____: *Penumbras del recuerdo*. Molina y Cía. S.A. Impresores, La Habana, 1948.
- Labrousse, Alain: *El experimento chileno. ¿Reformismo o Revolución?* Ediciones Grijalbo, S.A., Barcelona-México, D.F., 1973.
- López Muñoz, Ricardo: "Un chileno insurrecto en la colonia española de Cuba: su testimonio oral, cien años después". En *Boletín de Historia y Geografía*, Universidad Católica Blas Cañas, no. 11.
- Loynaz del Castillo, Enrique: *Memorias de la Guerra*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- Márquez Sterling, Manuel: *La diplomacia en nuestra historia*. Instituto del Libro, La Habana, 1967.
- Martínez Fortún, José Antonio: *Anales y efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción*. Tomo IV, La Habana, 1931.
- Miró Argenter, José: *Crónicas de la guerra*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- Piedra Martel, Manuel: *Mis primeros 30 años*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979.
- Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba: *Correspondencia diplomática de la Delegación Cubana en Nueva York durante la guerra de independencia de 1895 a 1898*. Cinco tomos. Imprenta del Archivo Nacional, La Habana, 1943-1946.
- Quintana, Jorge: *Índice de extranjeros en el ejército Libertador de Cuba (1895-1898)*. Tomo I, Talleres del Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1953.
- Ravelo, Juan María: *La ciudad de la historia y la guerra del 95*. (Aporte de Santiago de Cuba a la Independencia patria). La Habana, 1951.
- Roa García, Raúl: *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*. Ediciones Huracán, La Habana, 1970.
- _____: "Benjamín Vicuña Mackenna y la independencia de Cuba". En revista *Bohemia*, 20 de agosto de 1971.
- Roa Garí, Ramón: *Con la pluma y el machete*. Tres tomos, Academia de Historia de Cuba, Edición del Ministerio de Educación, La Habana, 1950.

Roig de Leuchsering, Emilio: *Banderas Oficiales y Revolucionarias de Cuba*. Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana, La Habana, 1950.

_____: *Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico*. Cuadernos de Historia Habanera, La Habana, 1939.

Roloff Mialofski, Carlos: *Índice alfabético y de defunciones del Ejército Libertador de Cuba. Guerra de Independencia de 95 a 98*. Imprenta de Rambla y Bouza, La Habana, 1901.

Santovenia, Emeterio S.: *Eloy Alfaro y Cuba*. La Habana, 1929.

Periódicos y revistas:

América Ilustrada. Nueva York, 1872.

Revista Cuba y América. La Habana, 1899.

Cuba y Puerto Rico. Nueva York, 1897.

Diario Cubano. Nueva York, 1870.

La Ley. Santiago de Chile, 1896.

El Porvenir. Nueva York, 1897.

La Ilustración Española y Americana. Madrid, 1886.

La Independencia. Nueva York, 1874.

La República Cubana. París, 1897.

La Revolución. Nueva York, 1870.

La Voz de la América. 1865-1866.

La Voz de Cuba. La Habana, 1870.

Índice

Agradecimientos /11

Prólogo /13

Introducción /17

Benjamín Vicuña Mackenna y la independencia de Cuba /23

La bandera de Chile y el alzamiento independentista
cubano /43

Chile y la Guerra de los Diez Años (1868-1878) /47

Combatientes chilenos en la Guerra de los Diez Años /65

Chile y la guerra del 95 /67

Otros mambises chilenos /99

La leyenda cubana del general chileno Pedro Vargas
Sotomayor /103

En la Manigua /123

Prólogo a la presente edición /125

A modo de prólogo /135

Bibliografía /251

